
UC-NRLF
$B 253 285


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

El sentido de Una vida

LEON VARNEY, pseud.

El sentido de Una vida

NOVELA ORIGINAL COLOMBIANA

Exálta y cultíva en ti mismo
dos grandes energías, fuera de
las cuales sólo hay quebranta-
miento presente y agonía final:
LA VOLUNTAD, EL AMOR!

Paul Bourget

(*El Discípulo*—A un joven).

BOGOTA
IMPRENTA ELÉCTRICA
— MCMVI —

Excelentísimo Señor:

Habiendo reunido, uno y otro día, en el curso de la guerra pasada y á título de meras observaciones psicológicas, los apuntamientos que, ordenados, aparecen hoy en forma de novela, me ha parecido oportuno dedicároslos respetuosamente, por conexionarse ellos, en cierto modo, con la transformación iniciada por vos, en los actuales momentos de la historia del País. La transformación social entre nosotros es de más valor del que á primera vista parece, como que sobre ella reposa la estabilidad de toda reforma política y administrativa. Bien sabéis vos que pueblo cuyo estado social no evoluciona progresivamente, es terreno estéril para toda reforma, por benéfica que ella sea. Ya observa Macaulay que el progreso del pueblo británico se debe á la marcha paralela de sus instituciones y de su estado social.

Y si por lo que al Arte respecta, bien es verdad que él no debe tener otro fin que el Arte mismo, juzgo que acaso pueda ser disculpable el intento de ponerlo al servicio de una transformación de trascendencia, como la que en la hora actual se elabora en torno del Gobierno.

No importa que esta transformación tarde en llegar á su completo desarrollo, pues por ley histórica

al fin habrá de llegar á él, por más que en lo sucesivo pueda haber gobiernos que traten de desviarlo ó detenerlo. Por lo que, ni aun suponiendo que actualmente ella no diera todos los frutos que son de esperarse, nadie podrá negarle al Gobierno el mérito envidiable de haberla intentado con buena voluntad y patriotismo.

Como lo notaréis, estos apuntes imaginativos han venido á ser hoy un simple eco de la mencionada transformación social. Por eso, y únicamente por eso, he creído de justicia dedicároslos como á primer Magistrado del País, con todo y carecer ellos de verdaderos méritos artísticos.

El Autor

Bogotá, Febrero 20 : 1906.

Al Excelentísimo Sr. General D. Rafael Reyes, Presidente de Colombia.



CONCEPTOS

DE "EL CORREO NACIONAL"

"EL SENTIDO DE UNA VIDA"

Así se intitula un precioso libro, cuyo autor oculta su nombre bajo el pseudónimo de *León Varney*.

Después de haberlo, no tan sólo leído, sino también estudiado—que bien merece este libro un estudio detenido,—hemos llegado á la convicción de que prestará grandes servicios á nuestra Patria en esta época de renacimiento material, político y social, del que el mismo libro es una prueba elocuente.

El Sentido de una Vida es una de aquellas obras que están destinadas á perdurar, por su estilo correcto y sencillo, por su forma artística, porque diseña en su verdadero colorido el lamentable estado del alma nacional en los momentos actuales, y porque, lo que es toda-

vía más meritorio, señala con valor las principales causas de nuestras desgracias, y aconseja los remedios que se deben aplicar á los males de la Patria.

En los capítulos más importantes de la obra se pintan con exactitud los grandes defectos de que adolecen los sistemas educacionistas de nuestra juventud, que ponen de manifiesto la imperiosa necesidad que tenemos de corregirlos y reemplazarlos con los establecidos en las naciones que forman á sus hijos para pelear y ganar "la lucha de la vida."

Creemos no equivocarnos al conceptuar que este libro merece popularizarse no sólo entre las familias sino en los establecimientos de educación.

Quizá no sería injustificado que el Gobierno aprovechase esta producción nacional, haciendo de ella una edición oficial destinada á ser distribuída en los colegios y escuelas.

Como una muestra del gran valor que tiene *El Sentido de una Vida* para la educación del pueblo colombiano, reproducimos algunos fragmentos.

....

En un próximo número publicaremos otros fragmentos de este interesante libro.

"EL SENTIDO DE UNA VIDA"

Obras hay como *Ana Karenine* y como *La Guerra y la Paz*, del Conde León Tolstoi, en que el autor nos traza el cuadro amplio y complicado de toda una sociedad en cierto momento histórico. Libros tales son más que simples novelas: son vastos lienzos en que no sólo los hombres y sus sentimientos íntimos aparecen, sino también las ideas generales que han animado la vida de un pueblo. A esa clase de producciones pertenece *El Sentido de una Vida*, cuyo autor se oculta bajo el pseudónimo de *León Varney*.

El Sentido de una Vida es, sencillamente, el análisis del alma colombiana contemporánea con todas sus tareas hereditarias, con todos sus defectos, pero también con sus anhelos todos y con todas sus legítimas esperanzas.

En estilo severo y sencillo y en forma amable, *León Varney* nos pinta á Colombia desangrada y escarnecida, en espera de un Salvador que le diga como á Lázaro: *Súrge*. Libro precioso en estos momentos de rectificación de comunes errores, cuando se impone

una profunda modificación en nuestros métodos educacionistas, para hacer á las nuevas generaciones un poco menos ilusas, un poco más prácticas, más aptas para pelear la lucha por la vida, y para obtener en ella la victoria definitiva.

El héroe de *El Sentido de una Vida*, tras haber seguido, como lo hemos hecho todos los colombianos, las teorías más ó menos flamantes, que nos han conducido al fracaso definitivo; tras haber experimentado en su propio *yo* el maleante efecto de los vicios que pudiéramos llamar colombianos, llega á la conclusión de que esta vida que llevamos es netamente artificial, que el hombre y los pueblos necesitan alimentos más nutritivos que sistemas y teorías: la vida verdadera, fuerte é intensa, hay que encauzarla por corrientes prácticas y positivas.

Creemos no equivocarnos al sostener que es útil y conveniente para el país popularizar la lectura de este libro, no solamente en las familias sino en los colegios y en las escuelas primarias, y que se haga con él lo que en los Estados Unidos con *Black Beauty*, traducido al español con el nombre de *Azabache*. Ya habíamos dicho

que para conseguir este objeto, el Gobierno debiera contratar una edición abundante de la obra, para repartirla y esparcirla en todos los establecimientos de educación y en las escuelas primarias.

En *El Correo Nacional* ya dimos algunas muestras de ese libro bueno, bello, oportuno y docente que es *El Sentido de una Vida.*



UNA OPINION

SOBRE LA NOVELA

"EL SENTIDO DE UNA VIDA"

HAY que convenir en que la producción literaria entre nosotros no pasa de ser una ilusión de óptica. Tenemos intelectuales de capacidades auténticas, es verdad, pero todos ellos desperdician sus fuerzas en labores fragmentarias. De sus talleres no sale, sino por excepción, un libro bello y original. ¿Por qué?

Parece que concurren causas complejas. En primer término, la producción no cuenta con el apoyo práctico del público, de modo que en esas luchas de competencia entre la oferta y la demanda los éxitos mercantiles no solamente estimulen la codicia de los editores, sino que muevan también, por modo eficaz, la iniciativa individual de nuestros intelectuales.

Hace falta, por otra parte, un Centro académico ó lo que fuere, al rededor del cual puedan desarrollarse todas las corrientes literarias, y acaso sea preciso que la Crítica también se organice formalmente para dirigir el movimiento, comenzando por reunir y disciplinar las deshechas huestes literarias, y acabando por enderezar rumbos y marcar nuevos y seguros derroteros.

Dificultades son éstas que evidentemente retardan el desarrollo de la producción literaria, pero que no le cierran el paso por completo, y que tal vez no sea difícil allanar.

Sin embargo, hay quienes pretenden—y son los más—que la lucha por la vida no deja tiempo á nuestros intelectuales para escribir libros, y que, por consiguiente, debemos darnos por bien servidos con que nos regalen, de vez en cuándo, con sus fantasías cortadas á la medida de las columnas de la Prensa diaria. Esta opinión, marcada con el sello del consentimiento general, circula como moneda de buena ley; y así, todos hemos convenido, expresa ó tácitamente, en que á nuestros literatos no les queda tiempo qué consagrar á la explotación formal del género de sus preferencias.

A Dios gracias, á los colombianos es quizá lo único que nos sobra: el tiempo. Que no lo sepamos aprovechar debidamente, es otra cosa. Y cuenta con que para hacer esta afirmación categórica, no necesito apoyarme en datos estadísticos. Me basta recoger discretamente el extremo de la cortina de nuestras intimidades nacionales, para que el lector menos perspicaz descubra á primera vista esa flaqueza de raza que solemos disfrazar frecuentemente con las vestimentas del sofisma.

Con efecto: para un pueblo como el nuéstro, que por espacio de tres cuartos de siglo no ha hecho otra cosa que "vivir á puras bocanadas de idealismo," como los Helicenses pintados por Nogales y Nogales, con tan deliciosa ironía cervantina,—en tanto que la vegetación ha invadido los caminos abandonados, y emigrado el oro y la vida industrial ha agonizado sin que haya habido una mano que la protegiera, y la legión de inválidos de las guerras civiles ha inundado las calles de nuestras ciudades, y los conquistadores puesto sus ferradas botas sobre nuestras fronteras indefensas, ¿será realmente tiempo lo que le ha hecho falta para laborar su prosperidad? De ninguna manera.

El mismo abandono en que se han hallado casi todos nuestros campos de actividad, está pregonando á voz en cuello la urgencia de encauzar nuestras dispersas energías de pueblo joven para drale un empleo, mejor del que les hemos dado hasta el presente.

¿No podría entrar nuestra literatura por el camino de la reconstrucción nacional? Valdría la pena meditarlo.

Por lo demás, habiendo caído ya en descrédito la leyenda de la inspiración que ponía en forzada holganza á nuestros románticos de antaño, en espera del soplo sagrado, creo que nuestros intelectuales bien podrían adoptar el lema de trabajo de Zolá, *nulla dies sine linea*, para desarrollar lentamente el plan de un buen libro de Arte. Sería cuestión de método en el empleo del tiempo, porque, como dice Payot, el autorizado autor de *La educación de la voluntad*—que parece bastante enterado en los secretos de la psicología de los trabajadores intelectuales,—todas las obras humanas proceden por la acumulación de esfuerzos tan pequeños, que mirados en sí mismos parecen completamente desproporcionados á la obra realizada; y agrega: lo importante para el trabajador intelectual no es precisamente la regu-

laridad, sino la *continuidad.* En seguida, como para comprobar su aserción de modo experimental, refiere el caso del Canciller D'Aguesseau, que presentó un día á su mujer, como entremés, un libro escrito durante los cuartos de hora transcurridos en espera del almuerzo, que nunca estaba dispuesto á tiempo.

Como se ve, pues, no se pide á nuestros intelectuales sino la continuidad del esfuerzo en sus ratos perdidos. Y fácilmente se comprende que por ese medio se restablecería la verdad de los hechos en nuestra producción literaria, sin que se diera el caso, bien extraño en verdad, de que al paso que nuestro país no deja de ser fecundo en artistas—como que los da por floración espontánea,—venga á ser, al mismo tiempo, el más estéril en obras de arte, como si estuviera condenado irremediablemente á la paradoja.

Justamente el autor de la novela intitulada *El Sentido de una Vida*—á la cual consagro este estudio,—viene á servir de punto de apoyo á mis convicciones sobre el particular.

Comenzó él su trabajo sin pretensiones literarias, y más bien como para dar empleo á una actividad mental de que se halla bien dotado, y que no puede gastar—dicho sea de

paso—sino en muy exiguas proporciones en el oficio cuasi mecánico que le imponen sus negocios. Pero eslabonando el esfuerzo un día y otro, logró al fin elaborar una obra interesante por muchos conceptos.

*
* *

El argumento de la novela no puede ser más sencillo. Una distinguida familia de Provincia, arruinada por nuestras guerras civiles, haciendo los mayores sacrificios, resuelve enviar á educarse á la capital al hijo mayor, Mario Villapol, con el laudable propósito de sacar de él un hombre completo de pensamiento y de trabajo, que, una vez terminados sus estudios, tome á su cargo la empresa de restaurar la heredad paterna por la acción combinada del sentido práctico, el crédito fundado en la honradez tradicional de la familia y los conocimientos científicos aprendidos en los libros sobre el acertado manejo de los negocios; pero transcurren años y años de estudios inútiles para el inteligente joven, y, cuando agotadas sus energías de cuerpo y espíritu, llega la hora de prueba en que la familia no puede continuar sosteniéndolo, la escuela lo arroja á la calle en la mitad de una carrera profesional,

sin haberlo provisto previamente de armas adecuadas para las luchas de la vida práctica—como en rigor debiera hacerlo entre nosotros el régimen educacionista, facilitando á todos los estudiantes el medio de aprender algún oficio, antes de pasar del bachillerato.

Entonces se decide Mario á coronar su carrera por cuenta propia. Toca á todas las puertas, pero en vano; la miseria lo acosa en todas sus manifestaciones, como si un Hado adverso fuera su espalda, arreándolo con el látigo del castigo; las circunstancias lo arrastran en todas direcciones, sin que logre hallar fuerza suficiente en su interior para poderlas dominar, hasta que la pena moral se apodera de su sistema nervioso, como de una presa, y acaba de completar la ruina. Enfermo de la voluntad y en presencia de tantas influencias depresivas, sólo encuentra un medio de reanimar artificialmente sus energías perdidas: ¡el alcohol! En ese estado lo sorprende el huracán de la guerra civil, y lo arroja en tierra desconocida, tal como la ola arroja á la playa los restos de un naufragio.

Aquí empieza la segunda parte de la vida del protagonista, que, en rigor, debiera ser la segunda parte de la novela.

No permite Dios que muera en los campos de batalla; pero en cambio permite que caiga enfermo. Es esta una circunstancia feliz que viene á cambiar el rumbo de su destino. Y con todo, no es una de esas casualidades de novela, introducidas artificialmente para buscar una salida cualquiera. Mario va á dar al seno de una familia acomodada, pero de aquellas que dan al espíritu cristiano la más elevada interpretación en todos sus actos. Hay en esa familia una hermosa joven, Tulia, á quien por sus oficios de enfermera le toca, el día menos pensado, conducir los hilos de una interesante trama psicológica. El amor toma al principio formas vagas de compasión, amistad ingenua, etc., hasta que acaba por definirse claramente, á tiempo que Mario sale del período de la convalecencia. Comienza poco á poco á despestar á nueva vida, y cuando se siente ya vigoroso de cuerpo y alma, una carta importuna lo pone camino de Bogotá, de donde párte para Panamá de modo irremediable. Y allí, en una atmósfera de vida práctica, en medio de una población cosmopolita, entre la cual carecen de valor nuestros romanticismos políticos, se efectúa en Mario una completa evolución psicológica. A medida que

la mano brutal del yanqui va despejando los acontecimientos, el criterio de aquél comienza á apreciar las cosas en sus verdaderas proporciones. A sus ojos todo presenta aspectos nuevos que ni siquiera había sospechado antes. Ve distintamente la sombra que proyectan las cosas cuando cae sobre ellas la luz del conocimiento, según la expresión bellamente gráfica de Nietzche: los partidos políticos, meras tribus salvajes que todo lo sacrifican sin piedad por la conquista del Poder; la guerra civil, desnuda de toda grandeza épica, reducida simplemente á un crimen colectivo que la civilización moderna está en el deber de condenar y reprimir por mano de las Potencias, quedando así plenamente justificada la intervención de éstas en nuestras disensiones domésticas, con menoscabo de nuestra soberanía nacional; el patriotismo, visto al través del criterio de partido, vergonzosamente empequeñecido; el porvenir del país, que sólo puede descansar sólidamente sobre la base de la independencia económica nacional, como lo ha demostrado el ejemplo de Inglaterra y Estados Unidos, mirado con la más completa indiferencia por nuestros hombres de Estado y acaso no comprendido por ellos en su verda-

dero valor; el régimen educacionista montado al aire, es decir, á la manera colonial. Y así todo. Es entonces cuando Mario comprende que la vida individual y colectiva tiene varios sentidos, verdaderos unos, falsos otros. El desenlace no puede ser más natural. El cuadro se cierra como debía cerrarse; pero aquí me detengo, porque es preciso que no robe al lector impresiones que debe recoger en las páginas mismas de *El Sentido de una Vida.*

* * *

Justo es reconocer que el autor ha sabido desenredar, con manos hábiles, de la maraña de vida que vivimos los colombianos, un episodio entero en el cual no se advierte huella alguna de mutilaciones ó de remiendos de invención arbitrarios. La trama general de la novela está completa. Halló el autor con facilidad el hilo de la acción; dócilmente se dejó guiar por él, y de aquí que el argumento haya llegado á un desarrollo perfectamente lógico al objetivo en que aquél tenía puestas sus miras.

Es de sentir que al trasladar ese episodio al lienzo—porque la novela también es un lienzo,—no hiciera el autor sino esbozarlo á grandes rasgos. Quizá hubiera convenido ami-

pliar más la perspectiva, delinear con más fuerza los caracteres, internarse un poco más hondo en los dominios psicológicos de los protagonistas, y levantar el tono hasta la nota lírica en algunos pasajes. Sin embargo, lo escrito, escrito.

Con todo, lo que más importa, lo que me ha puesto la pluma en la mano, es la tendencia sobre la cual ha sido modelada la novela. Hay en esa tendencia un problema social que le sale al paso al lector para interrogarlo, como la Esfinge de la leyenda. No quiere decir esto que haya vaciado el autor un asunto científico en molde artístico, nó. Hubiera él perseguido la solución de ese problema por rigurosa deducción científica, y habría errado el camino de la más lastimosa manera.

El Arte no mejora con el cruzamiento, como las razas. De ahí lo absurdo de las novelas de Julio Verne; de ahí el que *Los Rougon Macquart*, en que Zolá quiso llevar el desarrollo de la *ley de la herencia* hasta sus últimas consecuencias, y en que cifró su mayor gloria, no pase de ser mediana obra de arte, en concepto de los inteligentes, no obstante el gran talento artístico del malogrado novelista. Y es en que ese intento, que no vacilo en califi-

car de bárbaro, los mejores artistas están expuestos á fracasar, porque la novela es un campo demasiado estrecho para la idea científica, y es natural que, donde ésta tiene por fuerza que ocupar el primer puesto, el arte queda relegado á lugar muy secundario.

Pero, entonces ¿qué es lo que ha hecho el autor de *El Sentido de una Vida?*—preguntarán los maliciosos.

Pues colocar acertadamente las luces para que, del contraste de situaciones, tome cuerpo á los ojos del lector la tendencia al rededor de la cual gira todo el engranaje de la novela.

Porque una cosa es que el novelista se las componga de modo que en el desarrollo del argumento la idea proyecte claramente su silueta sobre el fondo artístico, y es otra muy distinta que, prevalido de la ocasión—como si dijéramos,—levante allí mismo cátedra de enseñanza para predicar á los cuatro vientos. En este último caso se sale el novelista de sus naturales dominios y, para desvirtuar así la labor artística, valdría más que optara, con mejor acuerdo, por las formas apropiadas de la propaganda doctrinaria ó de la vulgarización científica.

El autor de *El Sentido de una Vida* lo ha comprendido así, y guiado por su buen gusto,

se ha librado de caer en ese peligro. Observador concienzudo del medio social que le rodea, ha seguido la pista de un episodio cualquiera, y sin entrar á comentarlo con ese género de análisis que convierte los personajes en meras abstracciones, que les quita todo calor de vida, apenas si se presenta al escenario cuando es menester, procurando no hacer sombra importuna, y solamente moviendo con acierto los resortes de la acción—de modo que cada uno de los protagonistas obre y hable con libertad en una atmósfera amplia de realismo,—va poniendo al descubierto cómo nuestros malos sistemas de educación invalidan para la vida práctica la juventud que cae en sus garras, y en lugar de formar hombres útiles devuelve á la sociedad ruinas de hombres, seres impotentes para el trabajo, que el Estado tiene que tomar de la mano para que puedan vivir, al decir de Julio Simón. Y á la verdad, ¿para qué otra cosa pueden servir, perdidas sus energías físicas y morales, si no es para que la política los coja como dóciles instrumentos de sus intrigas? Es claro que al presentar así las cosas, el problema de la reforma de la enseñanza profesional toma un relieve interesante desde el primero hasta el último capítulo.

Y es que la novela es la interpretación artística de la vida sin el aparato de los sistemas filosóficos, sin sus formulismos hueros, ni sus tecnicismos pedantescos. Cada episodio individual ó colectivo tiene un sentido más ó menos hondo, y es ese sentido el que el novelista está obligado á interpretar. Hé ahí la fuente científica que no le está vedada, y sobre la cual todo artista puede inclinarse para llenar su copa; no importa que no sea muy grande, con tal de que beba en ella, según el consejo del poeta.

Desde este punto de vista hay un mérito positivo en la novela que examino. Su tendencia general presenta, además, un aspecto simpático que no quiero dejar pasar inadvertido.

En el hecho de haber escogido el autor de *El Sentido de una Vida* un asunto nacional, advierto con placer un discreto y oportuno llamamiento á nuestros artistas de todas las Escuelas, á fin de que conviertan sus miradas hacia los campos de exploración que tienen al alcance de la mano, en lugar de fatigar la inventiva en busca de lo exótico, y nada más que de lo exótico. ¿Por qué no habrían de encontrar ellos tópicos dignos de su inspiración en esta pobre tierra, acaso desdeñada más

de lo justo? Estoy por creer que nuestras canteras artísticas esperan, con sus bloques intactos, desde hace mucho tiempo, la mano que venga á tallar las estatuas.

Desde que tuve ocasión de admirar en la Exposición de Pintura el paisaje de Zamora, *Una tempestad en los Llanos*, en el cual se transparenta el alma del Trópico, por modo tan genial, como en otro más reciente de Francisco Cano, he pensado que muy bien podría orientarse la Literatura Colombiana hacia las fuentes nacionales en busca de nuevas conquistas.

¡Arte nacional! Bien se me alcanza que esta combinación de palabras hará que algunos sonrían despectivamente, y que otros—los más—pongan ceño adusto, porque acaso se imaginen que se les hace la insinuación pérfida de llevar la abdicación al templo de su cosmopolitismo literario, á donde diariamente acuden á renovar sus votos y á depositar sus ofrendas. Mas no hay temor, que no pretendo en manera alguna que se amurallen las patrias fronteras para cerrarle el paso á la influencia de las literaturas extranjeras. Bien pueden quedar tan escuetas como lo están al

presente, y aun declaro que no me opondría si allí se levantaran anchas puertas por el solo placer de abrirlas de par en par. Anhelo solamente por que nuestros artistas tomen aquí las materias primas, para hablar el lenguaje industrial, y elaboren sus obras con ellas, por los procedimientos que juzguen más adaptables á su temperamento. En síntesis: que pongan al servicio de su talento las corrientes artísticas extranjeras en lugar de dejarse dominar por ellas.

Pero esta transacción, por más decorosa que sea, dirán algunos, ¿no nos lleva mañosamente al *Regionalismo?* Puede ser: sólo que en ese supuesto el *Regionalismo* saldría ganando, puesto que se ensancharían sus fronteras. Es más: creo que esta forma de localización del Arte, cabe dentro del campo del cosmopolitismo. A lo menos tiene derecho á ello. De aquí que simpatice sin reservas con el *Regionalismo literario* de Antioquia. Hay, además, en él una frescura de juventud que hace bien á los espíritus que están de vuelta de su viaje á Bizancio........

*
* *

¿Qué será que apenas hay un buen libro moderno que no nos deje tristes?—decía *Cla-*

rín, á propósito del libro de Daudet, *Treinta años de París*.

Bien sabía él por qué. Su interrogación no envolvía una duda, sino una queja, una queja sincera que le salía espontáneamente de lo íntimo contra esa tendencia que da á la vida, reproducida por el arte, la interpretación más sombría.

Pasó el *Romanticismo*, y la proyección de su tristeza ha llegado hasta nosotros con mayor intensidad. Y no ya como la vaga claridad lunar que idealiza el áspero contorno de las cosas, sino como la franca luz de los cirios que escoltan las cajas mortuorias.

Fue la tristeza en aquella época la bien amada de los trovadores. La cortejó Becquer corriendo tras un rayo de luna; fue la novia de Musset. Hoy no es otra cosa que el dolor en su desnudez impúdica. El análisis le ha quitado el atractivo del misterio. Y no obstante, el arte moderno está lleno de esa tristeza que en la copa de nuestras dichas pasajeras más lícitas, destila, una á una, sus gotas de ponzoña. Particularmente los novelistas han hecho de ella el alma de sus libros.

Desde el análisis psicológico de Bourget, en el que se diseca con desesperante frialdad

cada una de las fibras del dolor, hasta el arte complicado de las novelas de D'Annunzio, en que se desarrolla el proceso inquietante de alguna neurastenia profundamente atormentada y sutil, no hay un solo novelista que no exprima el drama de esta miserable vida que vivimos, y destile de sus filtros sobre los labios del lector ese jugo amargo que provoca un gesto de protesta. Es la consigna.

¿Y á qué empeñarse, pregunto yo, en *enturbiar el agua turbia?* Demasiado sabemos, en la brega diaria, de la tristeza del vivir para que el arte se vea en el deber de recordárnoslo con persistencia de apóstol.

No soy de los que aceptan determinados modos de interpretación artística y rechazan otros, nó; acepto igualmente todos los puntos de vista que abren nuevas perspectivas de belleza en los dominios del Arte; pero la interpretación de que hablo ha venido estrechando, dentro de sus fronteras, el campo visual. Nos obliga á vivir en una atmósfera enrarecida, cargada de nieblas londinenses, en vez de dejarnos respirar á pulmón pleno bajo un cielo puro y oxigenado, en la orgía de luz de los Trópicos. Y así, el espíritu de la novela con-

temporánea es abiertamente hostil á la vida. Y esa invasión de pesimismo ha venido enervando los cuerpos y las almas hasta el extremo de hacerse necesario levantar la voz para condenarla. Porque todo lo que deprime moral y materialmente inutiliza para la lucha por la vida individual y colectiva.

Somos una raza nueva que há menester vigorizarse para que pueda ser el arquitecto de sus propios destinos; y en todas las manifestaciones de la vida nacional necesita, por lo mismo, incorporar sentimientos é ideas no contaminadas de malsanos gérmenes; unificar en una sola aspiración las artes, la vida social, la política y el movimiento de las ideas........

El autor de *El Sentido de una Vida* lo ha entendido así, y por eso, al través de las páginas de su obra, ha hecho circular un chorro de savia saludable, un chorro de la savia que fecundiza el árbol de las razas del Norte.

Y aquí me detengo, sin entrar á comentar detalles, pues novelas como la de que se trata deben apreciarse más bien por sus tendencias que por sus detalles, porque quizá estén llamadas á servir de punto de partida de un nuevo movimiento literario en el que pueda afirmarse el alma nacional.

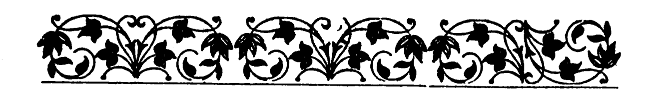
Por lo demás, sólo me resta desear al nuevo novelista la acogida que merece, porque si la novela vale por sí misma, el autor vale más.

*
* *

Ha tenido *Varney* el acierto de dedicar su trabajo al actual Magistrado del País, y ha hecho bien. Abrió éste la éra de transformación política que necesitábamos para salir de la postración y ruina á que nos han conducido comunes errores de partido, y si algo está destinado á servir de base sólida de progreso estable, es ciertamente la transformación social que va realizándose por modo lento, y de la cual es un eco sincero y simpático este libro. Nada, pues, más oportuno y justo que dedicárselo al Gobernante que ha sido brazo y cerebro de dicha transformación.

***





El Sentido de una Vida

I

Mario será nuestra salvación....

EL SEÑOR VILLAPOL, dirigiéndose á su esposa y como reanudando una conversación interrumpida, dijo:

—¡ Sí... es la única esperanza !

—Así lo he pensado yo—dijo la señora. Y después de una pausa, agregó: —Mario será nuestra salvación... ¡ Tengo tanta confianza en Dios !

Y se callaron.

El rumor de la *quebrada* que corría por entre los cacaotales que circundaban la población, llegaba, en el silencio de la noche, á la estancia abierta y

espaciosa que daba al patio, y en la cual se encontraban los dos interlocutores. También una palmera que se levantaba en el patio, sacudía, como si despertara de vez en cuando, sus hojas con sonoro ruido.

—Mario es bueno—agregó el señor Villapol. —Si aún nos quedaran algunos recursos lo enviaríamos á Europa, como lo tenía pensado, para que se educara lo mejor posible. Pero, en fin, uno hace por sus hijos lo que puede, y si acabamos por vencer los inconvenientes que se nos presentan, Mario seguirá muy pronto, quizá en el próximo Enero, para Bogotá.

Y entre taciturno y pensativo, sin levantarse del asiento en que se encontraba, fijó sus ojos, inclinándose un poco hacia delante, en la extensión sombría que se dilataba más allá del jardín que adornaba el patio, iluminado apenas por una lámpara de petróleo suspendida en medio de la estancia. Como la casa se encontraba en las filas últimas del poblado, se podía distinguir perfectamente desde aquel sitio, que daba hacia el oeste, el follaje negro de los cacaotales, que en severa línea de demarcación se agrupaban al pie de las colinas que por aquel lado cerraban el horizonte. Y sobre éste subía un cielo de azul oscuro, sin estrellas.

—Hace calor—dijo indiferentemente el señor Villapol.—Es bien posible que esta noche llueva.

Y abandonando su asiento, empezó á pasearse á lo largo de la estancia, con pasos acompasados y cruzadas las manos atrás.

El calor, con efecto, sofocaba. Era en tierra templada, en un valle del Sur de la República, y el cielo, cargado de nubes en aquella hora, amenazaba lluvia.

Serían las nueve de la noche.

Los dos esposos continuaron hablando á largas pausas del tema que les preocupaba.

Era el caso que el señor Villapol había perdido su capital, fruto de largos años de trabajo, en la guerra civil que no hacía mucho acababa de pasar. Había sido un golpe desastroso. Su familia era numerosa, pues constaba de siete hijos, cuatro de los cuales eran varones. El mayor, Mario, alcanzaba por aquel entonces dieciséis años. En la situación en que había quedado el País no veía aquel honrado padre de familia esperanza alguna de inmediata rehabilitación. Ante el espectáculo de una nación extraviada por una política bizantina de innovaciones, de fanatismos y de violencias, por la cual el asesinato colectivo era mirado como virtud republicána, y los hombres de Estado habían acabado por juzgar que la destrucción de la riqueza no afectaba el porvenir económico del País; en el que la neutralidad había sido castigada con igual rigor por amigos y

enemigos—como una falta de patriotismo—y no existía seguridad para el trabajo honrado, sino antes bien la rapiña era el premio del soldado; cuando la miseria, á pasos cautelosos, acechaba todos los hogares, el señor Villapol, gastado por los años, trabajada su alma por decepciones sin nombre, oscuras, punzantes y brutales, y lleno de angustia ante el porvenir que le esperaba á su familia, se sentía abatido y francamente impotente para dar un paso decisivo. Su señora, mujer de valor sencillo, modelo de esposas y de madres, le reanimaba, sin embargo, con esperanzas que ella, en su fe ingenua, encontraba de positivo alcance.

—El General—decía la señora,—el General es un hombre bueno, que, como lo ha ofrecido, nos prestará su opoyo. Y entonces podremos enviar á Mario al colegio.

—Es posible—asintió con un signo de duda el señor Villapol.

Pero, ¿era esto una rehabilitación?...

Aquellos honrados y buenos padres contaban, imbuídos por ideas vagas acerca del poder de la educación, que los sistemas implantados en el País harían de su hijo, de buen natural y mejor intelecto, á la vuelta de pocos años, un hombre capaz de remover obstáculos y vencer dificultades en alguna carrera profesional, ó siquiera en el mecanismo de los negocios comerciales, que en

mejor época habían dado al Sr. Villapol pingües rendimientos, hasta volver á la familia á una posición económica, desahogada y aceptable. Por eso ellos ponían todo su esfuerzo en allegarse los recursos indispensables para colocar á Mario en algún Instituto de la Capital, en espera de un resultado, si un tanto remoto, por lo menos positivo. Y no por eso ellos mismos dejarían de continuar por su propia cuenta la lucha sobre la base de su honradez y de su experiencia. Era necesario consumar sabe Dios cuántos sacrificios, para colocar á Mario en el colegio, es verdad; pero en cambio realizarían una obra de amor y de esperanza. Nada tan razonable, por tanto, como emprender en ella.

Mario, ante quien se había hablado ya en repetidas ocasiones de aquel proyecto, en el cual estaba llamado á desempeñar desde luego el papel principal, alcanzó á oír aquella noche gran parte del diálogo, desde una pieza próxima, en la que hojeaba distraídamente un libro á la luz de una bujía.

Y medio nervioso y un tanto reflexivo, pensó:

—¡Qué situación! ¡Quién pudiera ganar mucho dinero, de un momento á otro, para poder remediarlo todo! Me da no sé qué verlos sufrir así... Papá vive abstraído... Ya ni siquiera encuentra gusto en que yo le lea en sus libros ni en

los periódicos. La pobre mamá sufre porque esta y la otra familia le han retirado sus relaciones á causa de nuestra pobreza... ¡ Sufren tanto ! Ojalá pudieran de veras enviarme á mí al colegio. Estudiaría mucho... Así quizá ellos se alegrarían, perderían esa tristeza que les acompaña. ¡ Quiera Dios que se pueda realizar ese viaje ! En Bogotá encontraré amigos de la escuela...

Y así hilvanando ideas más ó menos vagas é incoherentes sobre amigos, estudios, separación de la casa paterna—para él tan penosa—y hasta sobre el interés del viaje, del conocimiento de la capital, acabó por cerrar el libro, en el que apenas había leído, con aire de displicencia. En sus grandes ojos negros, que daban á su rostro imberbe y casi amarillo cierta expresión de inteligencia, se notaba, sin embargo, alguna resolución poco común en un muchacho de su edad.

Ya eran las diez. La familia se había recogido desde temprano, y los Sres. Villapol acababan de retirarse. En el corredor y los departamentos exteriores sólo se oían los pasos y voces de los criados que daban de mano á sus últimos quehaceres.

Mario se dirigió al dormitorio. Al pasar por una de las piezas contiguas á éste, como viera entreabierta su única ventana que por el oriente daba hacia el centro de la población, se asomó distraídamente á ella, para cerrarla después. La os-

curidad era completa. Se distinguían, con todo, los bultos informes de las casas, que apiñándose más y más se agrupaban al pie de la torre de la iglesia, hasta desaparecer lejos, por todos lados en la sombra de la arboleda. Nubes que semejaban vellones de lana negra se amontonaban en el horizonte, empujadas por el viento de invierno, allá muy lejos, sobre los cerros altísimos de la Cordillera Oriental, más negros aún, entre fugaces resplandores que rasgaban una y otra vez el velo de tinieblas...

Al entrar en el dormitorio, en el que también se recogían sus dos hermanos, Luis y Francisco —*Paco*, como familiarmente le llamaban,—pudo Mario ver á su madre, que en el aposento próximo oraba delante del altar. Ella pediría á María, la Madre de las madres, que conjurase aquellos males, esa miseria, aquellas decepciones, la terrible angustia, que pesaban sobre la familia. Y la Gran Señora la escucharía... ¿No estaba acaso allí su sagrada imagen para recibir los votos de humildad y amor?...

Luis y *Paco* dormían. Al ruido de su respiración, entrecortada y tenue, se unió bien pronto el de las brisas de la noche, primero, y el de rachas de lluvia después, que azotaban con furia la techumbre de la casa.

Y á tales rumores Mario se quedó profundamente dormido.

II

.... se trataba de instruir.... y nada más

LOS ESFUERZOS realizados por el señor Villapol para enviar á su hijo al colegio, no fueron del todo infructuosos. Gracias á ellos, Mario pudo ya disponer de los recursos necesarios para hacer sus estudios en la capital, en un lapso de tres años por lo menos.

Lo importante era empezar. Luégo vendría el propio entusiasmo del educando, el de su familia, el de sus favorecedores, á complementarlo todo.

—Vengo—le dijo Mario, ya en Bogotá, á uno de sus amigos—á colocarme en el colegio hasta coronar una carrera. Deseo ser útil, valer... Mis padres quieren que yo le sirva á la familia.

—Que te coloquen en el colegio en que me he colocado yo. Dicen que es muy bueno. Así podremos ayudarnos. Y en los asuetos de Diciembre iremos juntos á nuestra tierra.... ¿ Verdad ? ¡ Será un viaje delicioso !

Tal dijo *el Alemán*, un mozo de mayor edad que Mario, á quien bautizaron con tal apodo en el colegio, por ser su pelo rubio y por ciertos rasgos característicos de su fisonomía.

Y Mario fue, en efecto, colocado *interno* en el tal colegio, que á la verdad gozaba de renombre.

Los primeros días fueron de cierta tímida extrañeza para el joven estudiante, que no podía conciliar sus hábitos provincianos con el género de relaciones un tanto indiferentes y ligeras que por fuerza conservan entre sí los miembros de esa pequeña sociedad que se llama el *Colegio*, ni mucho menos con el régimen interno de éste.

En aquel plantel el tiempo estaba distribuído entre el estudio, la alimentación y el sueño. Nada de recreaciones, de paseos por el campo, ni de ejercicios gimnásticos. Por lo menos aquéllas eran de tan escasa importancia, que no merecían se las mencionara siquiera. Nada tampoco de estímulos que levantaran el espíritu del educando á un ideal elevado y práctico.

Los Superiores, que necesariamente debían ajustarse á ese régimen estrecho consagrado por la rutina, apenas si se daban cuenta de las condiciones de orden psicológico de sus subalternos. En su obra educativa no descendían hasta un estado particular, sino que todo lo juzgaban al través de un empirismo vulgar. El Rector era un hombre ex-

celente, ilustrado, de natural sencillo y bueno. Casi otro tanto podía decirse del Vicerrector. No así de los Inspectores ó *Pasantes*, que, ignorantes por lo general en el arte de mantener la disciplina, se formaba cada cual, conforme á sus ideas particulares, un método especial, que así podía ser el de una contemporización mezquina con las faltas de los estudiantes, como el de la violencia y el terror.

Los diferentes departamentos destinados á los usos de la comunidad, eran en este colegio casi todos antihigiénicos. La alimentación era escasa en principios nutritivos. Parece que allí nadie se daba cuenta sino de que se trataba de instruír mucho, muchísimo, y nada más.

Pero ni siquiera la misma instrucción se impartía en condiciones razonables. Los Profesores, si bien eran gentes buenas é ilustradas, con raras excepciones empleaban un método científico en el ejercicio de su ministerio. Enseñaban como podían, sin atenerse más que á la recitación servil que el alumno hacía de fragmentos que á su vez tomaba servilmente de los textos, en horas para siempre fastidiosas. Y los Profesores que llegaban á apartarse de esta línea eran mirados como extravagantes, como innovadores más ó menos tontos.

Los castigos que se empleaban eran tan extraños á la falta cometida, como podía serlo, por

ejemplo, la fatiga de sostenerse por tiempo determinado en una posición forzada del cuerpo con el olvido de una frase que el texto trae, al recitar el alumno la lección.

¿Qué mucho, pues, que los estudiantes acabaran por mirar el colegio como un odioso establecimiento de reclusión?

El *internado*, grave pecado contra la civilización, salvo en casos excepcionales, se hacía aquí insoportable además. Los estudiantes que en un principio se sentían animados por los entusiasmos juveniles y cierto vanidoso estímulo propio de su edad, bien pronto decaían en su ánimo, atosigados por un estudio continuado que torturaba sus facultades y acababa por relajar los resortes todos de su espíritu. Ni era raro, sino al contrario, muy común, que su voluntad se rebelase contra tal tiranía del sistema, hasta estallar en el más ciego desobedecimiento á todo y en el sacrificio del pundonor, cuando no era que un refinado principio de hipocresía se anidaba en el corazón de los educandos y minaba sigilosamente por su base la labor intencionada de los maestros. Los caracteres de cierta entereza que, como el de Mario, se encontraban sostenidos por una idea que él perseguía, por lo demás, más ó menos inconscientemente, eran, á la verdad, muy raros.

En tal apartamiento de la vida real, no era de extrañar que el desarrollo físico de los jóvenes degenerara de día en día en miseria fisiológica, la cual se manifestaba por verdaderas enfermedades.

Y del mundo exterior sólo llegaban á aquellos claustros fríos, en los que, si alguna idea se fomentaba, era única y exclusivamente la de las aficiones literarias, el eco de ruidosas luchas políticas en que los hombres públicos del País se debatían con encarnizamiento.

Una noche de las últimas de aquel primer año de estudios, Mario, en una confusión de ideas tan natural en él como imposible de describir, sobre el sistema de educación adoptado en el colegio, se había esforzado en vano, al escribirle una carta á su familia, por darse cuenta exacta del sentido de ese régimen á que él estaba sometido y que se ejercía al través de una vida facticia.

Se hallaba en aquella hora en el salón principal del establecimiento.

El reloj de la iglesia vecina dio las ocho. Con el libro abierto sobre el pupitre y á la luz de unos cuantos picos de gas que alumbraban el salón, Mario había empezado á estudiar una lección de Historia. *La Civilización Griega*, este era el tema. La educación de la juventud figuraba en primera línea. Pero Mario no se daba cuenta de sistemas en materia de educación, pues nada sobre ello les

había explicado el profesor, que de lo contrario habría reflexionado un tanto sobre los que hoy se adoptan.—" Los dos extremos son Francia é Inglaterra,"—dice Martínez Ruiz.—" Francia, política, oficinesca, educando á sus jóvenes *para el examen* ; Inglaterra, práctica, realista, educando á sus hijos *para la vida.* Francia, con su sistema pedagógico, ha creado legiones de autómatas burocráticos ó de mohinos fracasados; Inglaterra, en cambio, ha colonizado medio planeta y ha logrado que el sajón sea un tipo seguro de sí mismo, en consonancia perfecta con la realidad, inalterable ante lo inesperado, audaz, fuerte..."

Con los ojos medio entornados por el sueño que lo dominaba, Mario levantó de repente la cabeza con aire de resolución, cerró el libro para guardarlo, alzó la tapa del pupitre, y tomó un texto de Retórica. Se dispuso á estudiar la lección señalada en el libro: *Partes del discurso.* Pero antes miró en torno suyo y fijó la atención primero en sus más íntimos condiscípulos: *el Alemán,* su paisano; Cornelio, un mozo de la Costa, á quien por más señas llamaban el *doctor Sangredo;* y Fabio, muchacho de modales distinguidos, serio, reflexivo, de aire meditabundo; y luégo paró la vista en el Vigilante, que un poco inclinado sobre la mesa ante la cual estaba sentado, leía, ó á lo menos aparentaba leer, en un libro cualquiera. *El*

Alemán no estudiaba nada; con un codo apoyado sobre el pupitre y los dedos de las manos metidos por entre la mata de cabellos rubios, soñaba... ése siempre soñaba despierto. Muy otros eran el *doctor Sangredo* y Fabio, sobre todo el primero, que así le hablaran á él de fantasías, romanticismos y otras minucias, cuando saltaba con su voz seca de tísico, cortándolo todo á fuerza de frases ásperas de un positivismo implacable, é incinerando con el ascua ardiente de su sentido práctico ilusiones y poesías. Y Fabio revelaba en sus ojos rasgados, de pupilas de azabache y aterciopeladas, una tendencia irresistible á meditar....

—El tísico y cara de pergamino aquel del Cornelio estará á estas horas sacando argumentos de la Geometría para hacer desesperar mañana al *Alemán* y demás trovadores del colegio—había pensado Mario.

Y concentrada su atención en el libro, empezaba á estudiar la lección de Retórica, pero no podía... Decididamente lo dominaba el sueño.

La campana del colegio dio, por fortuna, los dos toques reglamentarios, que significaban suspensión de estudio.

Eran las nueve de la noche.

Ruido de pupitres que se cierran, de zapatos que taconean en el entablado, de voces que en un *crescendo* de marea van llenando todo el salón.

Unos ocho ó diez estudiantes reunidos en grupo se ríen á todo su sabor. Es que la han emprendido socarronamente con un pobre mozo á quien le pintaron la cara en algún momento de descuido, acaso mientras dormía durante la sesión de estudio, y el cual, con la mayor inocencia, anda de aquí para allá sin saber de qué se trata; y con otro que en iguales circunstancias le amarraron los faldones de su saco al pupitre, y que ahora, en són de venganza, arremete furioso contra un chico naturalmente perverso á quien le inculpa la burla, contra el mismo que acostumbraba tajar con su cortaplumas los sombreros de los profesores y promover las asonadas en el colegio. Resultado: que el Vigilante interviene, y á su voz airada de mando la comunidad protesta con inusitado ruido de voces. El Vigilante entonces monta en cólera y grita más, por lo que el ruido de voces y el taconeo se hacen todavía mayores. Pero aparecen de pronto el Vicerrector y otros Vigilantes, y dadas las explicaciones del caso, se restablece el orden.

El Alemán se le aproximó á Mario.

—¿Qué hacemos—le dijo—para que se acabe ligero esta año tan largo... Estoy soberanamente aburrido... ¿No te parece que debemos pedir los bagajes cuanto antes? Haremos el viaje juntos. Será delicioso... ¿verdad?

—Lo haremos. Yo también me siento un poco aburrido y deseo volver á casa. Pienso ir en todas las vacaciones.

El ruido de las voces iba apagándose lentamente. Era que el Vigilante, con aire serio y el libro bajo el brazo, se preparaba á presidir la formación. Los estudiantes, en número mayor de ciento, fueron colocándose por orden de estatura en fila, y así que ésta estuvo formada, salieron en dirección al dormitorio. Pasaron por el largo corredor que daba al patio. La luz de una luna casi redonda comunicaba al césped, los árboles y los muros, ese aspecto de cosas soñadas en horas más felices, bajo el viejo techo paterno, en una edad de puro candor... Y sobre tejados y chimeneas y campanarios, se divisaba el horizonte lavado de de tierras altas en las noches de verano, cuajado de estrellas que no cesaban de pestañear... El aire frío, que en ráfagas venía de la Sabana, hizo apresurar el paso á los estudiantes que, abrigados como mejor podían, se colaron de rondón en el dormitorio. Este estaba iluminado apenas.

Al pasar á su lecho, *el Alemán* se aproximó á Mario y le dijo en voz baja:

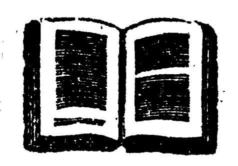
—No nos faltan sino treinta y seis días completos... Mañana hago la cuenta de las horas... y hasta de los minutos!

Volvieron ambos de pronto la cabeza hacia un lado. Era que dos ó tres estudiantes, arrebujados entre sus abrigos y que recordaban sabe Dios qué incidente picaresco, se esforzaban por contener estrepitosas carcajadas.

Un Inspector pasó mirando á todas partes con aire escudriñador por entre las filas de camas.

Y se oyeron á largos intervalos tres campanadas...

Era el toque de silencio.



III

....un paseo á la montaña

EN TRES AÑOS consecutivos Mario fue en cada Diciembre á pasar las vacaciones á su lugar nativo. Durante esos días de descanso era objeto de los más solícitos cuidados y agasajos de parte de su familia, que continuaba viendo en él una esperanza. Pasaba el tiempo entre la lectura, las visitas hechas á sus parientes, los baños y las excursiones por el campo. En éstas lo acompañaban sus hermanos, á veces alguno de sus amigos, particularmente su condiscípulo *el Alemán*, con quien se pasaba las horas muertas charlando sobre mil temas que nada tenían de homogéneos, y en ocasiones un criado de la casa, Domingo, que por su carácter festivo, gustaba mucho de este género de esparcimientos.

En un día del último de estos tres años, concertó Mario con *el Alemán* un paseo á la montaña. Debían encaminarse á pie á una posesión que, años atrás, había pertenecido al señor Villapol. Los acompañarían en tal excursión Luis y *Paco*.

El día señalado amaneció tan despejado como lo deseaban los paseantes.

En las primeras horas de la mañana ya habían ganado el pie de la serranía. Y anda que andarás, empezaron á subir la empinada cuesta, sudorosos y jadeantes.

En un momento de cansancio, Mario, que iba adelante, volvió cara y se detuvo. Allá abajo, en las primeras revueltas del camino, que se alcanzaba á divisar á trechos por el color rojizo de la tierra, subía, como ave de corral cansada que dejara descolgar las alas hasta arrastrarlas, el más pequeño de los paseantes. *Paco*, que muy inclinado de cabeza, abiertas las piernas y con un *ruanón* á listas, cuyas puntas daban casi al suelo, avanzaba por la pendiente á más no poder. No tan retirado debía de venir Luis, y más cerca *el Alemán*, el que apareció de pronto en la revuelta más próxima, con tamaña cara redonda y sanguinosa, desplegados los ojazos claros y jadeante hasta querer "sorberse las piedras," como decía Luis. ¡ Vaya con los tales paseantes, que así se encontraban cuando aún no habían hecho sino muy corto trecho en el camino !

Mario buscó asiento en un peñasco cualquiera de los que bordeaban el camino, y consultó el reloj : eran las 7 y 30, ni un minuto más ni un minuto menos.

—¿ Qué tal ?, le dijo sonriendo á su condiscípulo.

—Que esto es lejos y que voy echando los bofes, le contestó éste, tirándose al propio tiempo sobre unos yerbajos para descansar.

—Llegaremos á las once.

—¡Hola!... si ustedes andan ligero... gritó Luis, que asomaba en aquel momento.

—¿Y *Paco?*—le preguntó Mario.

—Allá viene que parece un pato.

¡Pobre chico! Ya no podía más. Y hasta quería empezar á rabiar, porque, eso sí, era rabioso y cascarillas como él solo.

Pero rabia que rabiarás, al fin llegó. Nada dijo. Daba resoplidos que era un gusto. El diablo del Luis, mirándonos, soltó la carcajada.

Mario, sonriente, sacó un pañuelo para enjugarse el rostro, empapado en sudor y apenas enrojecido por el ejercicio.

—¡Esto sí que se pone bueno cuando llueve—exclamó Luis. Los montañeses van á la plaza que es una bendición de puro barro... Recuerdo que un día vine con Domingo, y hubieran visto ustedes cómo me reí... A cada paso ¡tras!, un resbalón... Por cierto que á Domingo no le pareció nada que yo me riera...

A poco continuaron la marcha. Y anda que andarás de nuevo, y parando aquí y sentándose más allá, llegaron por fin á la cima, á *El Alto*, ¡á eso de las diez y tantos minutos! El cerro era ele-

vado. ¡Vaya si lo era! Como que pertenecía á los primeros grandes y empinados contrafuertes que sostienen el ramal de los Andes orientales hacia el hondo valle del Magdalena.

Desde la cima se divisaba allá abajo y en primer término, la llanura cubierta de pajonales, que antes de salir el sol habían atravesado los paseantes, y luégo, en medio del valle, la población, que parecía una mancha cenicienta ceñida al desgaire por el cintajo verdeoscuro de los cacaotales, con la torre de la iglesia que semejaba un chuzo blanco que sujetara fuertemente al suelo aquel grisáseo lienzo abandonado entre colinas...

—¡Adelante!—dijo Mario.

El mozalbete, que ya alcanzaba los diecinueve años, empezaba á hacerse más y más reflexivo.

—Míra—le dijo al *Alemán*, señalándole los bosques seculares por en medio de los cuales se abría el sendero hacia el interior de la serranía;—míra: de aquí para allá está en gran parte, al decir de los entendidos, el porvenir de nuestro país. Allá, muy lejos, á grandes distancias de esas cumbres que se desvanecen en el cielo, se encuentran las vegas del Caquetá, una región muy extensa, muy rica, de grandes maravillas... Papá ha ido hasta ella. Dicen que por allá existió una ciudad muy rica, la de *El Caguán*, sobre la cual se refieren muchas leyendas, y que diz que destruyeron los indígenas en los primeros tiempos de la Colonia.

En el Caquetá se encuentran grandes bosques de caucho y de muchos otros árboles que constituirían, si se los explotara, un filón riquísimo para nuestras industrías. Hay grandes ríos que facilitan el tránsito. Là tierra es tan fértil, que apenas aciertan á ponderarla los que la conocen. ¡ Cuántas grandes ciudades podrían fundarse allá!... Pero es lo que nos dice el Profesor de Geografía : en lugar de dedicarnos á la explotación de regiones tan portentosamente ricas, nos hemos dado á la infeliz tarea de asesinarnos y robarnos, á la de morirnos de hambre sobre tesoros ingentes...

El Alemán se había puesto serio y parecía caer sólo ahora en la cuenta de la verdad que encerraban aquellas palabras del Profesor. Y dijo como hablando consigo mismo:

—El Profesor tiene razón...

En cuanto á los otros dos paseantes, iban un poco atrás parloteando también á su antojo. *Paco*, halagado por la idea de que ya llegaban y de que irían á pasar en la montaña unos días " muy ricos," como él decía, ya no rabiaba y se mostraba alegre y hasta decidor. Las emprendió con proyectos nuevos, con unos paseos á la *quebrada*, en compañía de Domingo para que lo enseñara á pescar; con otras correrías por el bosque y las llanuras en caza de pájaros... y no sé cuántas ilusiones más.

Llegaron un poco antes del medio día...Era la estancia una casa de montañases perdida por

allá entre columnatas de viejos cedros que amenazaban aplastarla y rodeada de torrentes que se encabritaban tontamente sacudiendo la melena blanca.

¡La vida en la montaña! El viajero de espíritu cultivado que quiera disfrutar en toda su plenitud de los encantos de la naturaleza salvaje, necesita hacerse montañés en el sentido más hondamente artístico de la palabra; debe hacerse más humano y considerarse más libre, con la libertad del hombre primitivo; necesita amar con amor intenso la tierruca fuertemente olorosa á brotes y á renuevos, y en las tardes de extrañas voluptuosidades y en las noches transparentes de verano, compartir la charla ingenua de los montañeses, sentado sobre los viejos troncos, á la lumbre tibia del hogar...

Pablo, el habitador de la estancia, su mujer y unos montañeses de las vecindades, recibieron con marcadas muestras de deferencia á los paseantes, á "los patroncitos," como los llamaban familiarmente, y por las noches les referían historias de fiestas campestres y cacerías que les interesaban mucho. Esas pobres y sencillas gentes, que llevan una vida de labor perseverante en su lucha con la madre tierra, apenas si disfrutaban de otros beneficios de la civilización que los que les reportan ciertas relaciones comerciales, desde luego muy

limitadas, y los más importantes de la instrucción evangélica; pero con todo son de clara intelectualidad, de costumbres sanas y gustan del trato de las gentes en quienes reconocen relativas cualidades superiores, á las cuales consideran con cariñosa solicitud, ajena de servilismo. Con que se difundiera en tales comarcas la luz de la instrucción popular por medio de la escuela rural, la causa de la cultura moderna ganaría terreno entre nosotros.

Tres días fueron los de la jira. En ellos, guiados por Pablo, recorrieron muchos hermosos bosques, y *el Alemán*, entusiasmado por el espectáculo de la naturaleza, daba rienda suelta á sus ideas poéticas con animada verbosidad, y recitaba muchas poesías de nuestros mejores cantores, en estilo declamatorio, con voz sonora, que resonaba bajo el palio de las selvas.

—¿Oyes los rumores? —le preguntaba á Mario, que á su vez como que reflexionaba en algo.—Parece que de veras existieran las divinidades mitológicas. De allá del fondo misterioso surgen voces cristalinas, purísimas... Son los torrentes lejanos, es verdad; pero se me figura que han de ser hadas que, suelta la cabellera perfumada de aromas silvestres, danzan sobre la margen musgosa, bajo los robles de sombrío ramaje, cantando los misterios del amor.

—Esta montaña es monstruosa, extravagante —continuaba—pero es hermosa. Quisiera ser yo un poeta que participara en algo de semejante extravagancia, para cantarla dignamente... Míra esos rincones escondidos, aquellos jirones de sombra, las desgarraduras del follaje, las soberbias frondas... Uno siente aquí algo de fiebre panteísta, algo como el noble contacto de la naturaleza desnuda !...

—Eso es simplemente lirismo tonto y pasado ya de moda,—habría dicho Cornelio, el tísico aquel del colegio, á quien llamaban el *doctor Sangredo,* si hubiera estado presente.—Aquí no hay sino un bosque, como cualquiera otro, pura montaña *brava.* Por cierto aquí vienen á esconderse muchos hombres honrados á quienes persiguen como á fieras durante la guerra...

Ya, en el día tercero, de regreso al pueblo, los colegiales recordaron que dentro de poco tendrían que volver á Bogotá.

—¡Cómo me fastidia—exclamó *el Alemán*—pensar en que he de tener que volver á ese maldito colegio, á esa vida de lecciones tan pesadas, de perpetuo encierro, de miedo, de aburrimiento!... Si siquiera pudiera salir úno cada mes, siquiera por un día, de esa prisión, á otro lugar cualquiera...

En *El Alto* detuvo á Mario, y señalándole el ocaso:

—¿Verdad—le dijo—que esa puesta del sol no parece natural? Hay colores demasiado chillones y deslumbradores. Se diría que es el esbozo de la fragua de Vulcano, hecha á brochazos gordos por un pintor de cargazón...

—Es que la naturaleza es á veces artista caprichosa,—le respondió Mario.

Y hacia el Norte, allá muy lejos, se perdía el valle del Magdalena, entre claridades fugitivas y sombras crepusculares...

—Muy más allá—pensó Mario,—queda asentada sobre la gran Sabana, al pie de esta misma cordillera, la capital, en donde se libra la gran lucha, la lucha por la vida al por mayor y no al detall, como en estos pueblos de provincia. Allá la lucha es mucho más terrible, pero quizás el hombre alcance también más. Allá he sentido crecer en mí las primeras ambiciones...



IV

Se halló..... frente por frente, del destino de su vida

MARIO ESTUDIÓ en el colegio un año más. Vencido el cual, no pudo, sin embargo, como en los tres anteriores, salir á pasar las vacaciones de Diciembre á su lugar nativo. La situación de la familia era cada vez más precaria, por lo que tuvo que resignarse á pasar tales días de descanso en la capital, consagrado á tareas que por espíritu de abnegación se impuso. Aunque medio enfermo, su espíritu adquiría cierto vigor y se iba encariñando más profundamente con los estudios, á medida que comprendía mejor los alcances de su misión. Temía, con todo, por las cartas últimamente recibidas, que á la vuelta de corto tiempo la familia se viera en el forzoso caso de suspender toda erogación en su favor.

Y por desgracia, así sucedió.

La situación del País se hacía por aquel tiempo más y más difícil, y los intereses particulares sentían sobre sí la tortura de graves peligros, ocasionados por el trastorno económico y las ambi-

ciones de mando. El comercio principalmente sufría con semejante estado de inquietud. Se tenía por aventurado dar cualquier paso decisivo, y todos, cuál más, cuál menos, que ya presentían la catástrofe, se encerraban, por espíritu de previsión, en el círculo férreo de su egoísmo. De allí que nadie le prestara á la familia Villapol servicios que algún tiempo atrás no se habrían negado áprestarle.

Bien es verdad que el señor Villapol había aventurado en aquellos años, como es de presumir lo hiciera, algunos pasos en los negocios, pero nunca alcanzó á obtener por ellos éxito de significación.

Y Mario, que con todo y sus fundados temores esperaba poderse matricular siquiera por un año más en el colegio, recibió, al principiar el quinto de sus estudios, una carta del señor Villapol, en que le decía:

....

" ¡ Ya es imposible, Mario, ya no podemos más! Tu madre, tus hermanos, todos están enfermos, y á mí se me han agotado todos los recursos, se me han cerrado todas las puertas! Es una terrible hora de prueba.

" ¿ Qué hacer ?...

" Hoy le he escrito al Rector del colegio pintándole mi situación y excitándolo para que se in-

terese por tu porvenir, que es, en cierto modo, el de la familia. Ojalá que él pueda facilitarte una colocación que te permita continuar los estudios.

"Por lo demás," etc. etc.

....

Tal era el final de la carta.

El Rector del colegio atendió generosamente la excitación del Sr. Villapol. Mario fue recomendado con especial interés por él y á poco colocado como Inspector y Catedrático de cursos inferiores en un renombrado Instituto, en el cual podría continuar sus estudios.

Pero el régimen adoptado en tal establecimiento era, al igual que el del colegio que acababa de dejar, estrecho y artificioso; y si como alumno pudo soportarlo, merced á su pasividad de muchacho inexperto, no le sucedió así como Superior, posición en la cual chocaron más dirèctamente contra las nociones de deber y de justicia que había adquirido en el hogar de sus mayores, los principios de aquel régimen.

La disciplina establecida en el tal Instituto, si bien rigurosa en apariencia, por las prácticas de continuado estudio de reclusión, y de castigos frecuentes, daba ancha margen á la más completa relajación en punto á un verdadero cumplimiento del deber. Es á saber, que los alumnos, guiados por su espíritu inquieto y de genial penetración,

encontraban más fácilmente de lo que era de suponerse, modos de eludir toda obligación que requiriera un esfuerzo juicioso de su parte. Mario, hecho más que todo por propio impulso á otras ideas, quiso forzar la máquina, y ésta se puso á punto de estallar.

Corridos tres meses, el Rector del Instituto llamó á Mario á su Despacho.

—Se quejan de usted los alumnos—le dijo,—por el sistema de enseñanza que usted emplea en las clases de su cargo.

—Simplemente trato—repuso Mario,—de que ellos cumplan con su deber. Es que apelan á mil medios para no hacer nada y engañar á los Profesores. Yo que estoy al tanto de todo sé cuáles son esos medios, y por eso trato de no dejarme engañar. Eso es todo lo que ocurre.

—Está bien. También yo, como usted lo habrá observado, soy más que nadie partidario del rigor. Pero hay que andar con tiento, contemporizar un poco por bondad... —dijo acariciándose la poblada barba, ya medio cana, que le caía en cascada sobre el pecho.

—Pues perdóneme que le interrumpa, pero así, señor, yo no puedo continuar ejerciendo el empleo... ¡no puedo!... —dijo Mario con resolución.

—Siento mucho, mi querido amigo, pero tampoco puedo yo cambiar de sistema en mi colegio. El que he adoptado me produce buenos resultados. Y se lo repito: siento mucho; pero ya que usted lo desea, puede usted dejar el empleo, puede usted retirarse....

Tan repentino como inesperado resultado puso á Mario fuera del Instituto. Al trasponer sus puertas, pensó que acaso había cometido una imprudencia y aun quiso volver sobre sus pasos, pero un sentimiento de amor propio y de despecho lo sostuvieron en su primera resolución de retirarse definitivamente.

Bien sabía él que si se retiraba no era ciertamente porque se hubiera hecho partidario de un sistema de rigor que en algo desdijera de los más rectos principios de justicia, como había querido suponerlo gratuitamente el Rector, sino porque quería una mejor justicia en la disciplina y se rebelaba francamente contra el espíritu de embozada disipación é hipocresía que predominaba allí.

Mario se encontraba, pues, solo y abandonado, á muchas leguas de su hogar, cuando menos lo esperaba.

En la noche de ese día, solicitó alojamiento en uno de esos cuartuchos húmedos de las fondas de tres al cuarto que dan alimentación barata en los barrios retirados de la ciudad. Y recostado en una

mala cama, rodeado de tinieblas, en el fondo de semejante bodegón, empezó á sentirse sobrecogido de una soledad que le espantaba, casi aterrado de su situación, víctima de extraño pánico... Se halló sin saber cómo, en un momento dado, frente por frente, del destino de su vida.

¿Qué haría? ¿Qué había de hacer?... Tanteó sus fuerzas y se encontró débil é impotente. ¿Dónde, pues, los beneficios obrados en su espíritu por la educación?...

¡La educación! ¿Consiste ella por ventura en el atosigamiento de elementos literarios, en la tortura de las facultades mentales, en el total aislamiento del mundo práctico? Mario había asistido por cinco años á la escuela pública y por cuatro más al colegio, y sin embargo, se consideraba impotente para la lucha diaria, y en realidad no pasaba ahora de ser un niño grande. Estos eran los hechos.

La idea de perfeccionamiento individual alcanzado exclusivamente por la instrucción, es una noción falsa, y sobre falsa perniciosa, que ha hecho de muchos hombres de la nueva generación seres débiles é impotentes. Son las palabras de Julio Simón:—" Ya no hay educación: se hace un bachiller, un licenciado, un doctor; pero hacer un hombre, de eso no se trata; al contrario, se emplean quince años en destruír su virilidad. Se devuelve á

la sociedad un pequeño mandarín ridículo que carece de músculos, que á todo le tiene miedo, que se ha llenado con toda clase de conocimientos inútiles é ignora las cosas más necesarias; que á nadie puede dar un consejo; necesita que en todo y por todo lo conduzcan, y que, sintiendo su debilidad después de haber perdido los andadores que lo sostenían, se acoge como un último recurso al socialismo de Estado: es necesario que el Estado lo tome de la mano como lo hizo antes la Universidad. Sólo se le ha enseñado á ser pasivo. ¿Y á ser ciudadano? Sería tal vez un ciudadano si fuera un hombre..."

En la noche de ese día y en horas ya avanzadas, Mario, como no pudiera conciliar el sueño, salió á la calle para desahogarse. Empezó á recorrer, con paso de inconsciente, cuadras y más cuadras, medio iluminadas por focos de luz eléctrica colocados á grandes trechos. De la cordillera soplaba un vientecillo frío y destemplado que calaba hasta los huesos. La ciudad estaba silenciosa... Sólo se oía de vez en cuando el eco de cantos báquicos que se escapaban de alguna taberna, el monótono silbido de los serenos, y ese ruido como de marea que parece venir de lejos, en el cual se confunden ladridos y rumor de fuentes, soplos de viento y voces errabundas, que arrulla á las ciudades en altas horas de la noche. Por las

aceras y pegados de la pared se deslizaba uno que otro transeúnte que caminaba con paso de noctámbulo.

Cuando Mario volvió á su cuarto, se sintió un tanto reanimado.

—¿Cuál es mi crimen para que así tiemble?... —se preguntaba—¿Por qué he de temer? Iré, si no es posible otra cosa, á mis padres, á mis hermanos, á los amigos de la infancia... Sí, ¡volveré á ellos! ¿Por qué no he de volver?...

Pero después pensaba que con presentarse en semejante situación, tan escaso de conocimientos prácticos y de energías positivas, á su casa, nada adelantaría él ni nada adelantaría su familia.

Y en estas reflexiones, tanto más amargas cuanto más estrechamente unidas iban á la realidad, lo sorprendió á Mario el sueño, un sueño pesado y fatigoso, interrumpido por pesadillas.

Ya á la mañana siguiente pensó que su antiguo maestro, el Rector del colegio en que acababa de hacer sus estudios, podía, en atención á las recomendaciones de su padre, hacerle alguna indicación oportuna y darle luces para tomar el rumbo que pudiera convenirle más. Y sin pérdida de tiempo ocurrió á él.

Se encontraba éste precisamente en su despacho, ocupado en el arreglo de unos papeles del archivo del colegio. Al oír de boca de Mario lo que ocurría, se manifestó sorprendido.

—Ha sido una imprudencia tonta que acaso pueda remediarse aún,—le dijo en respuesta, con seria afabilidad.

—Con todo, yo prefiero que las cosas queden como están, Doctor,—repuso Mario.

—Pues bien, si así lo desea usted, nada me resta á mí por hacer. Y siento no poder ofrecerle á usted una colocación en mi colegio, que ya—tenga de ello seguridad—se la habría ofrecido á usted desde los primeros días del año, si tal cosa me hubiera sido posible. Pero no... ello no ha sido posible. Tal vez más tarde... Por ahora lo que puedo hacer es recomendarlo en alguna oficina del Gobierno. Pueda que al fin logre colocarlo.

—Según eso, Doctor, ¿usted es de opinión que por ahora no debo yo regresar al Sur?

—Depende... —dijo vacilando.—Usted debe consultar el punto á su familia, desde luego. Quizá le convendría á usted esperar por otros meses, los que faltan para concluír el año...

—Resueltamente, Doctor, me espero. Así se lo comunicaré á la familia. Es necesario luchar, tratar de hacer algo... ir adelante. ¿Verdad?

—Sí, señor, es necesario luchar para alcanzar algún resultado. No he de ser yo quien haya de desanimarlo... Pero ha de saber usted—dijo con marcado interés, inclinando un poco el busto hacia adelante—que en este nuestro país de las teorías

flamantes y de las rimbombancias, la juventud apenas encuentra estímulo... y trabajo. Yo lo conozco á usted, sé por eso cuál es su carácter... Pues bien, conviene que usted sepa, aunque me sea doloroso el decírselo, que aquí es necesario doblegarse, y doblegarse mucho para poder vivir... Los hombres que en esta nuestra pobre tierra dicen con el Duque de Lerma: "„Me quiebro, pero no me doblego," simplemente se quiebran al otro día... Pero que ésta no sea causa para que usted se desanime. Por el contrario, vaya adelante. Yo de mi parte le ofrezco á usted hacer todo lo que pueda. En las actuales circunstancias, es verdad, un empleo oficial, siquiera sea de escasa significación, es difícil de obtener... Ocurre el caso de que todos quieren ser empleados. Pero, en fin, yo haré lo que pueda, ya se lo he prometido á usted...

—Está bien, Doctor.

Y ambos se alzaron de sus asientos para despedirse.

—Vuelva usted pronto por acá,—le dijo el Doctor á Mario, tendiéndole cariñosamente la mano.

—Sí, señor, volveré. Que pase usted buen día.

—Gracias. Buen día, mi querido amigo.

Y poniéndose el sombrero, Mario salió cabizbajo y pensativo.

V

Hoy se trata de divertirnos....

HABIAN TRANSCURRIDO más de tres semanas desde la separación de Mario del Instituto.

Las recomendaciones que del joven estudiante había ofrecido hacer su antiguo maestro, y que en efecto hizo, en nada habían mejorado su situación. Bien al contrario, ésta empezaba á hacer más tirante y congojosa por la carestía de recursos. Con todo, Mario, que con cierta confusión de ideas apenas se daba cuenta de ello en ocasiones, revolvía en su imaginación una y otra esperanza que juzgaba de éxito poco menos que positivo.

En los domingos y días festivos, que en el curso del año son los de asueto para el internado de los colegios, salía á buscar la compañía de sus antiguos condiscípulos para pasar con ellos ratos de solaz, las más de las veces en los barrios retirados de la ciudad, y aun en los afueras de ésta. En ta-

les esparcimientos aquellos estudiantes se vengaban á su antojo de la reclusión semanal, y no era raro que el inocente solaz degenerara en francachela vulgar. Que cuando no se saben cultivar en el hombre sus naturales tendencias á la vida dichosa, encaminándolas por vías de civilización, busca él, por ciego impulso, para satisfacerlas, las fruiciones de los placeres groseros con que á los primeros pasos tropieza en su jornada.

En tales reuniones, en las que se hablaba de cosas más ó menos insustanciales, se fumaba y aun se bebían licores alcohólicos, Mario apenas había hecho referencia alguna vez á su situación. Empero, llegó un día en que se trató de ésta con el genial interés con que aquellos estudiantes podían tratarla.

Era un día de fiesta religiosa. La jira estudiantil debía correrse, según convenio acordado de antemano, en uno de los barrios altos, al pie de los cerros que por Oriente dominan la ciudad. El camellón, que cual una cinta de arena ciñe á esos cerros de Sur á Norte, debía de estar de gala en aquel día. Y para bien de juerguistas y no juerguistas lo estaban.

Desde por la mañana se levantaron tenduchos improvisados, con todo y flores, y venta de licores, de frutas y sabrosos manjares de la tierra. Y hacia las horas del medio día las caravanas de pa-

seantes empezaron á reanimar el barrio. El día, un día de cielo purificado y retocado de luz fina, convidaba á la alegría, á las expansiones bulliciosas......

El grupo de estudiantes ascendió por una calle del Sur. Eran en número de ocho ó diez. Un tanto fatigados enfilaron por el camellón, y á paso lento avanzaron hasta un lugar abierto desde donde podía dominarse completamente la ciudad. Allí, sin dejar de charlar un momento, se detuvieron para contemplarla. Señalaban puntos diversos y creían oír ruidos determinados. Adivinaban el oleaje humano que ya avanza por las calles, ya se repliega por las plazas, ya se cuela por las puertas de las habitaciones, ora penetra en el recinto de los templos... Y el ruido de un cohete disparado en pleno azul, sin más ni más, por allá en un barrio lejano; y el pito de una locomotora que por otro grita desesperadamente, y el juego de los penachos de humo que de aquí y de allí se levantaban perezosos por la atmósfera transparente y extienden por toda la ciudad una niebla ligera y azulina, y hasta la presencia de unas cometas que muy lejos suben y suben á más no poder... todo les sorprendía en cierto modo y les llamaba la atención.

Pero tal contemplación fue rápida. El grupo de estudiantes siguió su camino en agradable ba-

rullo. En tal grupo no podían faltar desde luego *el Alemán*, el *doctor Sangredo*, ni Fabio, los predilectos amigos de Mario. Los otros paseantes eran unos locos de atar, que á pesar de su indiferencia en relaciones amistosas, congeniaban, sin embargo, con su antiguo condiscípulo.

Entraron á una venta, que con mucho adorno de rama verde en la puerta y hasta con guirnaldas fijadas en la pared, brindaban techo hospitalario y un buen inventario de existencias á los alegres paseantes. El cual inventario es bien conocido; todos se lo saben de memoria: botellas con aguas de múltiples colores, queso grande, colgajos de carne embutida, y hasta frutas, cigarros y fósforos... todo el lujo de las tiendas que se surten provisionalmente para las ventas de lance. Mas la trastienda era lo bueno y lo decente. Allí las mesas arrimadas á bancos de sólida estructura, colocados á lo largo de las paredes, ocupaban sitios desde donde podían divisar los amables tertulianos, al través de las ventanas, jirones de la ciudad y del campo... ¿Qué más querríais?

—¿Leemos algo?—propuso Mario.

—No leamos nada—dijo vivamente el *doctor Sangredo*.—Estamos hartos de leer...

—Hoy se trata de divertirnos—terció otro de los contertulios.—Ante todo, *comamos y bebamos*,

que mañana moriremos. Vengan cuanto antes unas copas.

—¡ Eso !—repitieron en coro la mayor parte.

La ventera colocó sobre la mesa unos cuantos vasos de cerveza, rebosantes de generosa espuma.

—¡ Muy bien, chica !... ¡ muy bien !

Y cada cual se apresuró á tomar su vaso de la mesa.

Por la ventana que daba al camellón entraban en aquel momento las notas alegres de una música de tiples y bandolas acompañadas de cantos populares.

—Es *el pueblo soberano*—dijo uno al llevarse el vaso á los labios. ¡ Bien por él !

—¡ Lástima—exclamó otro—que no hubiera en este castillo una guitarra ó siquiera un tiple ! ¡ Cómo nos divertiríamos ! Hasta haríamos cantar al *Alemán.* La vida hay que vivirla tan alegremente como se pueda...... Sí; música y más copas !

—¡ Eso ! !

Y entre el choque de los vasos, el rasgueo de los tiples que se alejaban y el humo de los cigarrillos que llenaba la estancia, empezó á desbordarse la charla de los estudiantes con el fácil burbujeo de la cerveza.

El Alemán recitaba, como era su costumbre en tales casos, fragmentos de poesías, distraídamente...

......"En las noches heladas del invierno,
Cuando hace frío, mucho frío en las cabañas,
Y cae nieve, mucha nieve en las aceras,
¿ Quién inspira al filósoso y al sabio ?
¿ Quién ilumina el alma del poeta ?......"

....

—¡ Más cerveza, patrona !—gritó en ese momento Fabio, que ya empezaba á entusiasmarse.

—¡ Bien !—¡ que viva el buen humor ! !

Y unos cuantos palmotearon, metiendo un ruido infernal.

Volvió la espuma de cerveza á coronar triunfalmente los vasos, y los alegres tertulianos á apurar éstos con verdadera delicia.

Cada cual siguió charlando como su real gana le sugería.

Mario y Cornelio se retiraron á conversar en un ángulo de la trastienda.

—Pero, ¿ qué crees tú que se pueda hacer?—le preguntó el primero al segundo.

—" Querer es poder "—le contestó éste sentenciosamente.

—¿ De qué se trata ?—preguntó á su vez Fabio aproximándose.

—Digo yo—expuso Cornelio—que si Mario quiere valer algo, lo que se llama *algo*, como pretende, debe trabajar.

—¡ Acabáramos !—replicó éste levantando un poco el tono de la voz—Si el asunto está en que

no sé, en que no encuentro cómo trabajar... He andado de oficina en oficina solicitando un empleo, con buenas recomendaciones, y,.¿ lo creerán ustedes? ¡ Nada he podido conseguir! Todo son inconvenientes, y esperanzas, y engaños... Y aquí me encuentro sin oficio.

—Pero el que quiere puede, eso sí,—dijo el costeño.

—Míra, Cornelio, eso es fácil de decir, pero no tan fácil de hacer.

Fabio movía la cabeza con aire de asentimiento.

Cerca de la ventana estallaron unos cohetes. El ruido de los paseantes aumentaba cada vez más. Era que la multitud se hacía mayor á medida que avanzaba la tarde, y el camino ya rebosaba de numeroso gentío.

—¡ Salgamos!—propuso *el Alemán,* que se había puesto rojo como la grana—¡ Al campo libre!

Algunos fueron de opinión que se quedaran á tomar más cerveza, y resolvieron quedarse.

E *incontinenti* se presentó, con una fuente llena de vasos, uno de los más locatos de la partida, que se perecía por hablar en las ocasiones solemnes.

Fue saludado con un *¡hurra!* estruendoso.

—¡ Ahora, que hable! sí...... ¡ que hable!

Y fue lo bueno, aunque no lo extraño, que el tál habló.

Colocó la fuente sobre la mesa, y después de distribuír los vasos y tomar el suyo, hizo con la mano ademán de hablar.

—¡Bravo! ¡muy bien! Don Emilio Castel...

—Bueno es beber —dijo— pero también es bueno hablar......

—¡Sí...... que hable! Por supuesto......

—Brindo por la amistad—prosiguió—¿Acaso no es digna de que brindemos por ella? Cuando la suerte nos abandona, ella nos tiende la mano...

Un aplauso resonó por el recinto de la taberna.

El Alemán, como empujado por un resorte y antes de que se extinguiera el ruido del palmoteo, se adelantó hacia sus compañeros, y dijo:

—Yo brindo por la Poesía; por el verso, sí, por el divino verso, que me sirve para volar como el águila por las regiones del ideal!...

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Muy bien!

—¡A la salud, pues! ¡A la salud!

—¡A la salud!

Y apuraron los vasos con deleite.

Después, todos liaron cigarrillos.

Y siguieron escanciando, á cortos intervalos, más y más cerveza.

Alguien pidió aguardiente.

—*¡Salve, licor bendito!...*—continuaba recitando *el Alemán.*

A la venta se habían aproximado algunos músicos, que empezaron á tocar un alegre *bambuco*.

No se necesitó de más. La alegría subió de punto y algunos de los tertulianos la emprendieron con el baile.

Y cuando los músicos salieron, continuó el palique. Ya nadie se acordaba de salir. La discusión sobre el trabajo, "fuente de verdadera vida," como alguno de ellos dijo, se generalizó, aunque parezca mentira. Mario vino á convertirse, á las últimas, en el héroe de la fiesta. Y hubo arranques un poco llorones de elocuencia sentimental, furor declamatorio, cuestiones altas, muy altas...... Que el trabajo, además de "fuente," es la "gran ley"; que todos los grandes, "verdaderamente grandes," se han levantado de "la nada"; que el valor y el carácter, y no sé cuántas cosas más. Hasta Homero y Milton y Torcuato Tasso, anduvieron en la danza, traídos á ella por *el Alemán*.

—¡ Qué !...... ¡ la vida ! Ahora yo no temo nada, nada...... absolutamente nada !......—exclamaba Mario, sobreexcitado por el alcohol y las peroratas—Esta vida ha de ser de alegría, de gran dicha, de pura juerga.

Uno de los menos distraídos dio la voz de alarma :

—Ya es casi de noche. ¡ Al colegio !

—¡ Otra cerveza !—gritó para hacerse oír por entre el ruido infernal de voces que se había formado en la tienda, uno de los más serios de la partida que, con pulso nervioso, contaba y recontaba unos billetes que acababa de sacar de la cartera.

Salieron pasadas las seis, y cuando ya á nadie le quedaba un céntimo en el bolsillo, casi á la desbandada.

Unos cuantos que en aquellos momentos decían—los muy valientes—que no temían castigos ni nada, resolvieron formar grupo para regresar, sin mayor afán, á la ciudad.

Iban confundidos entre la multitud, que reía y cantaba.

Empezaba ya á oscurecer. En la ciudad surgían puntos luminosos que iban propagándose poco á poco, á medida que avanzaba la noche. Y atrás, en el camellón, se extinguían gradualmente los rumores de la fiesta.

Algunos de los estudiantes del grupo daban traspiés y todos charlaban como podían. *El Alemán*, por su parte, cantaba alegre, á voz en cuello :

—" *¡ Salve, oh licor de los sabios y poetas !* "......



VI

....Mario salía vencido

MESES DESPUES (un año acaso), en una mañana de rigores invernales, Mario se hallaba enfermo en un humilde cuartucho que desde hacía algún tiempo le servía de alojamiento. Una familia, casi tan pobre como él, le había proporcionado en su propia casa tal habitación, y á la vez atendía á su subsistencia alimenticia por un precio casi insignificante.

Era un día domingo, y Mario se encontraba todavía metido en cama. Afuera, el viento, un viento colado y maldecido, soplaba sobre la ciudad una llovizna más maldecida aún, que venía desde el páramo y á la cual metía con violencia por entre los cerros de *Monserrate* y *Guadalupe*, hasta arrojarla con fuerza mecánica de surtidor sobre gran parte de la Sabana. El velo que se desplegaba sobre faldas y caserío alto debía semejar, contemplado á distancia, ligera gasa blanca. La luz del sol, como acobardada, apenas si se

entreveía por allá arriba en las paredes blancas de una de las dos ermitas.

Mario se sentía febricitante, débil y abatido. El aposento en que se encontraba era un departamento estrecho, oscuro y húmedo, abierto en el interior de una casa baja, medio destartalada ya por lo antigua. Era un agujero, un humilde rincón completamente desmantelado. Embutida en el ángulo más espacioso de la pieza encontrábase la cama, una cama de estudiante, y cerca de ella la mesa de noche, un baúl y un asiento. De una de las paredes pendía una toalla ; sobre la mesa de noche se hallaba un libro y un candelero con una vela á medio gastar, y finalmente, hacia la cabecera de la cama y en el suelo embaldosado con ladrillos, estaba una botella llena de licor.

En aquellas horas tristes, Mario pensaba en los días de su infancia. ¿Por qué le vino tal memoria? Recordaba sobre todo las horas matinales, en las que, poseído de una alegría franca y dichosa, jugaba con alguno de sus hermanitos bajo los mirtos del jardín... Después pensó en la familia, y recordó, con la angustia de una pesadilla, que allá muy lejos, en el Sur, arrastraba una situación precaria. Hacía mucho tiempo que no sabía, que no había querido saber nada de ella. De seguro que á él lo considerarían ya perdido, y para siempre... Le parecía ver á sus padres, ancianos ya, en actitud meditabunda, bajo aque-

llos mismos mirtos del jardín, acaso pobremente vestidos, rodeados de niños hambrientos y desnudos... ¿Y qué había sido de él, de Mario, del hijo mayor, la esperanza única de la familia?...

Afuera empezaba á llover. El agua caía en sonoros chaparrones. Y hasta la fría y estrecha habitación llegaban medio apagadas las notas de un piano que tocaban en alguna casa próxima. En la iglesia del barrio llamaban á misa rezada.

Mario, medio somnolento y entontecido por la fiebre, seguía pensando...... ¿En qué? En todo y en nada. En su juventud perdida, en sus aspiraciones frustradas, en su miseria...

De repente, no sé por qué recordó el día aquel de fiesta en que había corrido con sus antiguos camaradas alegre jira por los barrios altos de la ciudad. Ese día se había sentido animado, alegre, dispuesto á la lucha... De entonces acá, ¿qué había hecho? ¿qué había sido de su vida?...

De oficina en oficina había andado por mucho tiempo en solicitud de un empleo. Al fin le concedieron uno que le quitaron bien pronto, en esos juegos de intriga que combina la política y en los cuales las gentes humildes, como Mario, son siempre las víctimas. Después entró á ejercer otro y otro, todos ellos de remuneración tan escasa y tardía, que apenas le habían permitido á Mario no morirse de hambre. Y cuando en un ventorrio le habían negado la alimentación, ocurrió

á otro, hasta que la familia que le daba alojamiento lo acogió, no obstante su propio estado de pobreza, con generosa simpatía. Mario había vendido libros, muebles... todo; lo más para buscar en el fondo de las tabernas un recurso artificioso que lo reanimara de continuo, tan alegremente como en los días de paseo con sus condiscípulos. Vestía muy mal y empezaba á sentir la depresión de un horrible desgaste nervioso.

Era que la lucha había sido tenaz, y Mario salía vencido. ¡Casi un año de peripecias sin nombre, oscuras y brutales! La pobre vida de un enfermo que sueña despierto con tesoros ignorados; la locura de un neurasténico que arrastra, indolente, su melancolía por los suburbios oscuros de una ciudad!

—¿Qué haré ahora?—pensaba Mario en aquel día.—Habré perdido el empleo una vez más... ¿Y á quién me acojo?... ¿A quién?... Mis amigos... ¡los amigos! Ellos huyen de mí... Y yo dudo de todos y de todo... ¡de todo! ¡No tengo fe en nada! ¡Ah! si aquí, ahora mismo, muriera... nadie lo sabría siquiera... mi vida no le importa á nadie! ¡Qué le va á importar!... Y volviéndose sobre el costado derecho tomó la botella que se encontraba en el suelo, al pie de la cama. Se medio incorporó en ésta, y alzando aquélla, ingirió una buena cantidad de licor.

—A nadie le importaría!,—continuó diciendo para sí.—Porque no valgo nada... ¡Qué he de valer! ¡Mas no importa! ¡Qué me ha de importar!—Y continuó pensando, pensando...

Ya no llovía. A la estancia llegó en notas claras y distintas el toque de un repique de campanas. En el corredor ladró el perrito faldero de la casa, y se dejó oír la voz de una persona extraña.

Tocaron bien luego, con tiento, á la puerta del aposento. Hecha por Mario la consiguiente invitación á que entrara, avanzó, vacilando entre la semioscuridad de la estancia, un joven correctamente vestido. Era Fabio. Se aproximó á la cama y, con la mayor afabilidad, dirigiéndole frases de cariño, le tendió los brazos á Mario.

—Pero, ¿qué es de tu vida?—le decía una y otra vez.—¡Cuánto he trabajado por encontrarte! Nadie sabe nada de ti... Míra que vivir en semejante aislamiento... Eso no puede ser, Mario. ¿Desde cuándo estás enfermo? ¿Estás muy mal?

—Efectivamente, estoy muy mal,—le respondió Mario.—Pero siéntate. Míra, aproxíma el taburete.

—Pues sábe que estoy á tus órdenes. ¿Quieres que llamemos un médico? Te repondrás pronto. Nada temas.

—Nó, no llames médico... ¿Para qué? Esta vida... ¡no es la vida!—le dijo Mario sonriendo

irónicamente. ¿Para qué médicos ni nada? Para la fatalidad no hay tales médicos...

—Nó, no desesperes así... ¿Qué ha sido de ti, de tu valor y de tus energías?

—Es que tú no sabes cuánto he sufrido, Fabio, —le dijo Mario reanimándose.—¡Ni nadie lo sabe! Nadie!... Míra: yo he sufrido mucho... desde que me botaron del Instituto, simplemente porque quise cumplir con mi deber; desde que todos me han vuelto la espalda; desde que soy víctima miserable del egoísmo y del interés ruin de todos... míra, Fabio, sé decirte que me persigue como un fantasma la idea de que todos los hombres son infames y canallas!...

Las palabras salían de su boca secas, destempladas, con ronquido singular.

Fabio se sentía conmovido ante aquel repentino desahogo de su amigo; pero, conservando su actitud de calma reflexiva, trató de reanimarlo con palabras consoladoras, pronunciadas en tono de alegre afabilidad.

Hablaron mucho, mucho. Fabio apeló á los recuerdos de colegio, á las antiguas aspiraciones, á las esperanzas risueñas de la juventud, hasta al lazo común de las aficiones literarias que los unía, para despertar en el corazón de Mario un sentimiento saludable y positivo de amor á la vida. Acabó por hacerle algunas indicaciones de sentido

práctico y por ofrecerle su apoyo pecuniario, que aquél creyó de su delicadeza no aceptar.

La visita se prolongó por algo más de dos horas. Cuando Fabio salió, dejó en poder de la señora una suma de dinero que debía destinarse á la subsistencia de Mario.

En el ánimo de éste aparecieron después de tal entrevista generosos brotes de esperanza. Pero por desgracia, esos brotes se agostaron demasiado pronto. Así que se repuso un tanto de salud, volvió á la vida que había llevado en meses anteriores: una vida de abandono, de despecho contra todo, de agotamiento...

Un día quiso de pronto, en una hora de luz, por un impulso secreto de su alma, hacer un esfuerzo supremo para salir de aquel estado de inconsciencia. Y soñó con una vida tranquila, de fecunda consagración al estudio. Viviría en una hermosa estancia; recrearía su espíritu en las tardes serenas, por los paseos más bellos de la ciudad; cultivaría las relaciones de los amigos buenos que con él quisieran compartir las tranquilas emociones de esa vida...

Pero, ¿qué hacer? Mario buscaba con afán el punto de apoyo que pudiera ofrecerle la educación recibida, pero no lo encontraba: ante la desolación en que se hallaba su alma, se sentía impotente. Quiso entonces formarse por sí mismo una atmósfera nueva, una atmósfera que le comunicara las energías que no acertaba á encontrar,

y en lugar de apartarse se acogió con mayor fuerza al recurso fácil del alcohol. Con esto le pareció haber encontrado definitivamente un mundo accesible sólo á los resueltos, y continuó avanzando, avanzando siempre por ese camino á grandes pasos, estimulado por compañeros empedernidos en el vicio: eran otros atormentados, otros impotentes.

Sentado á la mesa de alguna taberna de las más pobres y rodeado de tales compañeros, sentía Mario subir el venenoso vapor al cerebro en fuertes oleadas de calor y empezaba á creerse dueño del mundo. Surgían entonces como por encanto, ante su imaginación excitada, brillantes alucinaciones, tornasoladas esperanzas, la vida nueva... ¿Qué habían sido los pasados días de miseria?... ¡Nada! Un sueño, un pesado sueño que había estrujado despiadadamente su cerebro en horas que para siempre habían pasado ya. Pero ahora el porvenir era suyo. La lucha le entusiasmaba. ¡Triunfaría! ¿Por qué nó?...

Mas ¡ay! tales momentos de febril excitación pasaban demasiado pronto. Después... volvía el maldecido frío de la miseria á entumecerle el corazón, el estragamiento alcohólico á quebrantarle el ánimo... Pero, víctima de espantosa fascinación, volvía luégo, loco de ansiedad, á buscar en el fondo oscuro de las tabernas los placeres del alcohol... Era como el tormento de alguno de los condenados del Dante.

VII

....se declaró turbado el orden público

UN DIA que se encontraba Mario sentado á la mesa de una taberna de muy mediana apariencia, creyó oír de boca de un grupo de militares que escanciaban cerveza en una mesa próxima, no sé qué proyectos acerca de la organización inmediata de fuerzas. Puso cuidado y acabó por informarse de que ellos daban ya por un hecho la turbación del orden público.

Inmediatamente salió. Quiso tomar en la calle datos más precisos, pero las pocas personas de alguna confianza con quienes se encontró, apenas si pudieron darle otros informes que las propias sospechas en que también estaban de que la guerra estallaría de un momento á otro. Desde hacía semanas, meses quizá, Mario había sido sorprendido por rumores de una guerra próxima, pero después, á medida que el tiempo avanzaba, fué acabando por no creer en nada. Aquel día, sin embargo, tuvo el presentimiento de que la hora por fin se acercaba, y no sin razón se alarmó. Dos días más

tarde, en efecto, se declaró turbado el orden público.

En un principio sintió Mario cierto temor de verse envuelto en las aventuras de la milicia; pero sus compañeros de orgía, que veían las cosas de distinto modo, lograron desvanecer, á favor de las frecuentes libaciones, en su ánimo, tal temor. Entonces se resolvió á tomar servicio.

Se incorporó en un Cuerpo que se organizaba bajo la dirección de un militar experto, y desde el día en que tal hizo, llevado por sus aficiones literarias, tuvo la idea de ir escribiendo un diario ó *Memorándum* de campaña, que de vez en cuando leía á sus más íntimos compañeros, en las horas de ocio pasadas en el campamento.

Hé aquí algunos de sus fragmentos:

Diciembre 2—Héme aquí en un cuartel.

¿Por qué? ¿Cómo?...

No lo sé.

La soldadesca está allí, en sempiterna charla. No sé más.

Es, con todo, una vida nueva. Yo estaba loco de aburrimiento y de fastidio, y quería salir para cualquier parte, hacer *algo*. Es cierto también que de estas aventuras hoy día nadie puede escaparse.

El batallón se titula *1.° de Libertadores*. Consta ya de cuatro compañías con más de trescientas piezas.

Sus Jefes son hombres de excelentes condiciones. El Coronel, primer Jefe, ya entrado en los cuarenta años, corto de estatura, bien musculado, de bigote espeso y negro, cuya mirada despide unos reflejos como de acero, es de apellido Escorcia. Ahora mismo se pasea, acompañado del segundo Jefe, que es un joven de elegante apostura, simpático y de aspecto marcial, bajo los pinares del patio. Ambos gastan hermosos uniformes de parada y hablan con animación.

Hoy han de venir los Jefes del Estado Mayor General á pasar revista. Yo me presentaré como Alférez Escribiente, Adjunto á la Plana Mayor. Como tál me he incorporado.

Diciembre 10—El batallón marcha al Norte. Hora por hora, desde hace tres días, nos aproximamos al teatro de la guerra. Vamos, pues, á la matanza. Por todas partes corren rumores de grandes movimientos militares. Muchos soldados van serios, demasiado serios quizá, meditabundos, tristes... Parece que presintieran la muerte.

Es de veras cruel este pensamiento del odio infame por ambiciones, por miserias, por el espíritu pendenciero que nos domina. Recuerdo á Maupassant:

—¿"Cuáles son los salvajes, los verdaderos salvajes? ¿Los que pelean por comerse á los vencidos, ó los que pelean por matar, nada más que

por matar?... Los soldados que corren entre los pinos, por la playa, están destinados á la muerte, como las manadas de carneros que un carnicero conduce por las carreteras. Irán á caer en una llanura, con el cráneo partido de un sablazo ó el pecho agujereado por una bala; y son jóvenes que podrían trabajar, producir, ser útiles. Sus padres, acaso son ancianos y pobres; sus madres, que por espacio de tantos años los han amado y adorado como sólo adoran las madres, recibirán dentro de seis meses ó de un año tal vez, la noticia de que su hijo, el hijo criado con tanto trabajo, con tanto gusto y cariño, fue arrojado á un agujero como un perro muerto, después de haber sido despanzurrado por una bala y pisoteado, aplastado, hecho jigote por las patas de los caballos. ¿ Por qué han matado á su hijo, á su buen mozo, su única esperanza, su orgullo, su vida ? No lo sabe. ¿ Por qué ? ¡ Ah, la guerra !.... ¡ Batirse !.... ¡ Asesinar hombres !..."

Y tál nuestra espantosa miseria. ¿ Cuándo sucumbiremos todos, y los vecinos se repartirán nuestros despojos ?

Diciembre 20—Hasta ayer hemos andado á marchas forzadas. A las ocho de la noche llegámos á las márgenes de un río que en el fondo de un valle arrastra perezoso su caudal de aguas turbias por en medio de anchurosas playas. El calor

era sofocante. Al rumor de las tierras calientes en esta atmósfera recargada de nubes, se unía el retumbo de tempestades lejanas, que alumbraban, casi de continuo, con mortecina luz la cordillera.

Hoy, en las primeras horas de la mañana, el Cuerpo fue incorporado en las filas del Ejército que cubre la retaguardia, y continuó la marcha.

Bajo un sol de fuego, los hambrientos, los moribundos, caen exánimes en el sendero ardiente y calcinado. Oficiales inhumanos les dan de cintarazos para forzarlos á seguir. Un soldado alto, seco, de tez amarillenta y de mejillas enjutas, extenuado ya por la fatiga, busca asiento en una roca, sin dejar de quejarse amargamente. Un Oficial le ordena que siga.

—Prefiero que me *afusilen*—contesta él fijando sus ojos desmesuradamente abiertos y de expresión indefinible, terribles en su angustia, en el machete con que se le amenaza...... ¡Oh, los siervos, los siervos miserables de la República !

A las tres de la tarde, en una cima que coronámos, dicen algunos que, abajo, del otro lado, en la gran hondonada, se bate la vanguardia del Ejército con el enemigo. Se habían oído, en efecto, algunos disparos. Continuámos aceleradamente la marcha y á la hora empezó el descenso. En el sendero que se abre en medio de peñascos se ven algunos restos de cápsulas. Allí habían hecho resistencia los asaltantes. Cuando el Ejército aso-

mó á la cima, ellos hicieron una descarga. Un Oficial fue herido en una pierna. Luégo huyeron favorecidos por el bosque que cubre la cañada.

A las cuatro y media p. m. llegámos á la primera casa que se encuentra en la hondonada. En ella acaba de acampar un batallón. A la vera del camino y cerca de la casa se veía la tierra recién removida de una sepultura. El cadáver de un niño de doce años se encuentra en el fondo de esa fosa. Fue un niño que trató de desertar, lo aprehendieron en el bosque, é inmediatamente lo fusilaron! Antes de amarrarlo á un poste él clamaba, se les arrodilló á sus Jefes, lloró con la mayor ternura. Sollozando sacó luégo de un lío de trapos sucios que cargaba en su morral unos cuantos billetes de escaso valor y se los entregó á un Oficial, para que los diera de limosna. Pero no hubo compasión y fue pasado por las armas.

"¿Cuáles son los salvajes, los verdaderos salvajes?......"

Diciembre 29—El Coronel recibe á todas horas comunicaciones urgentes. El día de batirnos llega. Dicen que el enemigo nos espera aquí cerca, en la cima de una serranía altísima, montuosa y escarpada. Es un ejército numeroso que ha cavado fosos, levantado trincheras y construído parapetos entre la espesura. Desde allí se mueve cauteloso, en actitud de fiera que se prepara á la lucha.

Las 7 p. m.—Todas estas montañas parecen derrumbarse unas sobre otras: tan grande es el estruendo de la fusilería. En la oscuridad de la noche se distinguen perfectamente los fogonazos que á golpes instantáneos arrojan las bocas de fuego.

El batallón no ha entrado aún en combate. Yo contemplo desde una colina próxima el movimiento caprichoso del fuego homicida. Son cintas reverberantes que ya en fragmentos, ya en largas líneas, ondulan entre los oscuros senos de la montaña. Hay cierto refinamiento extraño en esa bárbara carnicería. Parece sentirse sobre el estruendo bélico, arriba, más allá del humo denso de la pólvora, en el cielo negro, el ruido siniestro de grandes alas fúnebres... Y del fondo de la matanza brota un espíritu contagioso de horrible fascinación. Uno siente entusiasmo por ese crimen, deseos locos de aplaudir á los regimientos que avanzan!... Y ese clarín maldito lanza alaridos que penetran muy hondo en el alma, que dominan pérfidamente todos los estruendos... ¡Cálla, clarín infame, clarín maldito, que incitas á la matanza, que arrastras al crimen, que con tus alaridos corrompes el corazón!... Y el fuego continúa, continúa siempre, y en las embriagueces de la muerte caen los valientes, los hijos de la República!... Es que la Nación se suicida, la Patria sucumbe, el honor colombiano se mancha en sangre! Sí, allí sucumben para siempre tus hijos, Patria

mía, entre esas rocas estériles, en esta noche cálida, heridos por la bala traidora que zumba por la tenebrosa pendiente!...

Y hasta aquí los primeros fragmentos del Diario de Mario—un cuaderno sucio y descabalado, atestado de notas rojas,—que en esta relación pueden transcribirse. Los demás de aquella época acusan una gran turbación de su ánimo. Son arranques sentimentales sin orden ni concierto, una pintura de tonos abigarrados de muy variadas escenas.

Era el alcohol el agente que producía en el espíritu de Mario aquel desorden que se palpaba en sus notas, el veneno infame que había alborotado su imaginación extraordinariamente. Habla del triunfo que en aquella acción obtuvieron las fuerzas en que se encontraba enrolado. Después relata la historia de una campaña de más de diez meses que con ellas hizo, y se esfuerza por describir en dicha relación su estado de ánimo, en horas tormentosas pasadas en el silencio de los campamentos, el oscuro abismo que se abría ante su alma en presencia de los estragos asquerosos de las batallas...

El grueso del ejército, y con él el *1.º de Libertadores*, fue avanzando lentamente hacia el Norte, y ya en los últimos días destinado á servir la guarnición de algunas plazas de importancia. Y por aquel tiempo Mario fue ascendido á Capitán Ayudante.

VIII

....*Oh! ¡el terrible* DELIRIUM TREMENS!

EL BATALLON fue acantonado en una de las principales plazas.

Por aquel tiempo Mario empezaba á sentir un malestar de todos los momentos. Era el disgusto producido por afecciones alcohólicas, que se hacían cada vez más agudas y que llevaban á su ánimo el desfallecimiento. Mario sentía verdadero miedo del porvenir.

Los días de juerga en compañía de otros oficiales igualmente atormentados por el ansia de placeres fuertes, se habían sucedido desde hacía algunos meses sin interrupción. Y la vida empezaba á ser para Mario fastidiosa; una vida cada vez más estragada, de emociones más y más absurdas, de torcedora melancolía. Eran pequeñeces que para él se transformaban, sin saber cómo ni por qué, en brutales sacudimientos que agotaban hora por hora las energías más nobles de su espíritu.

¿Cómo describir ese estado de oscura crisis, de hundimiento definitivo?... En el fondo del

abismo una alma rueda sin saber á dónde, y en su lucha desespetada por alcanzar la libertad íntima, sufre espasmos dolorosos y apenas si se da cuenta del vértigo que la arreba entre ansias inexplicables, poseída de la embriaguez sorda de la degeneración!

Mario empezaba á sentirse solo y abandonado en medio de sus propios compañeros...... A veces creía reconocer en éstos no sólo sino un secreto principio de hostilidad hacia él. Quería entonces romper con todo el mundo y vivir en el más completo aislamiento. Sus momentos de alegría eran ya tan fugaces, que no bien acababa de experimentarlos cuando de repente se tornaba sombrío y por demás susceptible. El fastidio que entonces sentía por la vida era verdaderamente espantoso. Como disociado de su propia personalidad, todo le parecía anormal, fuera de su centro. Su mirada era de vaguedad extraña y en su cabeza de cabellos abundantes asomaban ya algunos hilos de plata.

Por disposición acordada entre los Jefes del Cuerpo, Mario debía ponerse en marcha para una población distante, en desempeño de delicada comisión. Esta circunstancia vino á ser de trascendentales consecuencias para su porvenir.

Salió, en efecto, y á poco se encontró, por circunstancias imprevistas, completamente aislado de

la fuerza á que pertenecía. El enemigo se interpuso y con esto creyó perder toda esperanza de unirse á su Batallón nuevamente. Fue ésta para él una época tormentosa.

El alcohol causaba progresivamente grandes estragos en su salud y en su espíritu. La fiebre le caldeaba ya el cerebro. Y cuando menos lo esperaba, sintió miedo, un miedo horrible...... ¿De qué? No lo sabía. Entonces quiso adquirir valor y bebió mucho.... ¡ Cuánto bebió ! Quiso ahogar sus terrores en el alcohol, y el *delirium tremens* le mostró sus fauces... y lo atraía, lo atraía siempre, con terrible fascinación...

En la población á donde había ido á parar en su viaje, luégo de salir de las tabernas y sin haber tomado en largas horas, por inapetencia, sino muy escaso alimento, pasaba las noches en desvelo. Solo en su aposento, se sentía de repente sobrecogido de espanto. Quería entonces salir y buscar la compañía de personas que lo distrajeran. Lo retenía, sin embargo, una idea—terrible á la verdad y extraña : la de que lo tuvieran por loco !... ¡ La locura !... Esa idea empezaba á henderle el cerebro con impiedad. Pero en ocasiones, á pesar de todo, salía, para ahogar sus preocupaciones en más y más alcohol, y bebía, bebía siempre, hasta quedar embrutecido, tirado en el pavimento, insensible á todo... Soñaba entonces, y sus sue-

ños eran espantosos: una muerte trágica le amenazaba por todas partes; y aquí y allí marcha precipitada de tropas, ruido de caballerías entre las tinieblas, músicas fúnebres muy tristes, muy lejanas, como de ultratumba... algo como el murmullo de inmensas muchedumbres que desfilaran por campos de batalla sumergidos en sombra, entonando cánticos misteriosos en loor de los héroes muertos... toda una procesión de espectros que rodeaba en solemne recogimiento, hasta perderse en el horizonte enlutecido, las cajas mortuorias y los pendones negros...

Mario medio despertaba sobresaltado y sudoroso, y temblando de miedo quería huír, huír muy lejos, pero en el entorpecimiento de la embriaguez se sentía impotente y volvía á caer en la más lastimosa inconsciencia, para volver á despertar, loco de espanto, entre angustias pavorosas é indecibles... ¡Oh! ¡el terrible *delirium tremens!*

¿Qué hacer? Los accidentes graves que eran de esperarse no tardaron en aparecer, y Mario se vio en la necesidad de guardar cama. Algunas personas principales del lugar, entre otras el Cura Párroco, tuvieron noticia de la difícil situación del joven militar y ocurrieron á la casa de una familia rica y honorable que no se había excusado de prestar á nadie servicios de tal naturaleza en el curso de la guerra, y después de vencer resisten-

cias medio inconscientes de Mario, fue éste trasladado á ella. La familia llamó inmediatamente á un notable facultativo para que medicinara al enfermo.

Con el régimen que el médico impuso, la crisis apareció en su forma más terrible. Mario creía morirse, morirse de veras, muy pronto, repentinamente... Le atormentaba, sobre todo, la idea de que durante el sueño podía dejar de existir. Y desconcertado, en el desvanecimiento de la fiebre, ya medio loco, llamaba á gritos á todo el mundo, para despedirse : á sus padres, á sus hermanos, á los amigos ausentes, á los jefes del batallón.... La familia de la casa rodeaba el lecho y trataba en vano de calmarlo. Mas él no admitía consuelo alguno, y presa de una exaltación imposible de describir, trataba de levantarse y de salir para el campamento lejano. Sólo después de accesos que iban siendo cada vez menos agudos, parecía sentir la dulzura de los cuidados que se le prodigaban, y entonces lloraba, lloraba mucho, como un niño....



IX

¿No podría él luchar?

MARIO VEIA, pues, seriamente amenazada su existencia por los excesos á que en hora menguada se entregó con desenfreno, y sabía que sólo merced á los solícitos cuidados de una familia extraña le sería dado saludar de nuevo la vida. ¡Pero en qué desolación de alma!...

Fue una noche, después de largas horas de laxitud pasadas en el más profundo silencio, cuando empezó á sentir una ligera reacción en sus nervios. En estado de somnolencia habían pasado por su imaginación unas y otras ideas en tropel, sin que él acertara á fijar la atención sobre ninguna. Eran vagos recuerdos de campaña, reminiscencias de su vida de colegio, memorias fugaces de incidentes pasados entre amigos en las tabernas, y todo ello moviéndose en desorden, como en un fondo de intensa melancolía.

Quiso de pronto fijar detenidamente sus ideas:

—¿Qué había sido de él? ¿En dónde estaba? ¿Cómo había sucedido todo aquello? ¿Qué era preciso haber?...

La luz medio velada de una lámpara colocada sobre la mesa, alumbraba tímidamente el aposento. Mario encontró esa luz triste y melancólica. Revolvió después la mirada por todas partes, y como tropezara con el Crucifijo fijado al frente de su lecho, sobre la pared, se acordó del ¡Cura... ¡ Había sido un hombre tan bueno, tan amable para con él ! Luégo, al ver el sofá y las butacas que se hallaban en el recinto de la estancia, fijó particularmente la atención sobre una de éstas, forrada en damasco rojo, en la que había visto sentada á prima noche á Tulia, la hija mayor de la familia que lo asistía, cerca de la mesa... ¡ Tulia era para él como una aparición que tenía algo de misterioso en medio de aquellos sordos tormentos !... ¿ Por qué ?

El enfermo recordaba vagamente, al repasar en su memoria los incidentes más graves que le habían ocurrido en medio de su crisis, que los ojos negros y grandes de la joven se habían fijado más de una vez sobre su rostro—un rostro atezado y pálido, desfigurado ya por una larga historia de sufrimientos sin nombre,—con expresión tan intensa de ternura, que aun á pesar del desarreglo de sus nervios, había alcanzado á impresionarle. Parece que en alguna ocasión él la llamó para recomendarle un último adiós á su madre, que vivía tan lejos...

—No se impresione usted, Mario,—le había dicho ella.—Usted no se muere, nó... Usted volverá á ver á su madre, ¿oye?... La abrazará usted pronto... Créame, Mario.

Y á partir de aquel día la joven se había interesado vivamente por la salud del enfermo. Ante aquel estado de abandono en que éste se encontraba, tan lejos de su hogar, en medio de la barahúnda de la guerra y sometido á pruebas espantosas, brotaron en su espíritu sensible de mujer, por floración espontánea, secretas y profundas simpatías por el joven militar. Aquellas ideas que éste revolvía en el delirio de la fiebre, esos sus arranques de despecho interrumpidos por tremendas emociones, la interesaba mucho. Fue así como vino á surgir lentamente en el corazón de Tulia un sentimiento nuevo caracterizado por una bondad infinita que la llevaba á mirar á Mario con ternura, con la ternura exquisita que sólo se encuentra en el corazón de las mujeres, en quienes reside desde los albores de la vida el instinto de la maternidad. ¿Por qué no había de poder ella ejercer, por su compasión que era tan grande y tan pura, una influencia decisiva, poderosa, enérgica, sobre aquel corazón cansado pero joven, gastado por el vicio, pero que acaso conservaría principios de vitalidad?... Tulia sentía el entusiasmo de una lucha secreta, el impulso heroico de una madre

joven que quiere salvar á su hijo de un peligro inminente, algo como una dulzura anticipada de los sacrificios que se hacen en aras de la caridad... Sí; Mario se salvaría si ella se apoderaba de su corazón; si con el secreto de sus miradas infiltraba en aquella alma desolada aromas que le dieran vida... Y absorta en tales pensamientos, se preguntaba:—¿Por qué no he poder salvarlo?— Era el suyo ese amor inocente con que aman las mujeres castas, que hora por hora se hace más intenso y avanza, avanza insensiblemente, como una ola delicada de perfume en los corazones ungidos por secretas gracias...

¿Sentía Mario la influencia de ese amor animado así por un soplo de caridad en su forma más excelsa? Sí; en los ojos negros de la joven él había creído sorprender fugaces destellos de una luz desconocida, y en su airoso continente, contemplado entre la penumbra de la estancia, distintivos de carácter que así participaban de la cándida transparencia de nuestro cielo tropical como de la altivez de nuestras cordilleras. Tulia era una muchacha de noble figura, ligeramente pálida, y de gracias en el semblante, si bien no de la más perfecta belleza. Su boca un poco grande, en la cual, por singular conformación de los labios, vagaba siempre cierto gesto de desdén, la deslucía un tanto. En la mejilla derecha, sobre

un fondo de rosa desleída, marcaba el preciso lugar del pómulo un lunar grande que le daba gracia. Toda ella como que respiraba frescura y un raro encanto de seducción. Era una flor silvestre de esta región de América, comarca perdida entre voluptuosidades meridionales y acariciada por el hálito fecundante de una eterna primavera.

Tulia había recibido alguna instrucción—la indispensable para complementar la de economía doméstica, que con el ejemplo diario le habían infundido en su hogar—en un colegio de la capital del Departamento, por espacio de tres años. No había llegado á ser una bachillera sino una mujer inteligente, que poseía el cultivo racional que necesita en un país de incipiente civilización como el nuéstro, una mujer joven, para llevar al través del recinto sagrado del hogar el óbolo de dignidad nacional que debe depositar la futura madre en el corazón de las nuevas generaciones.

Del recuerdo de Tulia, que vino á ser para Mario como generoso cordial en aquella hora, pasó él á pensar otra vez:

—¿Qué será preciso hacer?... ¡El estaba en el fondo de un abismo, y era necesario levantarse á la luz, intentar la resurrección!

Pero ah! ¡qué lucha tan tremenda, tan desigual, tan triste!... ¡Aún se sentía en el abandono, solo de toda soledad!... ¿Quién le ayudaría?

¿Y no era por demás vergonzoso y humillante verse reducido á semejante extremo de miseria, á tal grado de impotencia y de cobardía, por los pérfidos halagos del vicio que lo dominaba? ¿No podría él luchar?... ¡Sí, lucharía!... Pero ¿quién en lo humano podría salvarlo de sí mismo, de ese enemigo más terrible que la muerte? ¿Quién?...

Sus ojos tropezaron de nuevo con el Crucifijo, pendiente de la pared blanca, frente á su lecho. Allí estaba con sus brazos

......" Siempre en la sorda lucha de la vida,
Tan áspera y reñida,
Para el dolor y la humildad abiertos..."

—según la hermosa expresión del poeta. Y otra vez se acordó del Cura. Este le había hablado de prácticas religiosas... ¿Acaso la Religión no podría fortalecer sus íntimos propósitos de lucha? ¿No había una religión de amor que brinda consuelos á todos los desgraciados, á cuya sombra se han acogido muchas generaciones, camino del dolor y del sepulcro? El, Mario, había sido adoctrinado en ella. ¿Por qué, pues, no volver á sus prácticas sagradas? Sí... ¿Por qué no apelar á todos los recursos, todos?... El Cura le había hablado de confesión. ¿Por qué no habría de confesarse? Y trajo á su memoria las palabras del gran Copeé, las que en aquella hora fueron para él como una revelación:

"... Desgraciado que vacilas bajo el peso abrumador de tántos recuerdos funestos, aproxímate y depón todo respeto humano. No temas inspirar horror ó disgusto al desconocido que vas á tomar por confidente. Y sábe, además, que él guardará tus secretos, porque sus labios están sellados con el sello sacramental. Tampoco te verá el rostro ni notará sus sonrojos, pues él estará oculto en el fondo del confesionario... ¡ Hábla ! ¡ Confiésale todas tus faltas ! Te tratará con paternal indulgencia, no te hablará sino de misericordia y de perdón. Te exigirá, naturalmente, que repares el mal que has hecho ; pero si ya es muy tarde y eso no es posible, él se contentará con exigirte la efusión del corazón y el verdadero arrepentimiento. Entonces te impondrá por único y dulce castigo el perfumar tu alma con las más bellas oraciones ; después, levantará la mano sobre tu frente pronunciando algunas palabras latinas, y luégo tú te alejarás, consolado, absuelto, con el alma ligera como si llevaras alas de ángel... !"

Después Mario, impresionado, siguió pensando... ¿ En qué ? En los días alegres de su infancia, en su fe de niño no quebrantada por ninguna duda, en los años de su juventud fríos y tristes, envueltos en sombras de escepticismo ; en su hogar santo, en donde acaso sus padres á esa hora orarían por él, y en esta tormentosa vida que ha-

bía llevado al través de la matanza, entre la cólera de los hombres y las maldiciones de Dios; que lo había conducido á aquel estado miserable de gran tristeza, de humillación y de abandono.

De repente creyó que no podía pensar en nada. Revolvió la mirada por el recinto silencioso... eran altas horas de la noche, y de fuera sólo se escuchaban los rumores vagos, ladridos lejanos. ¿Sería aquélla una noche de luna?... Mas ¿en dónde estaba? ¿Se había acabado ya para siempre su vida de grandes placeres? ¿Qué temores lo asaltaban, Dios mío!...

Empezaba á temer, en efecto, no sabía qué. Tuvo miedo de sorprender por alucinación alguna sombra movible entre las proyecciones de la luz, y en la angustia que le crispaba los nervios quiso gritar, llamar á alguien, pero se contuvo. Sudoroso se escondió entonces bajo los abrigos y casi inconscientemente pensó:

—¿Será esto una inmensa cobardía? ¿Será un estado, el más miserable de mi alma?



X

Era que empezaba ya á vivir

LA CONVALECENCIA de Mario continuaba en progreso, á pesar de todo, con alternativas más ó menos grrves.

Sus propósitos de lucha iban, además, siendo cada día de mayor alcance. Una y muchas veces se preguntaba:—¿Por qué no he de intentar todos los esfuerzos, todos?

Y se daba á pensar en un punto de partida que le marcara el rumbo á la vida nueva.

Era que Mario quería vivir, y ese era ya un principio de vida. La voluntad es palanca poderosa en la esfera de los actos humanos, y si ella busca como punto de apoyo el amor á Dios y á los hombres, centuplica las fuerzas del impulsor y lo hace capaz de remover los más grandes obstáculos y de obrar la maravilla de una resurrección. Por otra parte, en la juventud la renovación generosa del sistema aporta nuevas fuerzas al espíritu. Sólo cuando ese espíritu está ya muerto para la vida moral y en él se ha extinguido hasta la noción del

deber y del propio esfuerzo, la dignidad se apaga como una antorcha en medio de tinieblas, y el hombre se convierte en uno de aquellos muertos de que habla el poeta, que

"... tienen muerta el alma
y viven todavía..."

El amor de Tulia, tan casto como intenso, había llegado á ser para Mario, casi sin que éste se diera cuenta de ello, chispa de luz que llevó á su corazón el secreto de la vida.

Tulia era mujer de alma grande, y en su corazón de niña se desbordaba el amor excelso, el amor á Dios, que se resolvía en una piedad infinita, piedad por los hombres en desgracia, por el dolor, por la tristeza.

El Médico y el Cura contribuyeron también poderosamente á esta obra de rehabilitación.

El médico le dijo á Mario :—Usted debe, si es que quiere vivir, combatir el vicio sin tregua ni descanso, con resolución, hasta extirparlo para siempre.

Y no le ocultó el peligro de ceder de nuevo ante la tentación, en un momento cualquiera de debilidad, lo cual constituiría para Mario el primer eslabón de la cadena que fatalmente lo uniría á la locura ó á una muerte cierta. Y en confirmación de ello le refirió la historia de muchos es-

fuerzos frustrados, intentados por hombres á quienes él había medicinado y que por debilidad habían llegado á ser más tarde víctimas del terrible vicio.—Pero usted es joven—concluyó—y al parecer su voluntad es resistente. La lucha será tremenda, pero usted sabrá vencer.

No menos explícito fue el sacerdote, el cual después de serias reflexiones sobre esta gran miseria de la vida y lo consiguiente de todas las cosas humanas—que hizo á Mario con delicadeza y exquisito tacto, sonriendo con benevolencia,—le insinuó la idea de buscar la fortaleza que su voluntad necesitaba en los recursos que para ello brinda al hombre la Religión del Crucificado.—En todo caso—agregó—en el tribunal sagrado no se debilitará su alma, sino antes bien adquirirá fuerzas nuevas y desconocidas. Yo se lo aseguro á usted.

Y entonces Mario volvió á recordar las palabras de Copée: "Desgraciado que vacilas bajo el peso abrumador de tantos recuerdos funestos, aproxímate y depón todo respeto humano... Y luégo tú te alejarás consolado, absuelto, con el alma ligera, como si llevaras alas de ángel!..."

Mas el joven vacilaba aún. ¿Por qué? No lo sabía. Acaso porque su espíritu se hallaba todavía en terrible estado de turbación. Y sin embargo, se preguntaba:—¿Por qué no he de intentar todos los esfuerzos, todos?...

Por fin un día, después de guardar por varias semanas el régimen impuesto por el médico, se aproximó, estimulado en mucho por la familia de Tulia, al tribunal de la Penitencia y luégo á la Sagrada Mesa.

Era la mañana en que recibió la Comunión, la mañana opaca de un día lluvioso. Por las ventanas ojivales del templo se colaba un viento cargado de rachas invernales, que zumbaba melancólicamente. Una penumbra de semioscuridad envolvía el altar y las sagradas imágenes. El silencio reinaba en aquel recinto sagrado y oloroso á incienso.

Mario recordó de pronto una mañana como aquella, también fría, tamdién cargada de opacidades grises. Entonces vivía en su hogar y aún era niño. Sentado cerca de su madre, la cabeza apoyada sobre el regazo, se hallaba en una estancia cuya puerta daba al jardín. Y mientras que ella le acariciaba los abundantes cabellos negros y lacios que le caían sobre la frente, él, con la mirada distraída, observaba cómo las auras invernales arrastraban con blando ruido por el suelo polvoroso las hojas secas de los rosales y de los naranjos en flor...

¿Por qué le vino tal recuerdo? ¡Habían pasado tantos años desde entonces, tantas habían sido las vicisitudes que relajaron los resortes de su existencia, que ya no debía recordar nada! Y sin em-

bargo, en aquella hora suprema lo acompañaba la sombra veneranda de su madre, cariñosa siempre, de ternura inmensa.....

Mario sintió luégo, ante la solemnidad del culto católico, cierto orgullo de la vida. Era que empezaba ya á vivir. Cerca, muy cerca de él, en el templo se encontraba Tulia, sencillamente vestida de negro, el rostro sonrosado por la intensidad del sentimiento. En el corazón de la joven brotaban fuerzas vivas y espontáneas, al modo que brotan naturalmente en las tierras fecundas las yemas del vegetal. Sentía ella inquietud y también orgullo, pero un orgullo noble, el del espíritu que algo crea, como el que enaltece el alma de los literatos, de los educadores y de los artistas. Tenía conciencia de que su amor había podido mucho, tal vez sin que Mario se diera cuenta de ello, en la voluntad de éste. Y este triunfo la entusiasmaba y la levantaba al ideal de madre, de una madre que ve venir á sí, humilde y resignado, al hijo que en tierras extrañas ha corrido días oscuros en el abandono y la miseria. Era que de aquel terreno de escombros, renacía á la luz del sol y al aire y al calor, una vida nueva, que necesitaba, para resurgir á la dicha, de los cuidados de una madre cariñosa y tierna.

¿Sentía Mario la poderosa influencia de ese espíritu que así se revelaba al suyo, tan enfermizo, tan débil?

Tulia oraba. Acaso sus oraciones subían como el incienso que en suaves volutas rueda sobre los brocados del tabernáculo, saturadas del perfume que despiden de sí las almas vírgenes cuando ruegan por los abandonados y por los enfermos.

Y Mario, al final de la misa, se sintió enfermo. Sus fuerzas le abandonaban. Un frío intenso le invadía los miembros y el rostro. Y creyó, de pronto, que ya en nada podía pensar, que las angustias de la imaginación lo atormentaban de nuevo, que sus nervios volvían á dominarle por completo, y que ya aquello no tendría munca remedio... ¡nunca! Cierta resignación, la que le daba la fe, moderaba, empero, su angustia, é instintivamente buscó en torno, por todas partes, con afán, la luz que Dios le enviara para confortarlo; la tabla de salvación á la cual pudiera acogerse en el espantoso naufragio... Tulia, que en aquel momento se levantaba para salir del templo, encontró con la suya aquella mirada angustiosa de moribundo que se resigna á morir... Y entonces de sus ojos grandes y negros brotó todo un raudal de luz, la que aún le faltaba al alma de Mario para poder vivir. Fue un minuto, un segundo acaso, pero ese momento recogió en sí todo el secreto de una vida. Mario experimentó la sensación dulce y profunda de las almas que después de vagar errabundas por el mundo, como las olas que ruedan al acaso sobre

la superficie del mar, encuentran de repente la playa en que van á recoger el calor de vida que perdieron en la soledad. Y sin saber cómo, por un movimiento inconsciente casi, cayó de rodillas, é impresionado por el sentimiento de profunda compasión que adivinaba en Tulia, rompió en sollozos, en sollozos ahogados, de una alma que sufre y á la vez goza...

El viento de invierno gemía melancólico por las ventanas ojivales, y las notas cristalinas, tristes y lejanas del canto de los gallos, llegaban en aquella hora, medio apagadas, de las vecinas alquerías, hasta el recinto silencioso...



XI

¿ Triunfaría ?....

¡LA LUCHA! Sí... Ella empezaba ahora. Era necesario vencerse, seguir por el buen camino con voluntad inquebrantable, con resolución, con firmeza. Pero ¿hasta dónde puede ir una voluntad debilitada por el ansia del placer, quebrantada por el sufrimiento? Tál era el problema. Con todo, la voluntad de Mario acaba de recoger savia, y savia fecundante, en los raudales de amor que brotan al pie de los altares consagrados al Dios Unico. Mario sentía la resignación que da la fe, y el valor que infunde la esperanza. ¿Triunfaría?...

De un lado, ocurrían en tropel á su imaginación recuerdos que lo atormentaban grandemente. Eran horas de placer que él había pasado en compañía de amigos que bebieron, tanto como él, en el fondo de las tabernas, la despreocupación para decir y hacerlo todo, esa tentación constante que iría tomando cuerpo, día por día, hasta vencer las más

poderosas resistencias... ¿Cómo renunciar por completo, para siempre, á la idea de volver á llevar esa vida fácil de tan seductoras emociones?

De otro lado, ¡ cuán triste esta nueva vida, monótona, fría, de encogimiento, desnuda de emociones, como no fueran las de cierta nostalgia profundamente amarga que la memoria le traía en todos los momentos!

¿Qué hacer?...

Mario recordaba las palabras del médico: "Si usted no sabe dominarse, el *delirium tremens* lo llevará á usted á la celda de un manicomio y de todos modos á una muerte cierta..."

Era, pues, necesario luchar, y luchar hasta la muerte!

El amor de Tulia empezaba á ser ya realmente para el espíritu de Mario una esperanza y una necesidad.

En esas horas de abandono de sí mismo, en que la vida se alzaba sombría en aquel espíritu quebrantado, Mario volvía como por instinto su pensamiento á la mujer que había sabido comprenderlo, á la virgen que era á la vez amiga suya, su hermana, su madre. ¿Acaso no había leído él en esos ojos negros, de fondo aterciopelado, de luz centellante y vívida, el secreto de su porvenir? ¿No podía suponer acaso que si él alcanzaba el vencimiento en la lucha, todo aquel tesoro de gra-

cia, de inteligencia y de bondad, le pertenecería algún día?... Tan hermosa y seductora idea empezó por lo menos á surgir en el horizonte de sus ensueños, como entre claridades de aurora.

Mas ¡cómo! ¿Podía él merecerla?... ¡Él! un pobre militar abandonado, uno de esos jóvenes viejos á quienes el vicio ha estragado y corrompido ya! Merecerla ¡á ella! que era la virtud misma, la hija mimada de una familia rica y honorable!... Aquello era un sueño, y un sueño tan cruel como la decepción misma de su vida de vicio y de dolor!

Una tarde había salido Mario á dar un paseo por la carretera que conduce á la capital, con los padres de Tulia, ésta y dos niños, hermanos menores de la joven.

El campo, á pesar de su monotonía, era pintoresco. La llanura se extendía infinita por todas partes, hasta las crestas azules de la cordillera que emergían entre las penumbras indecisas del horizonte. El aire seco y un tanto fresco, expandía los pulmones hasta producir cierto deleite del cual gustaban los paseantes. Algunos ganados pastaban en la campiña, y una que otra pareja de aves errantes cruzaban por el espacio, hasta perderse lejos, en el claroscuro del paisaje.

Mario y Tulia conversaban en tono confidencial. Cerca de ellos iban los dos niños, que se divertían

correteando por la llanura. Un poco atrás los dos esposos hablaban con alguna animación.

Mario, poseído de esa especie de embriaguez que produce la salud cuando va infiltrándose lentamente en el organismo de un convaleciente, embriaguez que tiene algo de voluptuoso y mucho de fiebre imaginativa, que hace soñar con un porvenir hasta dichoso si se quiere; con el espíritu fatigado á la vez por repentinos desfallecimientos que lo habían hecho tímido, encogido y medroso, y acariciada su alma por la voz dulce de Tulia, sintió emociones desconocidas, más poderosas que las que hasta entonces habían venido, hora por hora, hinchendo su corazón de ternura y de un sentimiento extraño. Hablaba con débil acento, con modulaciones que á él mismo le parecía venían de otra persona.

¿ Qué se dijeron ?

Cosas sencillas, familiares tal vez, tontas acaso. Que el lenguaje del amor casto no está en diálogos que si, hablados, sólo para los corazones que se aman dicen mucho, transcritos no dicen nada para los demás. La íntima comunión de las almas se escapa á los milagros del verbo, y no se la debe profanar con traerla á una forma mil veces obligada y material.

Como á un lado de la carretera asomaran por entre un cercado que defendía el jardín de una

casa de labradores algunos manojos de rosas color de púrpura, que ponían como una nota de alegría en el suelo árido del camino, Tulia, indicándole las flores á Mario:

—Mire usted qué lindas rosas—le dijo,—y se aproximó al cercado para desgajar una que se balanceaba en lo alto, bajo el aleteo del viento que soplaba del Sur.

—Permítame, señorita,—dijo Mario, apresurándose á coger la flor.

—No se moleste usted, Mario.

—Tengo gusto...

Y con gran cuidado desgajó la rosa preferida, junto con dos botones que se encontraban en el mismo tallo, y ofreció el ramo á Tulia con exquisita amabilidad.

—Gracias—dijo ella.—Es usted muy amable. ¡Qué lindo ramo!

—Qué flores tan frescas, en verdad.

—Apenas es creíble que este suelo tan seco produzca flores tan frescas. ¿No le parece á usted extraño?—dijo ella.

—Nó, de ninguna manera. En esta hermosa tierra de usted no hay nada ingrato.

La voz sonora del padre de Tulia, que se aproximaba con su señora, interrumpió el diálogo de los dos jóvenes.

—¡Hola!—exclamó—conque ustedes están cogiendo flores ajenas? Eso no está bien.

—Mario ha sido el del robo,—contestó Tulia, mientras ponía al alcance de su madre el ramo de flores.

—Ya hemos hecho un buen ejercicio: regresemos,—dijo el padre de Tulia.

Los niños, que se habían aproximado al grupo, se apresuraron á tomar la delantera.

Una vez de regreso, Mario sintió por modo casi repentino una mayor fuerza para sostenerse en la lucha. Su voluntad se erguía ahora fuerte y potente. En el vencimiento estaba la luz, la verdadera dicha!

En tanto, con las últimas notas del *Angelus* se apagaban los rumores postreros del pueblo, que se dilataban allá en lontananza, en la extensión de la llanura medio cubierta ya de sombras crepusculares...



XII

Tenga usted fe....

EL ESPANTOSO incendio de la guerra civil que por espacio de dos años había devorado ya una riqueza ingente y consumido miles de vidas, empezaba á calmarse en el interior. Sólo en la Costa rugía aún con crepitaciones que amenazaban ruina total. Con tal motivo, los restos del ejército que había obrado en el Norte recibieron orden de dirigirse á la capital, para marchar, luégo que se les reorganizara, á los litorales de Bolívar y Panamá. El *Batallón 1.° de Libertadores* fue uno de los que formaron en la vanguardia de dicho movimiento. Había quedado reducido á un grupo escaso de soldados, si bien conservaba á sus Jefes, que habían mostrado en toda la campaña abnegación y valor.

El Coronel Escorcia, que había tenido conocimiento de las crueles vicisitudes que impidieron á Mario unirse de nuevo al Batallón, supo por aquellos días que la reposición de su joven com-

pañero era ya un hecho, y resolvió llamarlo al servicio. Con tal fin le dirigió una carta en la que, á vuelta de muy finas expresiones de cariño, le decía que obedeciendo á un interés sincero por su porvenir, lo llamaba nuevamente al servicio, para que con él compartiera la satisfacción de regresar en triunfo á la capital.

Mario, á pesar de la delicada situación en que se encontraba, creyó de su deber atender el llamamiento del Coronel. Su amor á Tulia había alcanzado, en días contados, proporciones que es fácil de adivinar en un espíritu que, á raíz de una gran crisis, encuentra en el corazón de una doncella cristiana la fuente de vida de que el vicio lo había privado. Pero, ¿acaso no estaba también en el convencimiento de que sólo mediante una prueba formal, heroica, él podría hacerse digno de que la familia de Tulia lo considerara, como ya quisiera ser considerado ahora ?... Si con delicadeza y sencilla ingenuidad, demasiado claro se lo había manifestado así el sacerdote en conversaciones confidenciales, en ocasiones en que éste creyó interpretar á su modo los sentimientos de la familia.

Oh !, si usted, mi amigo, logra triunfar en esta nueva campaña....— le había dicho el Cura—! ¡ cuán feliz podría ser usted más tarde al lado de Tulia ! Tenga usted fe, conserve la gracia y, us-

ted resistiría valientemente la tentación... ¡Dios le ayudará! Después.... Tulia acaso será el premio de su esfuerzo... Sí, y créame que Tulia le ayudará á usted á rehabilitar el hogar de sus mayores. Ella es modesta, noble, una doncella cristiana...

Era, pues, necesario no vacilar. Había que tomar un partido decisivo, y éste no podía ser otro que el de regresar por de pronto á Bogotá, al lado del Coronel.

Y Mario, sin pérdida de tiempo, así lo hizo.



XIII

.... á la ciudad de Panamá

YA EN la capital de la Repúbica y después de algunos días de permanencia en ella, hubo Mario de decidirse á continuar la campaña, para lo cual se incorporó en las fuerzas que marchaban á Panamá. El concepto de un médico distinguido de la ciudad y el de algunos amigos de juicio lo animaron á tomar tal determinación.

—Será una verdadera prueba á la que me someto—pensó Mario—y será así como yo tome un rumbo decisivo.

En tales días la neurastenia lo mortificaba horriblemente. En la ausencia total de sensaciones fuertes en que se había colocado, después de tan largo tiempo de una vida agitada por los excesos alcohólicos, sentía los estragos lentos pero seguros del agotamiento nervioso.

Mas una vez emprendido el viaje, el cambio de clima, la asociación con sus nuevos compañeros y la contemplación de las soberbias bellezas de la naturaleza á lo largo del río Magdalena,

entonaron sus fuerzas y reaccionaron sobre su espíritu.

El alma de Mario parecía hacerse ahora más sensible á los encantos de esta naturaleza tropical, que en sueño de voluptuosidad se esponja rica y soberbia á las orillas del río. Ante sus ojos veía cómo las aguas tranquilas copiaban las sombras del follaje, entretanto que al través de las frondas, que así se reflejaban, se dilataban los ruidos de la vida que fermenta en aquellas espesuras, hasta agonizar lejos, en los confines verdes y azules.

El buque, con su respiración de un enorme caballo cansado, corría con celeridad arrastrado por las corrientes. El cielo, siempre azul, arrojaba con prodigalidad torrentes riquísimos de luz. El calor era sofocante.

Y muchas veces Mario, reclinado sobre el barandaje, veía sin mirar las enredaderas que en festones colgaban de los peñascos, las anchas playas, en que reverberaban los rayos del sol, pobladas de caimanes, los grupos de loros que cruzaban de una margen á otra en grueguería ensordecedora, las siluetas de las montañas que emergían en lejanos y encendidos horizontes...

Entonces él no pensaba. Dejaba que una melancolía sorda, obscura y traidora, le invadiera lentamente el espíritu hasta embargarlo por com-

pleto. Después... continuaba soñando y soñando siempre, con imaginaciones que á él se le antojaban tristes pensamientos y que lo llevaban á la disociación de su personalidad y á la inconsciencia...

Así los días, llegaron á Barranquilla. Después, las fuerzas se embarcaron en un vapor de guerra que hizo rumbo á Cartagena. De Cartagena pasaron á Colón.

El desembarco en este último puerto tuvo para los miembros del Ejército particular significación. Tal les pareció que desembarcaban en una tierra extranjera. ¿Por qué?...

La frialdad con que fueron recibidos, aparte de la presencia de acorazados americanos en la bahía, ante los cuales parecía una vieja barca de pescadores el vapor en que arribaron, les sugirieron mil ideas acerca del papel que irían á desempeñar en el Istmo. Corrían, además, vagos rumores sobre disparidad de opiniones con las gentes del interior del País, en punto á un negociado con los *yanquis* para la apertura del Canal Interoceánico.

Al entrar las tropas en la pequeña ciudad, Mario recibió la impresión de un medio ambiente social distinto del de las otras ciudades que había conocido. Allí se hacía sentir, en una escala relativa, el hálito de una civilización venida de países

más prácticos que el nuéstro. Aquello le interesaba, y por nada del mundo hubiera querido regresar de pronto.

Las tropas siguieron casi inmediatamente, por la vía ferroviaria que atraviesa el Istmo, á la ciudad de Panamá.



XIV

....el doctor Sangredo habló....

EN PANAMÁ, y á poco de haber llegado, tropezó Mario en una de las calles de la ciudad con aquel Cornelio, su antiguo condiscípulo, á quien llamaban en el Colegio el *doctor Sangredo*. Manifestó éste grandes deseos de que se reunieran con frecuencia, para que les fuera posible charlar á sus anchas y recorrer juntos la ciudad. Mario accedió á ello y se vieron varias veces.

Uno de esos días, ya por la tarde, se encontraron en la calle del Teatro, y acordaron tomar el tranvía eléctrico que en aquella hora empezaba á funcionar. Se dirigieron al Parque de Albán, que queda á pocos pasos de la estación, hacia el norte de la ciudad. Tomaron asiento sobre un banco, el único de piedra que en el Parque se encontraba.

Cornelio, con su figura siempre larga y elástica y su cara apergaminada, hablaba ahora en tono más animado que cuando residía en Bogotá. Su punto de vista para juzgar de las cosas y de los acontecimientos era, sin embargo, el mismo.

Y mientras Mario se distraía en contemplar cómo las plantas raquíticas que adornaban el Parque parecían agonizar bajo aquella atmósfera sofocante, el *doctor Sangredo,* liando un cigarrillo y reanudando la conversación que en la calle habían traído, habló de esta manera:

—Pues me alegro—le dijo á Mario—de que ya te hayas dado cuenta de la diferencia que existe entre la vida que aquí llevamos y la que ustedes llevan allá.

Y luégo, prendiendo el cigarrillo y mirando de frente á Mario, que ya le prestaba atención:

Allá—continuó—todo lo quieren resolver ustedes por la literatura y las teorías, y aquí lo resolvemos por las prácticas del trabajo industrial; quiero decir, por los hechos. Aquí recibimos, día por día, un hálito más poderoso de la civilización americana y europea...

—Civilización que acabará, si ustedes así lo lo quieren, por reducirlos á su más simple expresión, á puro cero...

—Y ¿qué importa? Aun así valdríamos mucho más que ustedes... Sí, desengáñate, mi querido Mario: esa vida de soñadores en que vegetan ustedes es una vida tan sabrosa como se quiera, como quieran los románticos de tres al cuarto y demás destiladores de una quinta esencia poética, pero verdaderamente infeliz...

—¿ Infeliz por qué ?...

—Porque la literatura, la política y la guerra, es entre ustedes todo, y la juventud sucumbe y se agota entre un egoísmo tan huero como esa literatura, tan ruin como esa política, tan bárbaro como esa guerra... ¿ Recuerdas tu vida en Bogotá ? Recuérda que no sábías cómo vivir, y si no es porque la guerra te alumbra el camino, sabe Dios en qué pocilga te encontrarías ahora... quizá pensando muy formalmente en tirarte de cabeza al Tequendama...

Y el *doctor Sangredo*, al decir esto, se reía, se reía con una risa medio forzada, seca, sarcástica...

—Continúa,—le dijo Mario.

—Continúo: ¿ Conque sí has notado cómo miramos por acá su tal milicia de ustedes, sus tales glorias ? Pues me alegro. Sí... Por allá ustedes se hacen sus entradas triunfales á todo su gusto y sabor, porque para eso se hacen la guerras... ¿ verdad ? Y se dan un lujo especial, el de fabricar por arte de soplete sus *generalotes*, sus *coronelazos*, sus *sargentones*... generalotes que á veces no saben ni firmar, coronelazos que roban como unos beduinos, sargentones que no saben por qué pelean. Y la guerra viene á ser simplemente un negocio, el único, el gran negocio de ustedes... Aquí se recibe á los tales militares porque hay que recibirlos... y pata.

—Entendido. Ya lo sabíamos.

—Es que aquí vemos de otro modo las cosas. Nosotros propiamente no somos colombianos... Somos panameños!

—Entendido también... Es una razón, como cualquiera otra. Según la cual, Colombia no es nuestra madre común, ¿ verdad ?—dijo Mario saliendo de cierto ensimismamiento en que se encontraba y poniéndose en pie con presteza para colocarse delante de su interlocutor.

—¡ Nuestra patria es ésta ! ¡ es Panamá !...—le contestó Cornelio, alzando la voz y poniéndose á su vez en pie.—¡ La Patria !—continuó.—La Patria no es sino una palabra bonita que tiene una bonita definición poética... ¡ y nada más ! Aquí vive mi familia, aquí conserva ella sus intereses y mantiene sus negocios, aquí puedo yo vivir y trabajar, y por eso, ¡ aquí es mi Patria !... Además, Panamá se emancipó por su propia cuenta del poder español y voluntariamente se unió después á Colombia ; pero como Colombia es un país sin juicio, que no vive sino de los cambullones políticos y de la matanza, y no entiende de progreso sino en teoría, estamos en el derecho de separarnos para llevar otra vida... la de una civilización seria y bien entendida !

—Pero eso es inicuo, eso es limitar estúpidamente el concepto de Patria á ideas harto encogi-

das y estrechas... en último término, al vil metal, al ochavo roñoso, al vientre, y nada más que al vientre... Sábe que Sancho Panza se te quedaría corto—dijo Mario volviendo á tomar asiento.

—Por el contrario, eso es levantar el concepto de Patria al ideal de la vida civilizada. ¡Qué! ¿Quieren ustedes que de cuenta de compatriotas hayamos de seguirlos pie con pie en su tal vida de románticos mendigos, que todos los días arman la gorda por miseriucas, por *politiquería*, por quijotadas y, más que todo, por ambiciones bastardas, como la empleomanía, que es á la que todos aspiran?... Entre Sancho y Don Quijote, prefiero á Sancho.

—A Sancho con todas sus socarronerías y su *panzismo* inicuo...—le interrumpió Mario sonriendo.

—Ustedes viven encima de los mundos de oro, y de plata, y de esmeraldas, sobre una verdadera tierra de promisión que mana leche y miel, que tienta la codicia de los extranjeros, pero muriéndose materialmente de hambre, agonizando entre la ignorancia, la pereza y el odio... Y no diré la ignorancia... retiro la palabra: Ustedes saben demasiado, saben mucha literatura, mucha... Casi todos son doctores y poetas, y pueden hacer figura... pero no saben trabajar, como no sea en los retretes oficinescos, tras de bastidores, para intrigar y obtener destinos públicos. Y como nin-

gún Gobierno puede darle colocación á todos y todos necesitan de empleo, las guerras jamás se acaban... Es lo lógico. Entre tanto las toneladas de poesías aumentan que es un gusto, y los cantos á los libertadores, pero á esos libertadores con que uno se tropieza al volver de cada esquina, y el acervo de escritos que despiden vaho de filosofías inverosímiles, no dejan que desear... Y por ahí andan, en siniestro y melancólico desfile, los gloriosos soñadores, inclinada la cabeza bajo el peso de todas las musas juntas y... ¡del hambre! ¡Cuántos mozos de esos que viven soñando con la Gloria, con una gloria que jamás parece, he conocido yo en el estado más lastimoso de penuria y de impotencia para adquirir un ochavo! Ellos no saben otra cosa que pasear su figura melancólica bajo "el palio azul del firmamento," y consolarse con pensar que todos los grandes, todos, todos, desde Homero hasta no sé quién, han llevado una vida tan precaria como la suya... ¡Oh! ésa la sublimidad de la miseria!

—La tirada de elocuencia ha estado sorprendente, mi querido *doctor*. ¿Qué más?... Lo peor es que cuanto has dicho es pura exageración. Es el eterno tópico de todos los que se las quieren echar de hombres prácticos y de cierta superioridad. Que todos son sueños tontos y que los hechos no parecen... que no parece el pan.

Como si el hombre viviere sólo de pan, según quieren los pueblos metalizados que respiran una atmósfera de la más cruda y densa materialidad.... Colombia es una nación apenas nacida á la vida civilizada, y no es cuerdo abandonarla en la hora de sus errores—errores de juventud,—sino antes conviene aunar todos los esfuerzos para salvarla... No hay que dejarse arrastrar por un afán á todas luces inconsulto. Es necesario no desesperar del porvenir... Colombia tiene sus intereses propios y su raza, una raza que bien merece vivir vida independiente. ¿Cómo es que no entiendes que es un deber trabajar por la consolidación de la vida independiente, en su sentido más alto? ¡Eso es dignidad! ¡Sábelo!

—Bien. Pero quédese tal dignidad para los soñadores que, mal que te pese, tanto abundan en Colombia. Nosotros sólo sabemos que en el espacio de más de medio siglo que lleva de vida independiente, ese país no ha hecho otra cosa que apegarse con mayor fuerza, si cabe, de día en día, á aberrantes preocupaciones, y que preferimos perder hasta la esperanza de que en algún tiempo remoto se nos llame *restauradores*, antes que continuar perteneciendo á un pueblo en bancarrota, que se alimenta con sus propios despojos, con los despojos de las guerras fratricidas... Y si bien es verdad que no sólo de pan vive el hom-

bre, también lo es, y ustedes debían saberlo perfectamente, que menos que de pan vive del oropel que se mendiga en los alcázares de la Gloria... Bueno que ustedes escribieran y escribieran mucho, pero no que fueran hasta asesinar al público con insulseces... Míra: ¿no es cosa que carga, por ejemplo, esa infeliz poesía de alambicamiento, que á fuerza de *voluptosear* y de querer decirlo todo en cosas del alma, no dice nada, que celebra como muy buenas la melancolía y el aburrimiento y el fastidio?... Versómanos hay de esos tales que no saben lo que es verdadera melancolía, y sin embargo se las dan á cada triquitraque de neurasténicos, nada más que porque se figuran que la neurastenia es una enfermedad de dioses, una enfermedad aristocrática... y muy artística... ¡Qué degeneración!

—Echaste, pues, ya, por los campos de la mala literatura. Bien. Esos son otros trigos, mi querido amigo. Pára de contar ahí. Estás de veras energúmeno, señaladamente contra los decadentes de última fila. Eres un digno *doctor Sangredo*... Pero por ahora vamos á la Estación, que se aproxima el tren. Luégo discutiremos sobre otros temas, hasta que compongamos la República... ¿Verdad?

Y se dispusieron á abandonar el parque.

Entre tanto, allá, por el Norte, asomaban en el horizonte espesas volutas de humo negro que á bocanadas arrojaba la locomotora.

Y un ruido sordo, como el de una caballería en marcha, se repercutía lentamente por el suelo. Mario y Cornelio se dirigieron á la Estación. El silbato del ferrocarril rasgó los aires con nota larga, chillona y estridente. La respiración de la máquina se hizo oír ya más cercana, como cortada por intervalos de fatiga y de cansancio...

La multitud invadió los andenes de la Estación con fuerza de oleaje, y nuestros dos paseantes, confundidos en medio de ella por un momento, tomaron luégo el tranvía eléctrico que los condujo al centro de la ciudad, entre el ruido de los coches que en gran número rodaban por la Calle Real, los gritos de los vendedores al pormenor que á lo largo de las aceras brindaban dulces, aguas frescas y periódicos, y demás ruidos de la marejada humana, que, junto con el rumor sordo del Océano, se dilataba por calles, plazas y avenidas...



XV

Mario continuó divagando, divagando siempre....

LAS IMPRESIONES que Mario empezó á recibir en el Istmo fueron sacándolo gradualmente del pesado ensimismamiento en que se encontraba su ánimo. Había sido el suyo el estado particular de neurastenia descrito por Bouveret:—"El enfermo se pone pálido y flaco, pierde las fuerzas y las energías, y vive triste y abatido. Sólo ve las cosas por el lado malo. Rara vez sonríe. Lleva la cabeza baja, trata de evitar las miradas de los demás, y sus propios ojos aparecen sin expresión y sin brillo. No se atreve á mirar de frente al que habla, y la vaguedad de su mirada viene á ser como un signo de su impotencia, como la confesión de su inferioridad de fuerza moral. Camina como si estuviera fatigado; por lo general es muy sensible al frío, y durante el verano viste como en el invierno; su palabra es lenta, entrecortada, de entonación monótona; poco le gusta hablar..."

El régimen higiénico prescrito por el médico produjo en el enfermo excelentes resultados. Los

baños de mar, el ejercicio al aire libre y la alimentación rica en principios nutritivos, le entonaban el sistema nervioso y le robustecían los músculos.

Las impresiones nuevas de la guerra contribuían también en mucho á despertar su espíritu aletargado. No eran emociones que, como las de la campaña del interior del país, podían poner á su ánimo en mayor tensión, hasta desequilibrarlo quizá; sino la perspectiva de un triunfo definitivo que dejaban entrever los últimos acontecimientos. La intervención americana constituía, sin embargo, una complicación. Mas un resto de patriotismo de parte de los dos ejércitos contendores, debía mover á éstos, como en efecto los movió, á concluír la paz por medio de un tratado.

Mario pensó entonces seriamente en su porvenir. Con todo, no dejaba de soñar. Soñaba con días de paz, con días que le traerían ideas nuevas, pujantes energías, la luz de un hogar bueno y cristiano, que con albos resplandores inundaría toda su alma. Pero luégo venía la duda, el cruel escepticismo de la vida, á turbarle aquellos ensueños y á batallar con sus energías nacientes.

La imagen de Tulia surgía entonces borrosa entre las brumosas claridades de su espíritu. Aquella joven de belleza meridional, de noble temperamento, sencilla, buena, se tornaba para él, de

repente, en mujer de espíritu misterioso, extraño, de veleidades incomprensibles, que con sus ojos muy negros y grandes lo miraba al través de nieblas, con un fulgor también extraño, y con sus labios rojos le sonreía, le sonreía siempre con amargo gesto de desdén...

Un día Mario salió de su cuartel á recorrer, por distracción, las calles de la ciudad. Había llovido. Aún corrían por en medio del arroyo torrentes de agua turbia que iban decreciendo poco á poco y que arrastraban arenas y basuras. Por las aceras discurría silenciosa la multitud, la que ya se apresuraba á reanudar la labor diaria, interrumpida por la lluvia. El canto de los gallos se dejaba oír como una nota clara, sencillamente melodiosa, en cierto modo triste, de aquel despertar de la ciudad...

Mario tomó en dirección á la plazuela de San Francisco, cuyo parque se encontraba todavía solitario. Ganó después las calles que costean el edificio de la Gobernación, y se encaminó, por último, á la Calle Real. Un Cuerpo del Ejército Nacional, en formación de cuatro en fondo, pasó en ese momento por dicha calle, marcando rigurosamente el paso, hacia la plaza principal. Mario tomó en sentido opuesto y se detuvo en la esquina de la plaza de Santa Ana. Allí se distrajo por un momento, observando cómo, hacia el Oriente y

por un efecto de perspectiva, parecía que la superficie azulosa del mar, que surcaban algunas embarcaciones menores, cortaba el horizonte muy por encima de la muralla y de las casas que daban paso á la calle que, en suave pendiente, descendía por aquel lado. Se dirigió luégo al parque de aquella plaza, pensando pasear en él por un cuarto de hora.

Consultó el reloj: eran las cinco y media.

Al franquear la puerta del parque vio al través de las rejas unos cuantos soldados *yanquis* que por una acera se dirigían á la calle que él acababa de abandonar. La presencia de aquellos hombres le fastidiaba á Mario. Se le antojaban intrusos que abusaban de su poder para humillar la Patria.

El encontraba insolentes á aquellos hombres. Mas luégo reflexionaba y se decía que aquella era una raza fuerte llamada á dominar. Involuntariamente formaba entonces la obligada comparación entre esos soldados y los del ejército colombiano: aquéllos bien musculados, con salud de toro holandés, bien uniformados, sometidos á una disciplina racional; éstos, con infeliz aspecto de degenerados, quebrantados por la acción del clima, muy pobremente vestidos, sometidos á la disciplina bárbara de nuestras guerras civiles... ¡Con cuánta tristeza recordaba él las escenas de dolor

que había presenciado en los últimos días cuando vio sucumbir á centenares de sus compañeros entre miserias sin nombre, en el abandono más cruel!

—Y sin embargo, esos pobres soldados son héroes—pensaba.—En el interior del país han luchado como verdaderos leones, afrontando todos los peligros, todas las inclemencias; pero ¿qué puede valer su heroísmo ante los cañones, ante los acorazados que aquí no más, á dos pasos, se mecen sobre las ondas?...—Después Mario continuó divagando, divagando siempre, con un pesimismo atroz—como el de Cornelio—sobre nuestras guerras civiles y nuestras miserias, hasta que sin saber cómo vino á parar en su propia enfermedad, la neurastenia, y por último en las deficiencias de la educación nacional.

Un repique de campanas que dieron en la iglesia próxima lo sacó de sus reflexiones. Eran las seis. Lejos, en otro barrio, tocaba una banda de cornetas. Mario franqueó de nuevo la puerta del parque y se confundió en la ola abigarrada de gentes que inundaba la Calle Real.



XVI

.... dijo filosóficamente el doctor Sangredo

OTRO DIA, justamente el 28 de Noviembre, fecha en que el pueblo de Panamá celebraba con alegres festejos el aniversario de su independencia, Mario y Cornelio se encontraron en la plaza de Herrera. La concurrencia allí era numerosa. Prendidas á la barrera de tablas de un circo que se había improvisado en medio de la plaza para correr toros, se encontraban muchas gentes que reían y gritaban á más y mejor. Otras discurrían de bote en bote, entre alegre algazara, por las callejuelas abiertas afuera. Por todas partes discurrían disfrazados que en actitud grotesca y con sus vestidos abigarrados comunicaban animación á la fiesta. Una banda de música se dejaba oír casi de continuo y no faltaban los cohetes y los globos aerostáticos.

Por cerca de los dos jóvenes pasó en coche descubierto un disfrazado haciendo contorsiones de cretino, cubierta la cara con una máscara des-

comunal que simulaba sonreír estúpidamente. Luégo se aproximaron cuatro ó cinco más á pie y descalzos, que con levitas raídas los unos, con amplias capas negras los otros; éstos con sombreros muy grandes, aquéllos con sombreros muy pequeños; todos con anteojos, rollos de papelotes y libros inmensos bajo el brazo, y hasta con mucha pluma en la oreja, decían con voz muy chillona que ellos eran *Dotores de la ley*, y sin más ni más se sentaban en el puro suelo á discutir sobre no sé qué Códigos y artículos de la Constitución.

—Esta es al fin y al cabo la Humanidad, por más grotescas que sean las tonterías carnavalescas,—dijo filosóficamente el *doctor Sangredo*.

Y tomando en seguida del brazo á Mario se abrió paso por entre la multitud que reía, cantaba y gritaba siempre, hasta la calle que conduce al *Club Internacional*, en el cual entraron. Allí pidieron bebidas frescas; liaron cigarrillos, y luégo de charlar un poco sobre cosas indiferentes, acordaron salir á dar un paseo y respirar el aire del mar por el lado de *Chiriquí*. Eligieron la muralla que domina la plazuela, y bien pronto empezaron á pasearse sobre ella en un espacio despejado.

Atardecía. El mar estaba en calma. Los rizos de la gran superficie líquida apenas si se deslizaban en cansado movimiento hasta estallar coronadas de espuma sobre los arrecifes que alzaban su

dorso oscuro al pie de la muralla. El aire yodado expandía los pulmones, y al refrescar la cabeza como que despertaba verbosidad y predisponía á las confidencias íntimas.

Cornelio se sentía dispuesto á hablar, no ya para hacer íntimas confidencias, sino para aplicar, como siempre, su sistema de sangrías en todo y para todo. No en balde seguramente se le llamaba el *doctor Sangredo.*

—Pues como te venía diciendo—empezó,—uno sólo puede hacer algo de provecho aprendiendo á vivir vida verdaderamente práctica. Tú, por lo que veo, ya empiezas á comprender algo de eso... Y ustedes todos se salvarían si aprendieran á vivir en consonancia con las necesidades de un pueblo joven.

—Es verdad, dijo Mario. Sin embargo, no puede negarse que existen entre nosotros muchos hombres prácticos que trabajan con éxito en el comercio y la industria, y que merced á ello adquieren honradamente capitales de importancia. Y ya iremos tomando todos por ese camino, el único racional, luégo que los pueblos comprendan que las guerras civiles no dejan sino miserias, y que la paz, una paz estable, es ya una necesidad que se hace sentir con fuerza verdaderamente ponderosa. Las enseñanzas de la experiencia nunca se pierden del todo, y los pueblos al fin las tienen en cuenta, tarde ó temprano. Tal ha sucedido ya con otros

pueblos suramericanos, y tal sucederá, créelo, un día con el nuéstro. Por eso es necesario no desesperar del porvenir. Ahora, después de esta larga guerra que concluye, acaso los colombianos empecemos ya á pensar con mayor juicio.

—Quiéralo Dios,—dijo sonriendo el *doctor Sangredo.*—Pero no hay que ser tan optimistas. El mal ya ha echado entre ustedes hondas raíces y no es tan fácil extirparlo... Pero no divaguemos. Existen entre ustedes hombres prácticos, es verdad. Mas ¿qué hacen muchos de ellos por el bien común y el porvenir de la juventud? Adquieren un capital de un modo ó de otro, pero una vez que están en posesión de él, se enfrascan en un egoísmo tan absurdo, tan ruin, tan anticristiano, que apenas es creíble. Y esos capitales estancados no sirven á Dios ni al diablo. ¿Eso es, por ventura, vida práctica? ¿Puede ella compararse con la vida práctica, tál como la entienden los anglosajones, es decir, la que fomenta el bien común y abre anchuroso campo á las energías de la juventud?... En manera alguna. Muchos de esos capitalistas de que hablo no tan sólo sino que con sus millones y todo viven materialmente muriéndose de hambre, visten como el hombre primitivo, y su avaricia llega á tales extremos, que el idioma castellano, con ser tan rico en términos, no los tiene bastante fuertes para calificarla. Y si tál podemos

decir de esos tus hombres prácticos, ¿qué diremos de los que no lo son ?... Entre ustedes hay, no lo niego, hombres que saben mucho, que han alcanzado fama de buenos literatos, publicistas, etc., pero ¿qué hacen ellos de su saber? En lugar de aplicarlo al arreglo de obras serias que marquen rumbos de civilización, malgastan sus fuerzas en la labor mil veces estéril de la política... ¿No es verdad?

—Sí lo es,—asintió Mario.—Sólo que tú exageras, y lo que prueba demasiado no prueba nada. Desengáñate. Ya la Nación irá entrando por mejores caminos, y sus hombres irán, de día en día, entendiendo mejor el sentido de su vida.

Y al pensar en los otros, en aquellos hombres de que había hablado Cornelio; en los que interpretan la vida falsamente, recordó Mario cierto sugestivo pasaje de una novela de Máximo Gorki:

—" Hemos visto un buho en un barranco "— le decía un chico á Ignat, su padre;—¡qué cosa más rara... Trataba de volar y se daba contra un árbol, ¡pam!, y dio un grito, un alarido tan plañidero... Después, como lo espantábamos, ha volado de nuevo y siempre lo mismo; se elevaba, volaba un poco y tropezaba con algo; sus plumas caían... Después de haberse hecho daño con todos los picos del barranco, ha concluído por ocultarse... Ya no lo buscábamos, nos daba lástima, estaba destrozado. ¿Es que son ciegos por el día?

—"Completamente—dijo Ignat.—El hombre hace á veces en la vida como el buho en la luz. Busca una posición, se agita, revolotea, tropieza y llega así á perder sus plumas. Destrozado, herido, enfermo, desplumado, se arroja, en fin, en el primer rincón que ve para encontrar el reposo después de tántas fatigas. ¡Desgraciados esos hombres, amigo mío, desgraciados!"...

Era la hora del crepúsculo. Los dos amigos pasearon algunos momentos en silencio y se encaminaron después hacia el centro de la ciudad. Mas antes de bajar por la escalinata de piedra que los conducía á la calle, Mario se detuvo un momento á contemplar, por última vez, el mar en aquel día. Fijó su mirada en la extensión inmensa: allá muy lejos se perdía el oleaje en un horizonte vaporoso, en el seno obscuro de soledades infinitas... La luz agonizaba en el abismo de confines indecisos. Y hasta el cielo, un cielo colgado de nubarrones, subía el rumor sordo y eterno del océano...



XVII

....de regreso al interior del País

SON los siguientes algunos fragmentos del *Diario* de Mario, que éste escribió de regreso al interior del País:

Diciembre 5.—La guerra ha concluído y regresamos al interior. Hoy nos encontramos en la bahía de Colón, á bordo de un vapor. Es éste un cascarón estrecho, sucio, desmantelado, dirigido por una tripulación de borrachos y fascinerosos. En él van apiñados en agrupación bárbara, inverosímil, más de mil hombres. Son las 12 m. y ya los recipientes de la máquina se hallan cargados de vapor. Es la hora de partir. Seguiremos con rumbo á Cartagena. En el muelle quedan abandonados muchos enfermos, infelices febricitantes que tienden sus manos crispadas hacia el buque, en demanda de auxilio, de socorro, de compasión... Las tocas blancas de algunas Hermanas de la Caridad se mueven entre aquellos montones informes de gente cadavérica, que devora uno á uno los tormentos de la desolación... A bordo al-

canzaron á pasar otros enfermos que comprendieron en hora oportuna el peligro de quedar abandonados en aquella tierra, é hicieron un último esfuerzo por seguir á sus compañeros. En el vapor no va un solo médico, ni una sola caja de drogas.

Mas á todos consuela el pensar que la travesía se hace en venticuatro horas y que en Cartagena encontraremos provisión abundante de recursos. Yo he buscado alojamiento en un rincón cualquiera del buque y escribo á la diabla sobre unos bultos de equipaje. Todo aquí es ruido, confusión y desorden...

Diciembre 6.—Han transcurrido las venticuatro horas de la travesía y aún nos encontramos en alta mar, según parece á gran distancia de las costas de Cartagena. El vapor marcha con lentitud desesperante, y su Capitán, entorpecido por el alcohol, apenas si se da cuenta del rumbo que debe llevar. Anoche, en horas avanzadas, hizo cambiar de dirección al buque por una ó dos veces. Hoy, por la mañana, gritaban que la bodega se iba llenando de agua. Todo el mundo se siente mareado. Nadie atiende á nadie en esta horrible confusión.

Los jefes nada pueden hacer porque han caído enfermos. El contagio de la fiebre se propaga de una manera alarmante. Desde ayer han arrojado

más de veinte cadáveres al mar. De mi parte he trabajado por abrirme paso al través de la multitud para ganar el barandaje y respirar allí un poco el aire puro del océano, pero he tenido que desistir de mi intento. De repente me he encontrado en medio de un escenario de realismo atroz, de barbarie que yo no había soñado, de la guerra bajo un aspecto nuevo, extraño, horripilante! Estos mil hombres sucumben en el abandono de la Patria, de la caridad, de la civilización... Parece que todos estuviéramos condenados á morir de hambre, de asco, de profundo dolor moral, en medio de este calor que nos derrite los sesos, en estas soledades inmensas del océano. La locura de la desesperación invade casi todos los cerebros, y en los rostros se ve pintado el despecho de la vida... Aquí no más, cerca de mí, en este rincón obscuro, dan ayes doloridos seis ó siete enfermos que, medio desnudos, ruedan por el entablado con indolencia de cuerpos inertes, al inclinarse el vapor hacia uno y otro lado. Y yo miro por las claraboyas, cubiertas con grueso cristal de roca, trozos verdes del océano... La respiración de la máquina apenas se oye. El calor como que sube de punto, hora por hora. La sed nos devora á todos, y minuto por minuto nos seca más y más las entrañas. Pero nadie puede proporcionarle á nadie una gota de agua.

Diciembre 7.—Ayer, á prima noche, he intentado de nuevo salir á respirar el aire puro del mar. Y por fin logré ganar el barandaje! Reclinado sobre él me he olvidado por un momento de estas miserias, de esta barbarie, de esta agonía lenta de un Cuerpo veterano del Ejército, y he contemplado el mar cobijado por las sombras, y he sorprendido sus rumores cuando dormía, y he recibido sobre mi frente el soplo poderoso de su aliento! Me parecía que sobre aquellas soledades, sobre aquel inmenso seno palpitante, era llevado, entre la obscuridad misteriosa, el espíritu excelso de la Poesía... Y he calculado la profundidad de los abismos y he pensado en Dios.... Después, al volver la cara hacia el interior del buque, he vuelto á sentir este triste realismo de la agonía en común, de la muerte lenta... La luz mortecina de los faroles alumbraba á trechos los grupos de enfermos esparcidos aquí y allí, entre los bultos de equipaje. De los pechos enronquecidos se escapaban voces de rabia, de amenaza, de dolor, de compasión, de súplica; risas siniestras, carcajadas de ironía... Alguien sollozaba. Era la fiebre que carbonizaba la sangre de aquellos infelices, muchos de ellos héroes en cien combates... Ya en el rincón de mi alojamiento he visto á dos ó tres de los enfermos que habían hecho su lecho cerca del mío, levantarse en altas horas de la noche, atormentados por un delirio atroz. Huían, huían,

tropezando contra los muebles, de no sé que fantasmas imaginarios que los perseguían, y con la cabellera revuelta, los ojos desmesuradamente abiertos—que les brillaban en la obscuridad,—y amoratado el rostro, buscaban con afán un refugio, haciendo gestos de espanto, lanzando gritos de miedo que conmovían... Uno de ellos se me aproximó, y puesto el índice sobre los labios temblorosos, me dijo en voz muy baja y suplicante, que jamás, que nunca, dijera dónde se encontraba él...

....

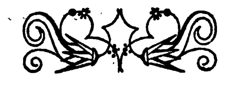
Ya asoma la costa en el horizonte. En la tarde desembarcaremos.

Algo como una corriente de benéfica alegría recorre la multitud. Todos se reaniman. ¿Cuántos, empero, agonizarán antes de pisar la costa, quizá cuando la acaben de pisar?... Oleadas de aire corrompido se mueven en este recinto caliginoso y asfixiante.

Y yo pienso: ¿Cuál será mañana la suerte de los sobrevivientes? Acaso estemos condenados á sucumbir también, tarde ó temprano, víctimas de esta misma fiebre de la guerra civil que desde hace más de cincuenta años devora las entrañas de la Patria, y acaso en situación más desesperante y bárbara... ¡Sí! Un abismo, el de nuestros propios errores y el de nuestros odios jamás extinguidos, nos atrae de continuo para tragarnos, entre

tanto que las razas fuertes, armadas con todas las armas de la civilización moderna, se mantienen á nuestras puertas, esperando la hora de la disolución. ¿Sucumbiremos?... Sólo Dios lo sabe, porque sólo Él tiene en sus manos los destinos de los pueblos!

....



XVIII

....un cuento simbólico

MOSTRABA Mario los anteriores fragmentos, escritos con lápiz en su agenda de bolsillo, al doctor Ocampo, periodista distinguido con quien se había relacionado, mediante presentación de un amigo, el día mismo que arribaron las tropas á Cartagena, y á quien ahora había ido á visitar en su propia oficina, cuando éste de pronto lo interrumpió:

—¿Ha pensado usted, amigo Villapol, que todas estas vicisitudes y peripecias están representadas por cero, y nada más que por cero, en la conciencia nacional?

Y luégo, arrellenándose un poco mejor en la silla giratoria en que se encontraba sentado, miró á su interlocutor con mirada franca, inteligente y simpática, y añadió:

—Es muy triste, en verdad, pero es un hecho. Ustedes se han visto expuestos á sucumbir, sin que se salvara uno solo, de la manera más tonta... Pues bien, hay que desengañarse: hagan ustedes

de cuenta que ya oyen de boca de sus propios conciudadanos estas palabras: "Eso no significa nada, absolutamente nada... ¿ Pues qué importa que tantos hombres más sucumban de este ó del otro modo? Se aumenta el número de los muertos. Eso es todo."

—Estamos de acuerdo, Doctor. Así lo creo yo.

—Y los que no lo quieran creer ahora lo creerán más tarde. Sí... Y no es por echármelas de hombre avisado, ni de pesimista, pero presumo que somos un pueblo todavía en estado primitivo, que ha heredado unos cuantos resabios y muchos instintos canibalescos de la raza indígena... He estado leyendo precisamente en estos días una obra nueva, en inglés, del renombrado escritor Yugard Kipling—justamente aquel libro que ve usted allí, en ese extremo de la mesa,—en la cual he encontrado un cuento simbólico, que por lo que toca á pueblos como el nuéstro, me ha llamado la atención. Titula el cuento *La Caza de Kaa.* Sucede que en la Selva que el autor llama, y que es como quien dice la sociedad humana, existe el pueblo de los monos, el cual arrebata á un muchacho, Mowgli, el héroe del cuento—ó el hombre del porvenir, diremos nosotros,—hasta las ruinas de una ciudad indostánica, en donde el dicho pueblo, por conservar á Mowgli, sostiene reñida lucha con otros habitantes de la Selva—un oso, una pantera, y *Kaa*, que es una serpiente pi-

tón de nueve metros—los que también reclaman para sí á Mowgli. El pueblo de los monos es vencido. Pero no es á esta conclusión á donde yo voy, sino á la particular descripción que en el cuento se hace de los *Bandar-log* (el mencionado pueblo de los monos). Ellos viven en las copas de los árboles. No tienen ley ni jefes. Tampoco tienen memoria. Pretenden ser un gran pueblo ocupado siempre en asuntos muy importantes, pero cualquier cosa les provoca la risa y hace que todo lo olviden. Picotean aquí y allí cosas nuevas. No tienen deseos fijos, sino es el de llamar la atención de los demás habitantes de la selva; pero éstos no les hacen caso, y no beben donde los monos beben, no cazan donde los monos cazan, no mueren donde ellos mueren... Por allá entre sus ramas chillan á veces canciones sin sentido alguno é invitan á otros habitantes de la Selva á encaramarse á los árboles para pelear, cuando no es que ellos mismos se enredan en furiosas batallas por la menor fruslería... Hasta piensan muy seriamente en ocasiones en darse un jefe, en poseer leyes y usos propios, pero jamás lo logran, porque de un día para otro se les borra todo de la memoria y acaban por contentarse con decir esta misma frase: "Lo que los *Bandar-log* piensan ahora toda la Selva lo pensará después," y esta idea los consuela... Y es lo más curioso del caso que este pueblo sin juicio, que le echó á Mowgli larguísimos dis-

cursos, en los que ellos mismos se llaman "los libres," "los admirables," "el más notable pueblo que hay en toda la Selva," y que luégo gritaban: "Esto todos lo decimos y por lo tanto no puede menos de ser verdad;" este pueblo, digo, se dejó dominar cuando menos lo esperaba, hasta el vértigo de la fascinación, por *Kaa* la serpiente pitón de nueve metros, que en un momento dado bailó ante ellos una danza extraña, la terrible *Danza de la muerte!...* Perteneceremos nosotros, por desgracia, mi querido amigo, al pueblo de los *Bandar-log?*

—Uno se pregunta—continuó el Doctor, después de una pausa en que se llevó á las narices una pulgada de rapé.—Uno se pregunta si tendremos ó nó remedio, y es claro, uno jamás desespera del porvenir... Pero encuentra que la obra de rehabilitación es muy lenta, muy pesada, demasiado laboriosa, para que se la realice de un momento á otro, y nosotros, como los *Bandar-log*, nos cansamos muy pronto de todo, todo lo olvidamos... ¿Cómo llevar, por ejemplo, á cima formalmente la obra de una educación nacional que nos haga más prácticos, menos amigos de vivir por las nubes, por las copas de los árboles?... Y cuenta con que tampoco estoy yo con el personaje aquel de una novela de Carlos Dickens, *Tiempos Difíciles*, que quería para la juventud un sistema de educación enteramente positivo y que en tal virtud decía:—

"Lo que yo necesito son hechos. No enseñéis á los jóvenes sino hechos y nada más que hechos. Los hechos es lo único que se necesita en la vida. No sembréis en los niños otra cosa y arrancad todo lo demás. Con hechos es como se forma el espíritu de un animal que piensa; lo demás no sirve para nada. Con arreglo á ese principio educo á mis propios hijos, y con arreglo á él quiero que todos los niños se eduquen. Sujetaos á los hechos, caballero!..."—Nó, yo no estoy con esto. Es necesario no matar la imaginación ni el sentimiento.—Por tal camino,—observa racionalmente Taine,—el hombre se convierte en "una máquina de especulación, donde se alinean cifras y hechos; llega hasta negar la vida del espíritu y los goces del corazón; no ve ya en el mundo más que pérdidas y ganancias; se hace duro, codicioso, avaro, y trata á los hombres como rodajas..." Y no es ése, por cierto, el ideal de la educación. Hay que colocarse en el justo medio. Nosotros vivimos en el extremo opuesto, es verdad, en el de los *Bandar-log;* pero sería un error querer convertirnos, de cuenta de reforma, en hombres-máquinas. Justamente es de observarse que á pesar de nuestras ciegas tendencias al idealismo no sabemos ser idealistas, idealistas de buena ley, se entiende... Se descuida no poco entre nosotros la educación estética, la del sentimiento, la del carácter... Y los jóvenes que abandonan nuestros planteles de edu-

cación y se retiran á llevar vida social, no encuentran, sobre todo en provincias, cómo satisfacer cumplidamente este anhelo, esta necesidad que el hombre siente de darle expansión á su espíritu de una manera noble, y por desvío se entregan en cuerpo y alma á los placeres viciosos... Es que entre nosotros, como sucede también en otros países aún más civilizados que el nuéstro, la escuela y la sociedad están separadas por un abismo. Ya Taine, al hablar de la educación de Inglaterra, se queja de su patria, Francia, en este sentido: "No hay en Inglaterra—dice—notable separación entre la vida del niño y la del hombre ya formado. La escuela y la sociedad están á un mismo nivel, sin muro ni foso intermediario: la una prepara simplemente para la otra. El adolescente no sale como en nuestra patria, de una estufa de compartimiento, de un régimen excepcional, de una atmósfera especialísima. El cambio de aires no le desorienta; no sólo ha cultivado su espíritu, sino que ha aprendido á conocer la vida; no sólo ha adquirido ideas, sino ideas apropiadas al mundo que le recibe..."Por esto se libra fácilmente del escepticismo; halla más pronto su puesto; tantea menos para dar con el destino de sus fuerzas....." Y hay que apelar á medios prácticos, mi querido amigo, para enderezar nuestros pasos por ese camino, ¿no le parece á usted? Se podría hacer pro-

paganda de estas ideas por el periodismo, pero es el caso que aquí casi nadie lee y se pierde todo el trabajo. Las empresas periodísticas van á pura pérdida en nuestra tierra...

—Son sacrificios que se hacen en bien del progreso general—le interrumpió Mario.—Y esos esfuerzos nunca se pierden del todo...

—Es verdad. Sin embargo...

En ese momento entró á la oficina y saludó, un muchacho que puso en manos del periodista unas cuantas tiras de pruebas que le enviaban á éste de la imprenta.

—¿Me espero?—preguntó el muchacho.

—Aguárda un poco—le contestó el Doctor.

Mario se puso en pie para despedirse.

—¿Se va usted?—le preguntó el Doctor.—No sería inconveniente...

Me prometo volver por acá antes de emprender marcha, que según parece será muy pronto—le dijo Mario.

El Doctor también se puso en pie.

Siento mucho que usted se retire. Pero, en fin, habrá tiempo de que charlemos largo y tendido. Y dígame: ¿ha paseado usted por toda la ciudad? ¿Conoce usted *El Cabrero*, ha recorrido el barrio de *La Popa?* ¡Cuán agradable es salir á respirar el aire del mar! ¡Ah!... ¡y el baño! Báñese usted. Este baño es exquisito, delicioso y sobre todo muy saludable!

Y luégo le estrechó á Mario la mano con efusión, y tan pronto como éste hubo salido se puso á la mesa de trabajo á escribir con el aire de simpática jovialidad que le era característico, á la vez que sonriente, y le decía al muchacho que esperaba las tiras:

—Vamos á corregirle estas pruebas en un momento, ¿oye usted?...



XIX

En su viaje de regreso á la capital....

EN SU VIAJE de regreso á la capital y cuando ya el vapor remontaba el río, Mario solía salir en las hermosas tardes á sentarse en una silla sobre cubierta. Le parecía ahora más fresca la vegetación de las riberas, más rica, más lozana, más lujuriosa; encontraba los lineamientos lejanos de languidez más encantadora; el ambiente más puro, más aromoso...

Era que triunfaba! La lucha había sido tenaz, desesperada, loca, pero el vicio salía en derrota, Mario empezaba ya á sentirse vivir. ¿ Sabéis lo que es esto : *sentirse vivir ?*... Una ola de salud invade el corazón, inunda el cerebro y se extiende suavemente por el rostro, hasta estallar en la mirada, que adquiere un brillo singular; sentimos que la placidez del ánimo se constituye definitivamente en un estado del alma, que las fuerzas se acrecientan en el organismo; nos creemos en posesión de nosotros mismos, dueños del mundo entero...

Sí... era necesario vivir! Dejar correr, noble y generoso, el caudal fresco de la vida; aportar á la existencia, savia nueva y fecundante... Mario se sentía con fuerzas para batallar, para rechazar todos los asaltos, para parar todos los golpes!... — El trabajo es la gran fuerza. Estuviera en su mano, y él solo talaría todos aquellos bosques y lanzaría la semilla en el seno de la madre tierra... Mas, allá lejos, muy más allá de las serranías del Sur que alcanzaba su mirada, él tenía un hogar, la vieja casa paterna, en la cual se le esperaba, ¡hacía ya tánto tiempo!... ¿Vivirían sus padres? Acaso vivirían. ¡Oh! si vivieran! El los amaría más de lo que antes los había amado, batallaría hasta dulcificarles los últimos años de su existencia... ¡Y si Dios le diera por compañera á Tulia!... ¡Cuán dulce sería conducir esa compañera allá, al viejo hogar, vivir con ella en medio de los campos en que corrió de niño, mantenerla al lado de sus padres para que velara por ellos en los días obscuros de su ancianidad! Tulia era la compañera obligada en aquella milicia de felicidad y de bendición. Pero ¿le amaría ella?...

En estas y semejantes reflexiones Mario pasaba muchas veces las horas de la tarde, hasta que veía esconderse el sol entre suntuosos nubarrones, tras de las selvas de Occidente. Después charlaba largamente con sus compañeros, rememorando casi siempre escenas de la guerra.

Tal ocurrió en varios días, hasta que en una tarde calurosa que amenazaba tempestad, arribaron las tropas á Honda.

El aire caliginoso y pesado cargaba el pecho hasta hacer dificultosa la respiración. Se sentía un verdadero malestar.

Luégo que la fuerza se hubo instalado en los cuarteles, Mario ocurrió al hotel principal de la ciudad. Encontró en él un amigo con quien se había relacionado en la campaña del Norte. Era un joven de treinta años de edad más ó menos, erguido de figura y de continente simpático. Medio imberbe, sólo usaba bigote, pero un bigote escaso, que apenas le sombreaba el labio. Su nariz era larga y afilada. A distancia no se le confundía con nadie, por la movilidad característica de sus miembros y, más que todo, por la inclinación particular en que mantenía su cabeza. Era de suyo muy cortés y afable, pero en grado sumo susceptible, y cuando iba hasta la exaltación, se transformaba completamente, se convertía en otro hombre. Mario sólo lo llamaba por su nombre: Adolfo. Aquel día tenía á éste fuera de sí un incidente que él reputaba gravísimo. Cuando entró al hotel se había encontrado en la puerta con un joven militar que le miró fijamente, con un aire raro de altanería, sin haberle saludado.

—Sí, señores, como ustedes lo oyen...—les decía Adolfo á unos cuantos militares amigos suyos,

con quienes conversaba en el extremo de una mesa cuando Mario entró al comedor.—Ese mozo fue mi discípulo...

Mario abrazó cariñosamente á su amigo y después tomó asiento cerca del grupo de comensales.

Adolfo, dirigiéndosele, continuó:

—¿Te parece? Un mozo que ha sido mi discípulo, y hoy me niega el saludo...

—Con negártelo—le dijo Mario,—prueba de que es indigno de tan simple demostración de cultura.

—En efecto... Pero eso hiere, eso choca... ¡Tal es la suerte de los pobres educadores en Colombia!—agregó - No basta que ocupen una posición inferior, ni que en remuneración de su trabajo sólo se les tire un mendrugo de pan, sino que hasta los mismos educandos han de reservarse el derecho de estampar una bofetada en la mejilla del maestro!... ¡Eso es inicuo!

—No te preocupes. Hay gentes que no poseen más arma en el mundo que su saludo... por lo que hacen uso de él como y cuando les viene en gana. Están en su derecho... Quítales el saludo y quedarán reducidos á cero... lo cual es una crueldad. Si á úno no lo saludan por una vez, también úno deja de saludarlos por esa vez y por otras mil... lo cual es una ventaja.

Los comensales se rieron de buena gana.

—Es verdad,—dijo Adolfo.—Tales imbéciles sólo merecen el desprecio más soberano.

Y continuó después hablando sobre otros asuntos, durante la comida.

Concluída ésta, salieron todos.

Ya en la calle, Adolfo tomó del brazo á Mario y, en tono confidencial, le dijo:

—¡Ah! se me olvidaba... El Cura, tu amigo, se encuentra en Bogotá. Si sigues pronto, lo alcanzarás allá. El me preguntó por ti.

—¿Sí? Seguiremos mañana mismo.

—¿No has sabido nada de Tulia?

—Nada he sabido de ella ni de su familia.

Al día siguiente salieron las tropas para la Sabana. Ya en Villeta se disolvieron por expresa disposición del Gobierno.

Del camino que de Honda á Villeta hicieron, Mario sólo conservó el recuerdo de un hermoso paisaje que contempló en una mañana despejada y fresca, desde un sitio que corona uno de los más poderosos contrafuertes que sostienen por su base la gran Sabana de Bogotá.

Dios ha puesto allí una cima para contemplar un paisaje. Y éste deleita el ánimo por modo singular. Encantan su amplitud, las vastas líneas, la dilatada perspectiva. Abajo, en el fondo, corre perezoso el Magdalena por en medio de colinas que úno domina perfectamente, y se desenvuelve, poco á poco, en amplias sinuosidades, hasta perderse lejos, hacia el Norte. Y en el horizonte, altísimas

crestas de la cordillera Central que se esfuman entre vapores del cielo, sobre las cuales rebasan, en los días serenos, blandos copos de nubes que semejan las espumas de algún mar inmenso que, agitado por tempestades colosales, se azotara bravío contra los flancos de la cordillera... Allí todo es sencillez de líneas, belleza simple, hermosura de paisaje meridional...



XX

Y allí el señor Cura....

YA EN BOGOTÁ, Mario fue á visitar á su amigo, el señor Cura.

— Buenos días, Doctor.

—Buenos días, señor Villapol. Oh! cuánto placer... Siga usted... Está usted muy repuesto... ¡Cuánto le ha aprovechado á usted el viaje á la Costa!...

Y allí el señor Cura, alto, grueso, gordo, con su figura campechana, seria al propio tiempo, toda ella ingenuidad y sencillez, estaba en pie, con los brazos extendidos hacia adelante. Estrenaba una sotana de paño fino, y su rostro amarillento daba indicios de haber sido afeitado en aquel mismo día. También acababa él de llegar de la calle. No hacía un cuarto de hora que había colocado su sombrero de teja sobre una mesita esquinera embutida en un ángulo del aposento, encima de un Breviario y otro libro místico, ambos ajados ya un tanto por el uso.

Era el aposento una pieza de hotel, de uno de esos hoteles que sin ser precisamente de los más

humildes, están lejos de ser de los más lujosos de Bogotá. El ajuar era sencillo además: una cama que ocupaba casi la cuarta parte del recinto, sin colgaduras ni cosa parecida, sin otro lujo, si es que lujo puede llamarse éste, que dos colchones y unos cuantos abrigos; en medio una mesa de centro; al lado un sofá, un baño, taburetes y otras minucias de poco más, que sería hasta sencillez enumerar. El aposento era uno del piso alto, con balcón que daba á una calle por lo regular muy concurrida.

—Cuénteme usted—prosiguió el Cura, luégo que Mario hubo tomado asiento en el sofá,—cuénteme usted todo lo que le ocurrió en su viaje, en esa campaña que debió ser muy dura... Ah! ¡cuánto lo hemos pensado á usted! Dejó usted impresiones muy gratas en el Norte...

Satisfizo Mario al Cura lo mejor que pudo, relatándole los hechos de aquella campaña, sin haberle ocultado las impresiones que recibió en el Istmo.

El Cura se mostró interesadísimo por esa relación, y concluyó por decirle á su interlocutor:

—Pero no me ha dicho usted si por allá *fuimos tan fuertes* como yo lo esperaba, ni qué ideas ha concebido usted para el porvenir... Mire usted que su suerte nos interesa á todos.

—Mil gracias, Doctor. Sé decirle á usted que fui tan fuerte como usted lo esperaba... Y...

—¡Oh! cuánto celebro esa fortaleza, mi querido amigo. Merece usted mil abrazos, mi más entusiasta, sincera y calurosa felicitación...

—Me estimula usted mucho, Doctor.

—Nada más de lo justo, Mario.

—En cuanto á lo demás... dice usted?

—Sí, en cuanto al plan de su vida... La guerra ha concluído, y es natural que usted trate de formarse un plan para el porvenir; su *modus vivendi* con el mundo, como quien dice.

—Le diré á usted: pienso en volver á mi hogar, para rehabilitar la familia en cuanto alcancen mis fuerzas...

—Perfectamente. ¿Y ha tenido usted noticias de su familia?

—Hoy me informó un amigo del Sur, á quien hacía años no veía, que en casa no ha ocurrido, durante la guerra, novedad alguna.

—¡Gracias á Dios! ¡Es ésa para usted una gran noticia! ¿Y dice usted que piensa ahora partir para el Sur? Pero ese viaje no lo verificará usted muy pronto...

—No sé á punto fijo, Doctor.

—Conviene que usted haga las cosas bien hechas. Le aplaudo de todo corazón que vuelva usted á restaurar la heredad paterna. Ese es su deber; pero antes necesita usted aportar el mayor caudal posible de elementos buenos... Y hay uno

importantísimo, del cual no puede usted prescindir en esa obra de rehabilitación...

Mario se sonrió. El Cura se puso en pie y, riéndose con risa alegre y franca, empezó á pasearse corto, frotándose los manos. A un momento se detuvo y mirando fijamente á Mario:

—¡Tulia!—¡Sí! Tulia es el gran elemento para usted, mi... Comandante, que será ya por lo menos. Sí; usted ha sabido ganarse ese diamante engastado en oro finísimo... ¿Y es posible que usted no quiera creerlo?

—No es eso, Doctor...—dijo Mario poniéndose también en pie y aproximándose al Cura con aire confidencial. Y saliendo luégo al balcón, se pusieron á hablar en voz más baja, recostados sobre la verja.

En la calle, un carro que pasaba atestado de bultos metía un ruido infernal; un muchacho anunciaba á gritos un periódico que acababa de aparecer. La campanilla de otro carro tintineaba por la esquina próxima.

Mario y el Cura, como si no percibieran aquellos ruidos importunos, continuaron hablando en el balcón, en el tono que había querido darle el primero á la conversación.

—Le diré á usted—prosiguió Mario, visiblemente emocionado;—se lo confesaré: yo tengo mis temores, mis dudas en este asunto...

El Cura sonrió imperceptiblemente.

—Veamos esas dudas.

—Yo quizá no sería aceptado, como quisiera, por la familia de Tulia...

—¿Por qué?

—Soy un mozo que hace apenas un año ha dejado el vicio. Soy yo para ellos, en cierto modo, un advenedizo... un simple militar, uno de tantos que allá acogieron en su hora de desgracia, con bondad. Y ¿puedo yo creer que Tulia me ame?... Soy, además, muy pobre...

El Cura, en quien no dejaron de producir cierto efecto estas palabras de Mario, se puso repentinamente serio, pero, pasado un momento, recobró su placidez habitual, y colocando una mano sobre el hombro de su interlocutor:

—Nada, amigo... Usted, como buen militar, sabe que sin lucha no hay triunfo posible... ¿Cómo es que usted lo olvida?... ¿Cómo quiere obtener, por ventura, la corona del vencimiento sin antes haber luchado, sin continuar luchando, diré mejor, porque ya usted empezó, y no como se quiera, sino con éxito brillante?... ¡eso no es posible!

—Dudo mucho, Doctor, que hasta ahora haya alcanzado nada...

—Es una simple duda, una duda de ningún valor. Mire que *quien no espera vencer ya está vencido*, según la expresión del poeta. Pero no: vamos á

sentarnos y á trazar en calma, como buenos militares, el plan de la batalla, dijo el Cura en tono persuasivo, dirigiéndose hacia el sofá.

Y ya instalados ambos en éste:

—Soy su Jefe de Estado Mayor. ¿Le parece á usted?

—Desde luego. Y con semejante Jefe sí que espero vencer...

—Pues bien, mi General: usted se irá conmigo pasado mañana, día lunes. De aquí allá ya me habré acabado de desocupar de los asuntos que me trajeron á esta ciudad... Habré ido á hacerle otra visita al señor Arzobispo, habré recibido algunos encargos, etc... Sí, se irá usted conmigo, y una vez en el Norte, usted... ¿qué hará?... pues comprar allá, por ejemplo... algunos artículos que tienen fácil salida en esta plaza; recorrerá y estudiará por su aspecto comercial poblaciones que usted no alcanzó á conocer; hará usted una visita de agradecimiento á las familias que tánto se interesaron por su salud, principalmente á la de Tulia, se entiende; disfrutará usted de aquel excelente clima, que tánto le conviene ahora, precisamente ahora después de su viaje á la Costa... En fin, hará usted mil cosas que nunca faltan, que nunca pueden faltarle á un General, á todo un General, frente por frente á las huestes del enemigo... ¿Convenido?

—Convenido, Doctor.

—¿Pasado mañana?

—Pasado mañana.

Mario salió á poco, no sin que antes lo hubiera obsequiado el Cura çon cigarrillos y le hubiera dirigido alguna chanzoneta sobre unos tragos que le iba á ofrecer... en el Norte.

—Vuelva usted mañana para que nos pongamos de acuerdo sobre los pormenores del viaje,—y concluyó abrazando á Mario muy cordialmente á tiempo de despedirse.



XXI

¡Es la lucha!....

OTRA VEZ los campos del Norte, y en ellos el pueblo silencioso y la carretera polvorienta, ancha y espaciosa, que llega al pueblo. Y en la llanura en que se extiende dicha carretera, largas hileras de sauces que se pierden lejos, muy lejos, hasta esfumarse en el azul de la bóveda, que cae insensible y ligera sobre la tierra, para cerrar el horizonte.

Es la tarde y Mario ha salido á pasear por la carretera. Encuentra carros tirados por bueyes, unos carros que rechinan bajo el peso de las mieses. Los labradores que vuelven de la faena cantan aires de la tierra.

Pero Mario no se da cuenta de nada... ¿Por qué? ¿Es que su vida vuelve á convertirse en sueño?... Ayer se sentía fuerte, resuelto, dueño de sí mismo. ¿Hoy...? Pasan los recuerdos, las decepciones, las esperanzas... Luégo vienen los libros, la vida vista, sentida, al través de otros temperamentos. ¿El tema de su pensamiento? Las mujeres, el amor, el matrimonio...

¿Pero no es esto otra vez el romanticismo? Y Mario quería ser ante todo un hombre de ideas concretas, bien definidas, aplicables.

Viendo que empezaba á perder terreno en esta pretensión, se puso, para reanimarse, á filosofar un poco:

—Uno olvida lo que á ninguna hora debía olvidar: que este mundo no pasa de ser un "globulillo," y que los hombres son átomos perdidos en él. ¿Por qué, pues, preocuparse tanto por detalles, á tiempo que se descuida el plan general de la vida?... La angustia es tontera, tontera la cobardía, tontera el miedo... ¿Qué motivos, por ejemplo, tenía él para angustiarse?

En el pueblo se le había acogido muy bien. El señor Cura se había constituído en su segundo padre. Su salud era buena y había entrado en un período hasta envidiable.

Sólo que Tulia no lo amaba.

¿No lo amaría?...

La familia lo había recibido con efusiones harto sinceras, era verdad; pero la joven se mostraba retraída, reservada, casi indiferente.

—¡Es la lucha!—le había dicho el Cura. Y era la lucha, en efecto.

Como él fuera recibido en un principio con muestras de distinguido afecto por Tulia, continuó frecuentando su casa con la confianza con que lo

hiciera en otra época. Mas bien pronto ella trocó la efusión natural de su cariño en cortesanía fría y un tanto afectada. Y como en Mario ya había ganado terreno—hasta convertirse en obsesión—la idea de hacer de aquella mujer de encantadora frescura y sencillamente hermosa, la compañera de su vida, su esposa, semejante desvío era para él una decepción que le martirizaba despiadadamente.

¿ Se esforzaría entonces por olvidarla ?... Pero esa mujer había sido para él en su hora negra, en su hora de desgracia, el ángel enviado por Dios para llevarle al pie mismo de su lecho, junto con el ministro del Altar, la luz de una vida nueva... ¿Cómo olvidarla? Pero ¡ cómo ! ¿ qué derecho tenía él para exigirle á Tulia el amor de su alma, el más delicado tesoro de su corazón?... Él, que apenas un año atrás se había visto reducido á un estado casi vergonzoso por los excesos del vicio alcohólico, que todavía no valía nada, que era un soldado obscuro, un pobre mozo que después de años y más años todavía continuaba defraudando las esperanzas del hogar paterno... Nó, ¡aquello no era posible ! ¿ Entonces por qué someterse voluntariamente á semejante martirio, á este tormento que otra vez volvía á agotar sus fuerzas como antes, y á lanzar su corazón y su cerebro en los desfallecimientos de la neurastenia? ¿ Acaso

merecía él todo aquello?... ¡Nó, jamás! ¿Por qué soportar entonces esa humillación tan dura, tan absurda, que á todas horas le oprimía ya el corazón hasta lo imposible? ¿Por qué?... El era hombre, y hombre que, si á falta de glorias y de riquezas no podía erguirse sobre un pedestal de vanidades, sabría asentar muy en firme la planta sobre el suelo de la Patria, con toda la dignidad de un buen ciudadano. ¡Sí! él sabría ser digno, valeroso y noble. Era necesario no temer nada, no acongojarse por nada, no reducirse voluntariamente á polvo!

Y se acordó del texto de la *Imitación*:—"Vana cosa es y sin provecho entristecerse ó alegrarse de lo venidero, que quizá nunca acaecerá."

Y se preguntó después: ¿Qué es la vida?...

Luégo sintió repentinamente un sacudimiento benéfico que movió todo su sér y que á modo de reacción extendió el calor por su corazón entumecido. Algo como una corriente eléctrica recorrió su espíritu. Y tuvo alegría, una alegría nerviosa y extraña, de sentirse fuerte, de resolverse á luchar solo, poseído de esa arrogancia audaz de un mozo que no necesita de nadie, del levantado orgullo de un hombre que sabe dominarse perfectamente... —Sí! lucharía á brazo partido por el honor, por la verdad, por la justicia... ¿Qué le importaba á él todo lo demás? Si se juzgaba que él no merecía la

mano de Tulia, ¡enhorabuena!, se retiraría con dignidad pero con altivez, y con la sonrisa en los labios se despediría de una vez y para siempre... Y muy pronto, á los dos ó tres días quizá, saldría del pueblo por esa misma carretera...

La noche, una noche de luna pálida, de blancas claridades, se había hecho sobre la llanura. Mario apenas se daba cuenta de que el resplandor, tímido y silencioso, se desprendía de lo alto, de un disco menguado, por entre densos copos flotantes y algodonosos que parecían de espuma. Sin saber cómo se encontraba sentado sobre un mojón negruzco de piedra, al pie de un sauce, á la vera del camino. Los campesinos que al atardecer habían pasado por cerca de él, lo habían saludado con respeto. Mario apenas había contestado á algunos mecánicamente, y á otros sólo dirigió alguna mirada cariñosa.

Se puso en pie para ganar las calles de la población, y espació su mirada por la llanura... Relámpagos fugaces iluminaban el horizonte por el Sur, en ocasiones á modo de resplandores que arrojara la boca de algún cañón invisible, á veces como cintas de fuego que en largas zonas aparecieran instantáneamente, al rápido movimiento de un resorte...

La noche estaba fresca, dulce, silenciosa... ¡Oh! las hermosas noches de luna, las de los recuerdos tristes y de las ilusiones perdidas!

XXII

..en su pecho renacía la esperanza....

¡UNA GRAN NOTICIA, querido amigo Mario, mi General Mario!

—¿Cuál?...

—Hemos hablado en casa de la señorita Tulia... ¡de Mario Villapol!

—¿De veras?...

—Sí, señorito; y en términos tales, tan malos, que da pena recordarlos... Supóngase usted: un Jefe de Estado Mayor hablando de su General Comandante General, y una médica joven, recién graduada, haciendo especial mención del primer cliente á quien ha curado... ¿Entiende usted?

—Perfectamente, Doctor.

—Pues bien: ya usted se me estaba poniendo un poco tristón, un sí es no es melancólico y hasta nervioso. Y ocurrí donde la médica. ¿Cómo es posible, dije para mi capote, que yo, el Cura del lugar, no llene cumplidamente mis deberes de hospitalidad y con ellos los más sagrados de Cura de almas?

—Entonces usted es el verdadero médico...

—Nada de honores todavía. Apenas empezamos... Pero en fin, ya el buen Dios hará todo lo demás... Y camine, vamos al comedor, que la merienda estará servida. Allá acabaremos de charlar... ¿En dónde se ha estado esta tarde?

—En la carretera del Sur. Es mi paseo predilecto.

El Cura estaba decidor. Su rostro, menos amarillento que de ordinario, revelaba una de esas íntimas fruiciones que sienten las almas sencillas cuando practican el bien. Bajo sus cejas espesas y enarcadas, tan grises como su cabello, los ojos claros del buen sacerdote despedían de sí naturalmente una alegría amable y contagiosa.

El comedor era, como los demás departamentos de la casa, muy modesto y de sencilla apariencia. Una mesa grande, algunos asientos de vaqueta, entre los cuales ocupaba lugar preeminente una silla antigua, en la cual solía sentarse el señor Cura, unas cuantas láminas que representaban asuntos religiosos, fijadas en la pared, un crucifijo pequeño sobre el marco superior de la puerta de entrada, y sendos jarrones de flores colocados sobre trípodes en los rincones... todo pulcramente aseado.

Una vez instalados en sus asientos los dos comensales, y así que Marta, la anciana sirvienta

de la casa, les hubo servido el chocolate de la tierra en blancos pocillos de porcelana, María, aproximando al Cura la *bandeja*, en la que, en desordenado montón, se encontraban los panes, los bizcochos y las tostadas, le dijo:

—Y ¿qué ha hecho usted hoy, mi querido Doctor?

—Casi nada, señor mío. Y nó... le contaré á usted: fui, como ya le dije, á casa de la señorita Tulia... Pero antes voy á referirle á usted por qué fui á la casa de la señorita Tulia. Cuando por la tarde salí yo de la iglesia, me encontré en el atrio con don Osvaldo, uno de los ricos de esta tierra, que me esperaba. Me dijo que ya había llegado el día en que yo debía ir á bendecirle á *Cajamarca*, que es un ingenio de azúcar que él acaba de establecer en las vegas del río; y que ese día era el de mañana. Me comisionó, además, para que yo eligiera los padrinos de bendición. Convine, por supuesto, en ello. Y, naturalmente: se me ocurrió incontinenti ir á buscar la madrina en la casa de Tulia, para venir después á buscar el padrino en mi propia casa...

—¡Cuánto le agradezco á usted el honor!...

—¿Y acepta?

—Acepto.

—Creí que decía que *nó*. Pues bien: mañana nos iremos todos para *Cajamarca*. Además de la

familia de Tulia irán otras dos ó tres, de mucha confianza. Nos acompañarán también desde aquí las señoritas hijas de don Osvaldo.

— ¿ Y á qué distancia queda la posesión ?

— *Cajamarca* queda á una media hora de distancia, por aquí, por Oriente. Apenas se sale del pueblo empieza el descenso, hasta dar con el río, que corre en la hondonada. El camino es muy bueno, por lo que he dispuesto que vayamos todos á pie. El tiempo está espléndido para una jira campestre. Echaremos en el regreso hasta dos ó tres horas por el ascenso de la cuesta, pero no importa. El ejercicio es saludable. Nos iremos temprano, inmediatamente después de almuerzo. El baño es muy bueno y el campo bellísimo. Estaremos, Dios mediante, muy contentos.

—Ya lo creo. Basta que usted sea el iniciador del paseo, Doctor.

—Nada de honores todavía. El verdadero iniciador es don Osvaldo, señor, que fue el que me invitó á que fuera á bendecir la finca. Y ya que hablamos de don Osvaldo, le diré á usted que es una persona... .

—¡ *Sumercé* !—interrumpió la vieja Marta—que ahí está la *china dionde* Rosario, que dice que necesita á su *mercé porquesque* ella está agonizando.

—Dile que voy en este momento,—dijo el Cura levantándose.—Y míra : tráe los cigarrillos á Ma-

rio, el paquete que está sobre la mesita... Y hasta luégo... hasta luégo...

El Cura salió.

Mario se demoró un rato en el comedor conversando con la vieja Marta; después de lo cual se retiró á su aposento.

Se sentía alegre, dichoso, casi feliz. Todas sus preocupaciones de la tarde se habían desvanecido como por encanto, y en su pecho renacía la esperanza á modo de una flor misteriosa que extendiera suavemente por él sus pétalos perfumados...

Y durmió bien, muy bien, aquella noche.



XXIII

....el anunciado paseo á " Cajamarca"

ERA LA POMPA regia de la tierra templada. Era la alegría sana, sencilla, y sin embargo intensa, de la gente buena que sabe divertirse.

Era, en una palabra, el anunciado paseo á *Cajamarca.*

Ni el día estaba menos pomposo ni tampoco menos alegre.

Lo que había dicho el Cura: el camino iba descendiendo, descendiendo siempre, hasta dar con el río, que era un grueso riachuelo de agua clara, fría, muy espumosa, de sonoridades estrepitosas, que así saltaba sobre peñascos y pedruzcos, como se rendía á los hechizos de un cauce sosegado. Aquello daba placer, el encanto extraño que dan al ánimo las corrientes frescas y cristalinas.

El río tenía su vega, una vega de verdor lozano, y en esta vega estaba asentada *Cajamarca.*

¡ Cajamarca ! La casa nueva, espaciosa, de techo pajizo, de paredes blancas como el armiño; el huerto á medio formar; la plantación de caña

de azúcar que se alzaba robusta y se extendía limpia y de color de esperanza por todas partes...

Don Osvaldo salió á encontrar á los paseantes cuando éstos ya enfilaban por la vereda que emboca en la vega.

Y al hallarse cerca de ellos:

—¡Cómo vienen de fatigados los señores y el señor Cura!—les dijo.

—Es lo bueno, don Osvaldo,—repuso el Cura; —la fatiga, el ejercicio fuerte... así se destierra el *empacho*. Pero bien, ya llegamos. Y ¿qué de bueno?

—A usted le tengo un altar, y mucho mejor que el de su iglesia, para que rece. Harto que ha andado Clotilde por el monte buscando flores...

—Sí, y yo me iré á llenar con florecitas, ¿no?

El viejo se echó á reír de buena gana. Después, sombrero en mano, empezó á saludar á las señoras. Al ver á sus propias hijas con el rostro sonrosado:

—Vea, vienen hechas unas Bogotanas,—dijo en chanza.

Y como al detenerse hubieran los paseantes formado grupo, propuso:

—Pero sigamos. Por allí Clotilde los está esperando. Como está tan gorda y medio enferma... no pudo venir hasta aquí. ¡Pobre vieja!

—No tenga usted cuidado,—le dijo una de las señoras.

La carabana siguió adelante. A poco la gente menuda y las criadas se quedaron otra vez atrás. Un perro grande, lanetas, divertía á los niños.

—Aquí tienen ustedes á la madrina, aquí al padrino...—les dijo el Cura á los dueños de la casa, así que se les hubo reunido doña Clotilde.—¿ Les parecen buenos muchachos ?

—¡ Vea si no !—se apresuró á contestar don Osvaldo, haciendo un gesto que revelaba la más completa satisfacción.—Sólo que no son casados y ese debe ser inconveniente, ¿ nó, señor Cura ?—agregó el socarrón del viejo, guiñando el ojo y soltando la carcajada.

—Los casamos, para obviar el inconveniente,—dijo á su vez riendo el Cura.

Ya es de suponerse la turbación de los padrinos con semejantes chanzonetas.

En la casa el contento de los paseantes se manifestó en toda forma. Doña Clotilde y sus hijas estuvieron obsequiosas á más no poder. Don Osvaldo se chanceaba con todo el mundo. " Mis padrinos," llamaba á los padrinos de bendición.

—Estos padrinos tan mozos y yo tan viejo,—decía.—Antes los padrinos eran los viejos, y se sobaba la calva.

Una vez verificada la ceremonia de bendición, á eso de las doce, los paseantes, para tomar un baño, la emprendieron con la vega. Por distintas veredas se encaminaron al río.

Mario se internó por entre unas malezas y buscó en la ribera, llevado por su espíritu soñador, un paraje solitario. Había una gran piedra en la orilla, sobre la cual proyectaba su sombra unos árboles de fronda espesa. Se reclinó sobre ella, y luégo, solo con su pensamiento, quiso de pronto coordinar resueltamente sus ideas. Las aguas, que corrían por un lecho de arena y pedruzcos, formaban un remanso en aquel sitio: tal parecía que seducidas por el paraje, trataran de bañarse á su vez, antes de proseguir su curso. Recordó Mario vagamente los días felices de su infancia, cuando en compañía de sus hermanos y otros rapaces, buscando en la *quebrada* de su lugar nativo sitios como aquél para pasarse las horas muertas triscando entre el agua, riendo, gritando, volviendo piedras... Y después pensó:—En este tráfago de la vida mundana apenas puede úno darse cuenta de las bellezas de la Naturaleza. La lucha por la existencia es un monstruo de pura prosa que todo lo absorbe, y que no da tiempo para nada.—Y miraba distraído cómo los haces de luz que perforaban el follaje cabrillaban ligeros sobre el agua, con vibración acariciadora. Y volvió otra vez á repetirse la pregunta que tántas veces se había hecho en aquellos días:

—¿Tulia me amará?...

Era una obsesión tonta, que había que vencer, reducir á nada, á cenizas.

—De todos modos, hoy sabré á qué atenerme, —se dijo luégo.—¿Cómo no he de tener el valor de interrogarla á ella francamente?... Es que esta pasión que me domina es una pasión noble, pura, generosa... Dios ha puesto en mi corazón este sentimiento de la más profunda y delicada y tierna afección. Por eso siento valor, un valor que me hará vencerlo todo, que me hará sacrificarlo todo... ¿Podrá ser ella insensible á los arranques generosos de mi espíritu? ¿Me amará?... ¡Yo sé que ella me ama! Esa mujer será mi esposa... Pero entonces ¿por qué temer?... Tulia será para mí la compañera que me comprenda, que amará á mis padres tanto como yo mismo, que llevará al viejo hogar la centella de su juventud y de sus encantos...

Y poseído de emoción, vino á reflexionar en seguida sobre la nueva transformación de su vida en aquellos días, sobre el estado sensible de su alma, sobre la ternura inmensa, violenta casi, de su corazón...

El eco de gritos y cantos lejanos lo sacó de sus reflexiones.

Una hora después se encontraba reunido con los demás paseantes, en la sala principal de la casa.

Don Osvaldo se presentó:

—Confiéselos á todos, señor Cura,—dijo,—y no les imponga penitencia, porque con la que van á

hacer ahora tienen para todos sus pecados, presentes y futuros.

—Corriente, don Osvaldo, pero venga usted el primero...

—Sí, señor, después de que comamos. Por ahora vamos á la mesa.

La comida estuvo tan buena como era de esperarse. Humeantes sopas de maíz, carnes condimentadas á maravilla, plátano de toda calidad y condición, papas, patatas, la leche en grandes vasos de cristal... todos los platos que representan la aspiración suprema de un gastrónomo criollo en el interior del País.

—Perdónenme, señoras y señoritas, el vino seco, porque el señor Cura lo ha monopolizado todo para sus misas,—dijo don Osvaldo, así que comenzaron á comer.

—Dejemos lo del vino y escuchen ustedes,—dijo el Cura.—Así como esta comida, es como de veras quiere don Osvaldo que le impongan todas las penitencias. Sí... al buen entendedor pocas palabras. Pero ya le llegará su turno—y concluyó pinchando una presa de gallina.

Serían las cuatro de la tarde cuando los paseantes se despidieron de la familia de don Osvaldo, al pie de la cuesta. El ascenso fue más rápido de lo que el Cura pensó. No dejaron de emplear en él, sin embargo, cerca de una hora y media.

Los padrinos se entendieron á su modo.

—Oiga al señor Cura cómo bromea,—dijo Tulia deteniéndose en una revuelta del camino, volviendo la cara hacia el grupo que á pasos contados subía, y en cual el sacerdote dominaba con voz sonora la algarabía de las mujeres.

Mario, que acababa de ascender hasta donde estaba la joven, dijo como para sí, á tiempo que se enjugaba el sudor de la frente con su pañuelo:

—Es un hombre excelente.

—No digo que no,—dijo Tulia, en tanto que descolgaba una ramita de romero que se llevó á los labios.

—Y si usted dijera que no, haría mal.

—¿ De veras ?,—replicó ella con acento entre jovial y burlón, fijando en Mario sus grandes ojos negros.

—¡ De veras !—afirmó Mario sonriente.

—¡ Qué entusiasta defensor tiene el señor Cura !

—Cómo no, si él es bueno entre los buenos.

—Tendrá usted sus razones especiales para asegurarlo así...

—Es un buen amigo.

—Y un buen confidente, ¿ verdad ?

—¿ Quién se lo ha asegurado á usted ? Simplemente oigo sus consejos... y nada más.

—¿ Y se puede saber qué consejos son los que usted le oye ?—dijo ella en tanto que afectaba dis-

traerse, mirando la vegetación de la hondonada, iluminada á trechos por los rayos del sol poniente.

—Me ha dicho, entre otras cosas, que úno no debe vivir de esperanzas ilusorias... como, por ejemplo, me sucede á mí. Y en realidad : ¿ qué derecho tiene un pobre mozo que nada vale, en pretender lo que no merece ?...

—¿ Y todo eso le ha dicho él ?... No lo creo.

—Usted sabrá si lo cree ó nó. Sólo que, en cuanto á mí, sé asegurar que la esperanza es tan buena compañera, tan buena amiga, que, francamente, yo no me resigno á abandonarla...

—Hace usted bien. Sin embargo, cuando lo que se espera no vale la pena, es mejor no ilusionarse... para no recoger después un desengaño... ó muchos desengaños.

—El corazón nunca se engaña, Tulia ; y no hay que calumniarlo. El ha sido en esta vez mi consejero, y por eso dejo que la esperanza me lleve de la mano, al modo que en algunas estampas sagradas el Angel de la Guarda guía á los niños... ¿ Por qué nó ? Mi preocupación es otra. No sé si será atrevimiento indigno de mí, pedirle á usted que me saque de esta duda... de las dudas que me atormentan...

—En realidad, no sé qué contestarle, Mario...

—¡ Mire, niño, que se cae !...— exclamó Tulia fingiéndose alarmada, á tiempo que corría á sostener á uno de sus hermanitos que se deslizaba cui-

dadosamente por una piedra grande, á la que se había trepado.

—Yo no me caigo... ¡qué me voy á caer!—gritaba el niño saltando á tierra.

Ya llegaban los demás. Tulia se reunió á un grupo de dos ó tres muchachas que iban en seguimiento de las señoras.

El Cura, que había observado todo, dijo dirigiéndose á los dos jóvenes, luégo que se hubieron detenido los paseantes para entrar al pueblo:

—El domingo voy á predicar contra los malos padrinos...

—Pero desde ahora afirmo que su sermón nada tendrá que ver con nosotros,—repuso Mario.

—Lo cual quiere decir ¿que no he de nombrarlos á ustedes en el púlpito?... Esperen á ver. No será en este domingo, pero puede ser que sí en otro, acaso no muy tarde...

Todos se rieron estrepitosamente.

Y aquellas risas alegres resonaban en el alma de los dos jóvenes como lluvia de perlas sobre una plancha de mármol.

Y muy poco, á eso de las cinco y media menos minutos, entraron los paseantes muy regocijados en la población.



XXIV

....viaje con ella al Sur

TRES MESES más tarde... Mario era ya esposo de Tulia, y se disponía nada menos que á emprender viaje con ella al Sur, á su tierra natal.

Cuando fue á despedirse por última vez del Cura, éste le dijo:

—Ahora sí, mi bueno y querido hijo: á la tercera campaña, á la lucha por la vida en el recinto del hogar... Lleva usted una digna compañera, un muy buen Jefe de Estado Mayor, como quien dice... ¡Que Dios los bendiga una vez más y les dé fuerzas para practicar el bien!

Entre tanto Tulia, en medio de un grupo de señoras y caballeros, en traje de amazona y la cara cubierta con un velo, oía las últimas recomendaciones que le daba su padre en voz baja y conmovida. La caballería enfiló por la calle principal del pueblo. Y al entrar en la carretera se les unió Mario.

Allí las mismas hileras de sauces, el propio camino gris y, lejos, el mismo horizonte esfumado entre la bóveda azul y la gran llanura...

—¡Cómo!... ¿A dónde iban? ¿A dónde iba él? ¿A dónde iba ella?

Al viejo hogar, á la casa que durante los últimos días habían contemplado tantas veces ambos en las lejanías del sueño.

Sí; allí iba Tulia, la joven de hechizos realmente encantadores, porque eran los del alma enamorada con el amor intenso y puro santificado al pie de los altares.

Pero ¿no era aquello, por ventura, un sueño?

¡Tántas veces había Mario sentido en su corazón el torcedor de la duda en el insomnio de sus largas noches, tan grande le parecía su felicidad presente, que reputaba todo aquello un sueño, un sueño fugitivo de ternura!

Mas no; era verdad que Dios le había dado á Tulia por compañera suya, á la mujer que sabría ennoblecer su corazón por el amor, al modo que las damas de los tiempos heroicos sabían infundir valor en el ánimo de los antiguos caballeros.

....

Y así que hubieron avanzado bastante trecho en el camino, empezaron á devolverse al pueblo los acompañantes de los dos jóvenes desposados. Sólo el padre de Tulia quiso acompañarlos algunas leguas más.

Este caballeroso y buen señor ofreció á Mario el contingente de sus fuerzas y de su capital, para

llevar á buen término la obra de amor filial que éste iba á emprender.

—Usted sabe—agregó—que el sacrificio que mi esposa y yo hacemos al separarnos de una hija á quien tanto amamos, garantizan bien la sinceridad de mis ofrecimientos.

—De ello estoy yo seguro—le contestó Mario. —Pero me basta Tulia: con ella me han dado ustedes el más rico tesoro y una segura prenda de fortuna.

Después de los últimos adioses, Tulia quedó en un estado de ánimo indescriptible. Pero su propia entereza de mujer fuerte y las consideraciones tiernamente afectuosas de Mario, la indemnizaron de la pena que sentía al separarse para siempre del hogar de sus mayores.

El camino emprendido, á pesar de ser largo y muy penoso, no pareció tál á los dos jóvenes desposados, como que ningún incidente desagradable vino á turbar la naciente dicha que ambos experimentaban, la cual, por sí sola, ya podía compensar superabundantemente todas las fatigas del viaje.

Una vez en Bogotá, se puso al servicio de Mario un antiguo Ordenanza suyo en la campaña de la Costa, de apellido Zipa, que le profesaba á él la más afectuosa adhesión. Era el tal un mocetón espigado, de piel tostada por el sol, de ojos vivos

y picarescos, con una cicatriz en la mejilla derecha, listo de ademanes, y más que todo de constante buen humor.

—¡A la orden, mi Mayor, á la orden!

—Ya no soy Mayor, que me hicieron General.

—¿Y la señorita?

—Primer Ayudante General.

—Pues bueno: aquí tienen ustedes á su Ordenanza...

—¿Te vas, pues, con nosotros?

—Me voy, patrón.

—Está bien, iremos á mi tierra, al Sur.

Y no se necesitó de más. Zipa fue el más servicial y diligente auxiliar de los dos viajeros en aquel camino.

—Si cuando yo le decía al patrón que esa niña en que pensaba debía ser muy bonita, sabía lo que le decía,—parloteaba á gritos por allá al pie de la hoguera, con el otro peón, cuando preparaban la cena.

—¡Cállate, que te oyen!—le observaba éste.

Transcurridos que fueron algunos días desde su salida de Bogotá, los viajeros llegaron en la mañana de un día lluvioso á la casa de un rico hacendado, á una quinta colocada á la vera del camino, en las cercanías de una población del tránsito.

El dicho hacendado, que éra hombre de alguna edad, serio y de cultura no común, acogió á los

dos jóvenes con las más finas demostraciones de cariño. Se llamaba don Nacor. Su familia era igualmente culta y apreciable.

Como á poco de haberse desmontado los dos viajeros empezara á llover á torrentes, don Nacor los invitó á que permanecieran aquel día en su casa, á lo cual accedió Mario.

Don Nacor era un hombre que sabía distraer á maravilla el ánimo de sus huéspedes. Si bien de aspecto grave por su estatura, su espesa barba ya medio cana, y más que todo, por su mirada, era de conversación agradable y sabía inspirar pronto confianza. Había sido en sus mocedades hombre de aventuras y, como colombiano legítimo, buen militar de ocasión. Refería en tono solemne muchos de sus hechos de campaña.

En la refección que tomaron todos después del almuerzo, don Nacor les refirió á sus huéspedes, para distraerlos, un incidente que muchos años atrás le había sucedido á él en la guerra.

Se trataba de una de las criadas de la casa : justamente de la que acababa de servirles el agua en blancos jarros de plata.

Fue el caso que don Nacor la encontró un día, después de no sé qué batalla, abandonada y medio muerta en una choza miserable. Era en las márgenes ardientes del Magdalena. El ejército la había dejado por la mañana en un estado de postración horrible, ocasionado por la fiebre.

Y cuando por la tarde tuvo fuerzas para levantarse, diz que oyó lejanas detonaciones que le dieron miedo, un miedo horrible... Se encontraba en medio de un terreno árido y desolado, y tuvo sed... ¡Ah, la sed la devoraba y empezó á gritar... á gritar mucho, pero no podía. Le faltaba la voz, y de su pecho seco y enronquecido sólo se escapaban chillidos extraños, de los que ella misma se espantaba. Después empezó á andar con pasos torpes y vacilantes... Miraba á todas partes con ojos enloquecidos, y no veía sino los zarzales áridos, el suelo retostado por el sol. Quiso llegar á la choza en que, ya entrada la noche, la encontró don Nacor, pero la abandonaban las fuerzas. Entonces lloró, lloró mucho, como lloran los infelices y los desamparados de los hombres...

—Y esto no es lo extraño—agregó don Nacor para concluír,—que cosa semejante les ha ocurrido á muchas mujeres en nuestra tierra, sino que esta muchacha, sobre haber sido de buen natural y bella, pertenece á una familia relativamente honorable y de las más acomodadas del lugar. Porque, desde luego, la suerte de las mujeres que pertenecen á la última escala social es, por lo regular, muy desgraciada en nuestro país, dicho sea de paso. Hasta hoy, puede decirse que no nos hemos preocupado seriamente por el porvenir de la mujer, y el problema de la educación nacional

está por resolver en punto tan importante. ¿Qué es hoy, no diré de una hija del pueblo, que no recibe por lo regular instrucción alguna, sino de las demás, á las que no se les infunden conocimientos aplicables en la práctica de la vida? ¡Pobres hijas, de la desgracia muchas de ellas, que casi siempre se agostan demasiado pronto, cual flores que se deshojan á la tarde, entre los rigores del estío...! ¿No les parece á ustedes esto una injusticia social?...

Después de hablar algo más sobre el mismo tema, don Nacor hizo una pausa, y luégo, levantándose del asiento que ocupaba á la cabecera de la mesa, dijo:

—Vamos á la sala.

—¿Te callarás?—le gritó después á un perrito que le ladraba á un gato, el cual, todo espeluznado en ese momento, salió corriendo.

—*Coscolín*, cállate! Cállate, *Coscolín!*—le gritó una de las señoras.

El tal *Coscolín* era un perrito diminuto, tan pispiretas que bromeaba con todo el mundo, hasta con las palomas y las gallinas, y con sus ladridos, siempre destemplados, metía en la casa á todas hóras un ruido infernal.

Cuando entraban á la sala, le dijo don Nacor á Mario:

—Voy á mostrarle á usted ahora mismo mi biblioteca.

Y lo condujo en seguida á una pieza espaciosa que tenía una gran ventana que daba al patio. Allí, embutidos en estantes ya bastante viejos, se encontraba un buen número de libros.

—Una particularidad, señor Villapol: aquí no encuentra usted sino obras nacionales. Mi biblioteca no se compone sino de libros exclusivamente nacionales. Es mi orgullo. Y tengo poesías, novelas, discursos, obras históricas, políticas, religiosas... todo lo que usted quiera, hasta algunas colecciones de periódicos. Y con estos libros me instruyo y distraigo, tanto como yo deseo, en mis ocios. Aquí está el pensamiento de mis conciudadanos ilustres. Es una biblioteca completa. Mírela usted. ¿Para qué, digo yo, buscar en otros libros, en los de Europa, cosas que parecen nuevas pero que no lo son? Y sobre todo, es mi orgullo de colombiano, de campesino colombiano.

Mario estuvo muy entretenido aquella tarde oyendo disertar largamente y á su modo, que no dejaba de ser juicioso, á don Nacor, sobre literatura y política y milicia... exclusivamente nacionales.

A la mañana siguiente los viajeros se despidieron para continuar la marcha.

Dos días más tarde llegaban á una posada que, por hallarse en un lugar obligado, era frecuentada por los pasajeros. Eran aún las horas de la mañana y empezaba á sofocar el calor. El cielo,

de limpidez maravillosa, lanzaba enérgicos resplandores sobre aquella tierra baja. Del fondo de los bosques se escapaban chirridos de cigarras y mil y mil rumores indefinibles.

En esa posada salió á recibirlos una mujercita morena, de cara aniñada y de ojos asustadizos. Casi á gritos los invitó á que se desmontaran. Era la *patrona*.

Unos cuantos muchachos desarrapados y sucios andaban á la greña por toda la casa. Gritaban, lloraban, se daban de golpes... Era la prole.

A poco, y ya instalados los viajeros en hamacas tendidas en la sala, oyeron que en la venta alguien gritaba de modo tan extraño que supusieron fuera un loco ó un borracho. Era el *patrón*.

No demoró el presentarse el tál en la sala, apoyándose, para caminar, contra las paredes. Su figura era harto infeliz. Medio paralítico, hacía esfuerzos inauditos para dar uno y otro paso. Vestía muy pobremente y estaba, como su mujer, descalzo. En su rostro, descarnado y de color cetrino, sombreado por una mata de cabellos grises en el mayor desorden, se movían, en órbitas que parecían cavernas, dos ojos grandes, de tal expresión, que á la vez revelaban odio, miedo, espanto, inconsciencia y rabia. No cesaba un momento de balbucir con voz pastosa y ronca, subiendo á veces el tono, términos ininteligibles,

pero que se comprendía ser de un vocabulario suyo especial: era algo como un canto de impotente desesperación y angustia. Despedía de sí un olor acre á tabaco y alcohol. Saludó á Mario, que fue á quien distinguió primero, con un horrible gesto de sorpresa, y le dijo algo que éste no entendió. Después, sacudiendo siempre con esfuerzos desesperados los brazos y las piernas, avanzó trabajosamente hasta la puerta que daba al camino real. En posición forzada se sostuvo allí, contra el marco de madera; asomó luégo la cabeza y extendiendo un brazo empezó á llamar á gentes imaginarias que él creía ver pasar por el camino, lanzando al propio tiempo insultos é imprecaciones con acento de terrible ira...... El sudor le corría por medio de su barba inculta y rala, y le caía en gruesas gotas sobre su pecho, un pecho seco y amarillento, que dejaba al descubierto su camisa de color mal abrochada. Ensayó luégo, en un momento de mayor exaltación, torpes movimientos de defensa contra no sé qué seres invisibles que lo atacaban por todas partes, hasta que perdió el equilibro, y entre gritos de siniestro acento se desplomó con la pesadumbre de una masa inerte sobre el suelo, en medio de la puerta... Allí, repentinamente atacado por espantosas convulsiones, se debatía en vano por levantarse, no sin que se escaparan de su pecho roncos gemidos primero y después sollozos ahogados... Ma-

rio quiso llamar, pero en ese mismo momento entraron á la sala, dando saltos y chillando, los muchachos desarrapados, que rodearon pronto el cuerpo de su padre, y al advertirse de que éste lloraba, prorrumpieron en carcajadas mal contenidas...

—Vámonos de esta casa maldita—le dijo Mario á Tulia, que toda alarmada se había levantado ya de la hamaca y aproximádose á él.

Se abrieron paso por entre el grupo de muchachos y salieron al corredor.

—¡ Los señores se van ! ¡ Los señores se van !—gritó uno de los chicos.

La *patrona* salió inmediatamente por la puerta de la venta, y se aproximó á los viajeros.

—¡ Ay ! señores, cuánto siento que se vayan... Es que ustedes no saben cuánto sufro... Sí, ¡ ay ! ¡ Dios mío, cuánto sufro !...

Y empezó á llorar.

Pero bien pronto, al hacer un movimiento de la cabeza hacia atrás, se quitó bruscamente el pañuelo de la cara y empezó á gritar á los muchachos :

—¡ Malditos ! ¡ Váyanse de allí ! ¡ Váyanse, malditos !

Era que los tales, riendo y jugando, saltaban sobre el cuerpo de su padre, el cual ya en pesado sueño roncaba.

—Sí, vámonos,—dijo Tulia, afanada, á su joven esposo.

Salieron de aquella casa con el corazón oprimido, silenciosos, angustiada el alma.

—¡El hogar del borracho!—exclamó Mario indiferentemente, como para sí.

Tulia callaba.

Y ambos medían de una sola ojeada, en su pensamiento, el profundo abismo á que habría llegado el joven militar de la campaña del Norte, sin un esfuerzo propio de su voluntad, favorecido y generosamente estimulado por la Religión y el Amor.

El espectáculo siempre nuevo de la Naturaleza vino á refrescar su espíritu. Desde el camino se dominaba hacia el Oriente un lindo vallecito que, empapado en verdura, se abría paso por entre los muros rocallosos de la sierra. Caían á él, desde cimas abruptas, torrentes que parecían columnas de plata, que luégo, en su caída, se destrenzaban por el prado. Allá asomaba uno saltando entre guijarros; otro se venía todo desparramado; este otro lamiendo céspedes; todos con la coquetería aquella juguetona de que hablan los poetas, murmurando endechas, retozando, siempre alegres y risueños...

A la sombra de unos caracolíes esperaron á reponerse un tanto los viajeros de la fatiga que les producía el calor.

Allí se hallaban cuando asomó por el ca un viajero abigotado que, caballero en una mul venía del Sur. Al aproximarse creyó reconocer Mario, y después de saludarlo, con cierto aire de curiosidad se dirigió á hablarle:

—¡Oh! D. Mario, cuánto placer... ¿Por ventura no es usted D. Mario?

—Sí, señor, para servir á usted, mi querido amigo D. Pedro...

—Hombre... ¡qué milagro éste!—exclamó, desmontándose y corriendo á abrazar á Mario.

—Este, después de que recibió su abrazo, indicándole á Tulia:

—Mi esposa...—dijo.

D. Pedro se descubrió y con cierto amaneramiento y curiosidad le tendió la mano á la joven, al mismo tiempo que le decía:

—Estoy enteramente á sus órdenes, mi señora... Un humilde servidor suyo...

Charlaron largo y tendido.

—En su casa de usted, D. Mario, no saben nada de su viaje... ¡Qué sorpresa tan grande la que van á recibir!—les dijo entre otras cosas D. Pedro.

—Se me ocurre con tal motivo, ahora mismo —dijo Mario,—un proyecto... Preparar para darles, en debida forma, una sorpresa.

—Verdad!—interrumpió Tulia.

—Combinemos, pues, el plan.

—Que no sepan que usted llega casado,—interrumpió D. Pedro, atusándose el bigote.

— Sí, pero...

—Hubiera, pongamos por caso, un desconocido que llegara con la señora después de que llegue usted... Dirían que eran hermanos los dos ellos, y que dicho señor, como amigo de usted, iba á pedirle posada... cualquier cosa...

—Pero es que eso desconocido no existe.

—Lo inventamos,—dijo Julia entusiasmándose.

—¿Cómo?....

—De la manera más sencilla. Antes de hacer la última jornada, te vas tú adelante con uno de los peones y una carga. Yo me iré después con Zipa.

—Y ¿qué dirás cuando llegues?

—Que mí hermano se quedó un poco atrás, por no sé qué inconveniente, pero que pronto llegará..... cualquier cosa.

—¡Qué mujeres! ¡Qué mujeres!....— exclamó D. Pedro riéndose y tan entusiasmado como los dos jóvenes esposos.

—¡Magnífico!—dijo Mario paseándose corto y frotándose las manos.—El Zipa desempeñará el papel á maravilla. De aquí á mañana acabaremos de combinar el plan.

A poco se despidió muy regocijado D. Pedro.

—Se me hace tarde—dijo.

Y ya caballero en su mula, estrechándole por última vez la mano á Mario, le dijo á éste por lo bajo:

—¡Hola! ¡qué simpática y linda muchacha la que usted se lleva!...



XXV

....Tulia es mi esposa, la mitad de mi alma!

EN LA CASA, el Sr. Villapol, con los anteojos puestos y sentado en una silla, leía con mucho interés uno de los periódicos que acababa de recibir por el correo. Cerca, á su derecha, se encontraban sobre un asiento algunos paquetes todavía sin abrir, y á su izquierda, un montón informe de los que ya había leído, colocados sobre una mesa.

Toda aquella mañana había estado el Sr. Villapol entretenido con la lectura, pero ahora le distraía más, si cabe, un artículo editorial titulado *Pro Patria*, de un periódico de Bogotá. Le llamaba la atención, sobre todo, el concepto del periódico sobre el peligro en que se encuentran algunos países suramericanos de ser absorbidos por el coloso del Norte, en caso de que ellos continúen por la misma vía dolorosa que han traído de las guerras intestinas.—"Este peligro es tanto más inminente—leía mentalmente el Sr. Villapol,—cuanto más se arraiga, de día en día, en el

cerebro de aquel pueblo la idea de un imperialismo......"

—Papá, que vamos á almorzar,—le interrumpió la menor, Rosa, una niña de ocho años, que se había aproximado al lector.

El Sr. Villapol volvió la cara y mirando á la niña por encima de los anteojos, le dijo con cariñosa sonrisa:

—¿Conque á almorzar, nó?

Y tomándola de un bracito la atrajo hacia sí, al propio tiempo que colocaba el periódico que leía sobre la mesa. Acarició sus cabellos rubios, y dándole luégo un beso en la frente:

—¿Ya avisaste á tu mamá?—le dijo, empezando á quitarse los anteojos.

El ruido de la chiquillería que en aquella hora abandonaba la escuela, se oía en la calle.

José, el otro menor, entró en ese momento corriendo precipitadamente con el sombrero en la mano. Jadeante y con los ojos desplegados, gritó:

—¡Papá! papá!..... ¡Que llegó Mario!!

El Sr. Villapol, levantándose con presteza y apartando con un movimiento mecánico á la niña, dijo con voz que denunciaba una emoción repentina, y demudado el rostro:

—¿Que llegó quién?... ¿Cómo, Mario!?...

—Sí, papá, Mario, Mario... Allá se quedó en la calle junto á la escuela, conversando con unos señores... Dicen que él es.

—¿Qué?...—repetía el Sr. Villapol como atontado.

—Sí, papá, *misiá Pepa* me dijo que era él y que corriera á avisarles. Viene en una mula grande, con polainas y un sombrero...

Como José hablaba á gritos, todos habían salido en la casa á informarse de lo que ocurría, quién con un libro en la mano, ésta con una pieza de costura, aquélla con las tijeras, todos en confusión, hablando sin entenderse nadie. La señora de Villapol estaba horriblemente pálida y no sabía cómo explicarse todo aquello. Hasta las cocineras salieron á la puerta de la cocina, riendo sin saber por qué. Y entre tanto, la lora de la casa recorría con movimientos zurdos una cuerda tendida en el patio, gritando vaya á saber usted qué insulseces...

Se oyó casi en seguida ruido de caballerías en la calle. Todos se precipitaron á la puerta.

—Mario! sí... es Mario!!... Hermano!... Hijo mío! Mario!!...

La escena fue indescriptible. Mario se desmontó allí mismo, en la calle, y en brazos de todos, entre risas, entre lágrimas, se precipitó á la sala.

¿Qué dijeron entonces todos? ¿Qué dijo él? ¿Qué hicieron?...

Nunca hasta en ese día se había experimentado en aquella casa una emoción semejante. El hijo mayor, Mario, resucitaba y se les aparecía de repen-

te, allí mismo, sin saber cómo, en aquel momento! ¿No era aquello, por ventura, un sueño?

La señora de Villapol lo abrazaba una y otra vez, como para convencerse de que no era juguete de una ilusión. Todos le rodeaban locos de alegría.

El Sr. Villapol fue el primero que se repuso de su turbación y recobró su espíritu serio y reflexivo.

—¿Pero cómo ha sido esto?—le preguntó á Mario.—¿Cómo es que has podido sorprendernos?...

Mario explicó: la interrupción de la línea telegráfica, el mal estado de los correos y, más que todo, la idea intencionada de darles una sorpresa.

—¡Qué picarón!—le interrumpió su madre.—¿Y no pensabas que semejante sorpresa podía matarnos?

—Yo sé que la felicidad no mata, madre.

—Ay! sí... de veras, ¡somos tan felices!—exclamó Briseida, una de sus hermanas.

—Desde que al principio de la guerra saliste para el Norte, nada, nada habíamos vuelto á saber de ti,—le dijo el Sr. Villapol.

—Alguien nos dijo que te habían visto en la Costa,—agregó Luis.

—Hasta corrió el rumor (ay! cuánto sufrí en aquellos días!)—dijo la señora—de que habías muerto por allá muy lejos, no sé dónde...

—Sí... tántas cosas que decían!...— agregó *Concha.*

—Todo es verdad, menos que haya muerto— repuso Mario sonriente.—He andado por todas partes: por el centro, por el Norte, por la Costa... He recorrido mucho... Y aquí me tienen ustedes, gracias á Dios! Mucho deseaba volver á mi hogar... ¿Y éstos son los menores?—dijo luégo interrumpiéndose y atrayendo hacia sí á los dos niños, á uno y otro lado de la silla en que se encontraba sentado.—Mire, qué simpáticos! ¿Ustedes son mis hermanitos, verdad?—les dijo acariciándolos.

Ellos habían estado como alelados cerca de su hermano, examinándolo con esa curiosidad inteligente con que los niños examinan todo cuanto les interesa.

—¿Y ahora no convidas á tu hermano á almorzar?—le dijo á la niña el Sr. Villapol.

A poco pasaron todos al comedor.

Y se preparaban ya á sentarse, cuando entró al patio uno de los peones conduciendo de cabestro una de las mulas cargadas. Sin demora empezó á descargarla, ayudado por el criado de la casa, y mientras recogían los lazos con que venían liados los bultos, le gritó á Mario con la mayor seriedad:

—Patrón! El señor que viene atrás le mandó decir que aquí venía á su casa á posar esta misma

tarde con la señorita su hermana; que lo esperara...

—Está bien,—contestó Mario, sonriendo imperceptiblemente.

Así que concluyó el almuerzo y después de una media hora de sobremesa, el Sr. Villapol se retiró á su aposento. Acostumbraba dormir la siesta, y se acostó en la cama; pero, contra su costumbre, no podía dormitar. Le preocupaba la llegada de su hijo.

—Mario aquí!—pensaba.—¿Cómo es que ha podido venir? Nosotros sabíamos que en Bogotá se había perdido, que se había extraviado y entregado al vicio... Hacía mucho tiempo no escribía... ¿Cuál habrá sido su vida? ¿Será todavía un vicioso?... Pero no; no lo revela, y... una circunstancia: se excusó obstinadamente en recibir más de la copa de licor que con las colaciones le ofrecieron las muchachas. ¿Se habrá hecho un hombre de trabajo? Quiéralo Dios! Sería para la familia, en las actuales circunstancias por que atraviesa, un apoyo providencial. Yo, muy viejo ya, gastado, pobre... Lo mismo *ella*... ¡la buena esposa, la abnegada madre! Una familia grande á la que hay que sostener... ¿Y si él es todavía un vicioso? Mas no: ha venido á buscar su hogar. Eso consuela... Y de todos modos, ¿no es, por ventura, nuestro hijo, el hijo mayor?... ¡Cuánto placer he experimentado en abrazarlo!

Entretanto, en la casa se acrecentaba el movimiento con las visitas de los parientes y amigos más íntimos de la familia, que iban á saludar al recién llegado. Todos encontraban á Mario robusto, bien musculado, fuerte. Con efecto: su rostro redondo y moreno, en el cual lucían dos ojos grandes de mirada que nada tenían de insolente ni de duro, denunciaban, junto con su apostura, la energía vital de un mozo de veintiocho años, que si bien ha perdido la delgadez del adolecente y con ella los movimientos nerviosos de los ademanes, sabe andar á paso firme, porque conoce el terreno que pisa, como que lleva dentro de sí el aplomo del juicio práctico, calculador y seguro. Tàl era y tal encontraban todos á Mario.

Serían las cuatro más ó menos cuando uno de los niños anunció que una señora que venía á caballo, seguida de un peón con dos cargas, se dirigía á la casa. Salieron á recibirla, Mario el primero.

—Señorita, aquí tiene usted su casa...

—Caballero, cuánto le agradezco á usted...

Y Zipa se adelantó á dar en presencia de todos, con un aplomo admirable, las explicaciones del caso:

—Patrón: el otro patrón que se demora algo, porque...

—¿Sí? está bien; sígue adelante.

Y el Zipa, dando un salto y haciendo zumbar el látigo, arrió las mulas por el portón.

La impresión que produjo en el ánimo de la familia la presencia de aquella viajera, tan amable y bella, fue de grandísimo efecto.

Ella se mostró insinuante, alegre, risueña... Las muchachas no sabían cómo agasajarla. Los padres de Mario la encontraron encantadora:

—Qué muchacha tan llena de gracia!, decían ambos á porfía.

La menor, Rosa, se llevó su buena parte de caricias de la desconocida. Esta la tomó sobre sus rodillas, y besándole las mejillas le preguntó:

—¿Usted sabe cómo me llamo yo?

—No, señorita.

—Tulia, mi bien, Tulia...

Y después la niña, encantada por aquella amable confianza que le inspiraba la joven, empezó á referirle en su media lengua los acontecimientos del día. Que su hermano grande había llegado, pero que ella no lo conocía antes; que su mamá había llorado; que había venido mucha gente á la casa; que ella quería tánto, tánto á su hermano... y ¡también á ella, á la Srita. Tulia!, y que por esto quería que no se fuera...—¿No se va, no?—concluyó.

—No me voy, hijita, no me voy.

Se debía ya servir la colación de la noche.

Las muchachas condujeron á Tulia al comedor.

Y el momento de la sorpresa llegaba......

¡Hora de felicidad para los dos jóvenes desposados, que, con el corazón desbordante de ternura, iban á recibir en su alma un soplo nuevo y fecundante que santificara más su amor y estrechara hasta la suprema dicha los lazos de su himeneo!

El Sr. Villapol fue el primero que, sin saberlo, empezó por soltar el hilo, haciendo notar la demora del supuesto hermano de Tulia.

Esta, con tal advertimiento, se sonrojó ligeramente.

Maria miró á Tulia y dejó escapar á su vez una sonrisa comprometedora...

La Sra. de Villapol, que los observaba á ambos, notó aquella ligera inteligencia entre los dos jóvenes, y con esa visión secreta y misteriosa de las madres, que tiene algo de adivinatorio, dirigió á Mario una mirada tan extraña, que éste se sintió de pronto francamente desconcertado.

—¿Cómo se llama el señor?—preguntó luégo la Sra. de Villapol.

Mario quiso sostenerse hasta el fin, y contestó:

—Mario, Mario también, y es mi mejor amigo, madre.

Y pronunció estas palabras con acento tan extraño, que todos volvieron sus miradas hacia él.

Tulia, que se había ido sonrojando gradualmente, al notar semejante turbación en Mario, se

rió de repente, bajando la cabeza, con risa argentina, franca, nerviosa...

Todo estaba descubierto.

Mario se puso entonces en pie, y dirigiéndose al asiento en que se encontraba Tulia, en medio de las muchachas, la tomó del brazo con movimientos sueltos y elegantes, y colocándola ante sus padres:

—Aquí tienen ustedes una nueva hija, queridos padres... Hermanitos: aquí tienen ustedes otra hermana.... Tulia es mi esposa, la mitad de mi alma!

La explosión de júbilo fue inmensa. Todos confundidos en estrecho abrazo, padres é hijos, se sentían unidos íntimamente por un solo lazo, por un solo espíritu: el del AMOR, que como una bendición del buen Dios descendía sobre aquel hogar honrado y cristiano, para resucitarlo á una vida nueva.

Afuera, entretanto, el viento de la noche soplaba fresco sobre las frondas dormidas y agitaba las hojas de la vieja palmera del patio con sonoro ruido.



XXVI

¡A la tercera campaña!

Su casa de usted, á tantos.

Sr. Cura y buen amigo:

Empiezo por darle á usted quejas—¡ quién lo creyera !—de Tulia, nada menos que de la propia Tulia de Villapol !

Ha de saber usted, Sr. Cura, que la dicha compañera, haciendo mal empleo de la salsuca que Dios puso en su corazón y en sus labios, me sugestionó en mala hora y sin reparo alguno me hizo entrar en maquinaciones, que ahora detesto con todas las veras de mi alma. Tulia, señor, me *obligó* (tal es la palabra) á presentarme en la puerta de mi hogar con la mentira en los labios! ¿ No se repite, acaso por cienmilésima vez, la historia de Adán y Eva ?

Siempre ella, la mujer...

Y suspendo aquí la plática, que espontáneamente brota de mi pluma, porque la tal Tulia de mi cuento (presumiendo quizá que voy á cumplir cier-

tas y determinadas amenazas que le tengo hechas en castigo de sus maldades), se ha venido sigilosamente al escritorio y apostado aquí no más, detrás de mí, para mirar por encima de mi hombro... ¡Ah enemigo malo!

Repréndala, Sr. Cura, repréndala...

Y si usted viera cómo se ríe... Dice que no se afana porque diz que tiene pensado escribirle á usted una carta muy larga, muy sugestiva, en la que va á contarle, punto por punto, todo lo ocurrido... ¡para que el Sr. Cura se desengañe!—se atreve á decir.— Yo me atengo, por de contado, á la misma proyectada carta de Tulia y á su práctica de confesor de usted... Y punto.

Y sigo porque al fin me deja en paz. Acaba de retirarse alegre como una colegiala en vacaciones. Por lo que ahora voy á hablarle á usted seriamente sobre ella.

Empezaré por decirle que apenas se supone usted cuánto adoran mis padres á Tulia. Cuando yo les dije á los pobres viejos que en atención á que ella fue para mí, en época la más aciaga, una madre amante y mi salvadora, ya contaba de antemano con su propio tácito consentimiento, lloraban ellos con tal ternura, que sus lágrimas confortaban mi ánimo grandemente. ¡Cuánto me acordaba entonces de usted!

Tulia ha venido á constituírse, como me lo anunció usted, en la reina de este viejo hogar. Y

tal es, digo yo, cumplida á perfección la misión de la mujer......

Pero vuelvo á platicar, y esto en una carta encocora.

¡A la tercera campaña!—me dijo usted.

Pues bien! Esa nueva campaña ha empezado ya.

Sólo que he entrado en ella con resolución, alegre, dichoso, con la confianza de quien sabe que posee una voluntad propia, capaz de moverse al servicio de sus ideas.

Y esto es lo importante, me parece á mí.

Las ideas por sí solas acaso no signifiquen tanto como algunos piensan. Su valor depende de la aplicación práctica que de ellas se haga en la vida. Los más tenemos buenas ideas. Muchos libros están atestados de ellas. El más humilde de los mortales puede dar buenos consejos. Y no hay hombre, por encenagado que esté en el vicio, que no reconozca la inmoralidad que entraña el vicio del cual se deja dominar. El secreto de la vida está en *saber hacer*, en formarse uno una VOLUNTAD resuelta y valerosa. ¡Cuántos hombres hay que juzgan con acierto y hasta con lucidez de las cosas de la vida, y sin embargo, son hombres impotentes, hombres frustrados, que se consumen en la insignificacia y en el *nirvana* embrutecedor! Se me antojan los tales, bibliotecas de buenos libros que, cubiertos de moho, desaparecen bajo el polvo de unas ruinas.

Pero no filosofemos, mi querido Docto tas también son ideas, y maldito el valor tienen para mí si no les doy la aplicación en la lucha que he emprendido, á gran c miento de los míos.

El problema que me he planteado es éste

Dados tales elementos, abrir para mi fa al pie de la roca misma del trabajo, fuent vida civilizada y cristiana.

Esos elementos son: el crédito, que dad antecedentes de honradez puede la famili tablecer para sí; el campo de acción, propio un movimiento comercial y ciertos trabajos colas á nuestro alcance, y las aptitudes indi les de todos, que bajo mi enérgica direcc apliquen con provecho, mediante una labo severante, á la explotación industrial que, de límites razonables, correspondan á la f ción de un capital.

Estos son los pasos que tengo entendido darse para empezar por asegurar la estab de prácticas cristianas en el hogar, y fijar sentido de la vida.

Es necesario dominar en cierto modo la co te de los días y los años, que, eslabonados, tituyen una vida, á fin de encauzar dicha co te, vigorosa y concienzudamente, en benefici pio y para honra de la humanidad entera.

aquí donde surge la sombra veneranda de la Patria, reclamando sus derechos al espíritu. Porque la Patria tiene en el santuario de nuestra conciencia las prerrogativas de una madre tanto más digna de nuestro amor cuanto más desgraciada sea.

Y trabajando, siendo útil á la comunidad, fomentando la paz, y por medio de la asociación los más sólidos principios económicos, es como se sirve á la Patria. La interpretación platónica que suelen los charlatanes darle al patriotismo no es sino una ruindad harto desacreditada ya. La vida moderna aspira á otra luz que irradie de un foco de mayor potencia.

Hoy vuelvo mis ojos al pasado y descubro como en valle que se extiende lejos, las quiebras y hondonadas del terreno recorrido, los zarzales que se desparraman por el suelo oscuro, los confines que se desvanecen en profundas lejanías... El pobre estudiante, abandonado á su propia suerte en las calles de una ciudad populosa, sin fe ni orientación alguna; luégo, el mozo lanzado en los abismos del vicio, en la vergüenza de una completa embriaguez alcohólica; después el militar inconsciente que de tumbo en tumbo es arrollado al fin por la ola monstruo del delito y del dolor...

Pero viene la resurrección. El alma, torturada por angustias extrañas, se acoge en su agonía al signo de la redención humana; llora hondísimos

dolores, y recibe en los espasmos de la agonía, por modo repentino, el aliento perfumado de la vida que le trae el amor bajo sus alas de luz... La voluntad se yergue entonces; tantea sus propias fuerzas y se halla robustecida por la fe en Dios y el amor á una doncella cristiana, y alzándose sobre las ruinas de una personalidad moribunda lanza al vicio valiente reto de muerte!

Y á la hora presente me hallo al frente de un hogar alegre y dichoso, sintiéndome verdaderamente libre, con fuerzas para arrostrarlo todo, para vencerlo todo! Sé que tendré que luchar. Acaso caeré una, dos... muchas veces, en la refriega. Mas ¿qué importa? Estoy con el pensamiento de Carlyle.—"Existe un deber sempiterno—dice,—válido en nuestros días como en los días de ayer, como en todos los tiempos: el deber de ser valientes. Valor es lo que vale, lo que tiene precio, lo que se estima y aprecia. El primer deber de todo hombre es y será siempre el de dominar, el de subyugar el temor. No podremos obrar libremente ni de manera alguna, hasta no vernos libres del temor. Bajo el influjo de su imperio, las acciones de todo hombre son acciones de esclavo, no verdaderas sino especiosas; sus más íntimos pensamientos son falsos; piensa y seguirá pensando como un esclavo, como un cobarde, mientras no consiga verse libre del temor, hasta no hacerle

morder el polvo de sus pies... Un hombre, lo que entendemos por hombre, necesita, debe de necesidad ser valiente; necesita avanzar, avanzar siempre, marchar hacia adelante...'

Pero vuelvo, Doctor, á las disertaciones enojosas, ajenas á una correspondencia epistolar. Y para no prolongarme demasiado he de poner punto final. Mas no lo haré hasta que no le comunique á usted que tengo proyectado un viaje con Tulia y la familia á una posesión que he tomado en compra á corta distancia de este lugar, en la montáña. Es un paraje encantador. Se llama *El Alto de Santa Rosa.*

Tengo pensado iniciar allí mis trabajos agrícocolas y pasar el verano en tan hermoso campo con Tulia. La familia se volverá al lugar á emprender en asuntos comerciales, que acabo de iniciar también.

¡Cuánto se acrecentaría mi placer, Doctor, si usted pudiera acompañarnos en esta excursión, como lo hizo en aquel inolvidable paseo á *Cajamarca!*

Pero ya que esto no es posible, me contento con estrechar desde aquí su mano y de enviarle en unión de Tulia y mis padres el más efusivo abrazo y todo mi cariño.

Su amigo,

MARIO VILLAPOL

XXVII

El hombre que quiere vencer, vence!

—PATRÓN, le doy las quejas de que en la casa ya nadie me quiere creer nada... Dicen que soy un embustero, porque fui el de la mentira el otro día... cuando, viéndolo bien, fue el otro, el que se quedó en el pueblo...

Y haciendo zumbar el látigo, su eterno compañero, arrió Zipa la mula que, con abultada carga de baúles, pujando y todo, empezaba á esguazar la *quebrada*.

—Yo te volveré el crédito,—le dijo Mario riéndose.—Míra: aquí viene la verdadera autora de la mentira, agregó volviéndose hacia Tulia, la cual, montada en un brioso y elegante caballo rucio, iba á la cabeza del grupo de las muchachas que, alegres, no cesaban de conversar. El señor y la señora de Villapol se habían quedado un poco atrás, como que cabalgaban en cuartagos muy mansos, que el primero de ellos había elegido así, en obsequio de la paz y tranquilidad de la señora. Los muchachos iban adelante y ya cruzaban la llanura;

El caudal de aguas de la *quebrada* bajaba acrecentado y por demás ruidoso, turbio por los torrentes que, formados por la lluvia durante la noche, habían desembocado en él, bajo los flecos del ramaje de árboles retorcidos y de guaduales que abrían estrecho paso á la corriente.

La cabalgata empezó á moderar el paso así que hubo atravesado la pampa de amarillos pajonales y cuando ya se hallaba al pie de la serranía. El ascenso por el camino en zig-zag se hizo muy lentamente. Y á medida que se aproximaba á la cima iban dominando mejor el hermoso valle que en lejanías soñadas se desenvuelve gradualmente, ofreciendo á la mirada de los paseantes más y nuevos encantos. No lejos se descubría en la misma serranía la otra vereda por la cual había ascendido Mario á pie, en compañía de sus dos hermanos, Luis y *Paco*, y de su condiscípulo el *Alemán*, años atrás, en las últimas vacaciones que aquél pasó en su tierra natal.

El *Alto de Santa Rosa*, paraje de pompa meridional, en medio del cual se encontraba la casa de campo á la que se dirigía la familia, era como le había dicho Mario en su carta al Cura, verdaderamente encantador. ¡La montaña con toda su salvaje belleza, sus gracias de odalisca, sus aromas y su inimitable soberbia! ¡Cuánto lujo en aquella retirada mansión de la Naturaleza! Por

todas partes verdura, arbustos florecidos, que en largas líneas orlan los senderos, la magnificencia en el fondo de las selvas, y más lejos, el manto desgarrado de las nieblas que envuelven á medias las cimas inaccesibles.

La familia tomó posesión de la casa en la mejor disposición de ánimo. Todos alababan á porfía la belleza de aquel campo.

El aire fresco y saludable soplaba sobre la vegetación que se extendía á alguna distancia, por el lado de los terrenos cultivados. Las hojas verdeesmeralda de un platanal se movían tímidas y apenas susurrantes, y de en medio de las plantaciones se desprendía un aroma de plantas que rompen la yema para vivir vida fecunda... Era la primavera eterna de los trópicos, el trabajo secreto de un principio único y soberano en el corazón de la montaña, el soplo irresistible de la vida!......

Ante esa naturaleza tan exuberante, en presencia de un suelo mil veces fecundo, sintiéndose verdaderamente amado por los seres más queridos —por sus padres, por sus hermanos, por su esposa, por todos,—Mario sintió que la vida se desbordaba en su alma y tuvo conciencia de que era fuerte. ¡Oh! allá lejos, tras de las azules serranías del Este, se dilataba una extensión inmensa, el Caquetá... El, si quisiera, podría ir hasta

allá, y hollar con sus plantas esa tierra virgen, y desentrañar de ese suelo riquezas ignoradas é ingentes... Todavía más: fundar una colonia. Se sentía capaz de todo, amaba el trabajo, encontraba un secreto placer en el mecanismo de los negocios, en la gimnasia intelectual que ellos requieren... Nada temía; no sentía miedo de nada. El fue un día flaco de voluntad, es verdad, pero quiso ser fuerte y lo fue!..... El hombre que quiere vencer, vence!

Por más de ocho días duró la familia reunida en la posesión. Como el tiempo era magnífico, solía Mario tomar del brazo á su joven esposa para indicarle desde las inmediaciones hermosos puntos de vista: casitas blancas que asomaban coquetamente por entre la arboleda, regios pabellones de palmeras, extensos valles cultivados...

En uno de aquellos días, ya de los últimos, salieron por la tarde los dos jóvenes, acompañados de José.

—Mañana iremos con la familia á aquella casita—le dijo Mario á Tulia, señalándole hacia el Norte.—Mira: está rodeada por un huerto y desde allí se divisan otros campos tan bellos como éstos.

Tulia no se cansaba de ponderarlo todo.

—Aquí vamos á ser, hijo, muy felices... Pero ¿me dejarás á Rosita?

—Se la quitaremos á los viejos por unos días.... Pobres! ¡no quieren desprenderse de ella... la quieren tánto!

Al día siguiente, la familia, alegre y bulliciosa, se dirigió á la choza de que había hablado Mario. En los días anteriores se habían ocupado todos diligentemente en la obra de instalación del nuevo hogar—obra en la cual Tulia supo manifestarse cada vez más solícita y en posesión de dotes sobresalientes para el gobierno de una casa,—y ya era necesario tomar algún esparcimiento.

Se encaminaron por un estrecho sendero que se abría por entre plantas de helechos y de zarza, y después de atravesar por prados, en los que pastaban vacadas y ovejas, entraron en unas plantaciones de caña de azúcar, de yuca y de maíz. Luégo, casi de rondón, se presentaron ante la habitación de los montañeses y penetraron en ella. Estos, medio aturdidos, no sabían cómo atender á los paseantes. Una anciana que no dejaba de la mano una rueca en que había estado hilando todo el día, les dijo con voz cascada:

—Voy á cuidar á mis señores con flores. Vamos al jardín.

Ya en éste, y cuando empezaban á coger rosas, las unas de color amarillo pálido, las otras rojas como la púrpura, las más de un rosado delicioso, y claveles de diversos matices, amapolas,

pensamientos y violetas, Tulia, dirigiéndose á los Sres. Villapol y señalando á Mario, les dijo:

—Han de saber ustedes que hasta hoy nunca este señorito me ha regalado ni una flor... Parece un inglés.

—¿Y tú?... ¿Cómo te llamaré? Recuérda que allá en tu mismo pueblo, en la casita de la carretera, te regalé una flor hermosísima... todo un ramo...

—Porque yo lo iba á coger. Ese no fue un regalo que me hiciste espontáneamente.

—Y ¿quién te iba á regalar nada viéndote tan seria? Tú si que parecías de veras una inglesa.

—Tenemos, según eso, un par de ingleses—dijo sonriendo el Sr. Villapol.

Mario salió á una colina próxima con uno de los montañeses que le iba á dar algunas instrucciones sobre terrenos de sembradura. Era una vista espléndida. En tanto que el labrador hablaba, Mario no podía dejar de contemplar, medio embelesado, la suntuosa decoración de la otra cordillera que, hacia el Oeste, flanqueaba majestuosamente el valle. Sobre cúspides de azul blanquecino y en la extensión que la vista abarcaba, emergían las moles de dos ó tres nevados cubiertos en aquella hora por crespones multicolores de nubes, y de las ensenadas que ennegrecían ya, se levantaban débiles columnas de humo... Era que

allí también se movía, en bien del progreso humano, el robusto brazo del trabajador, también se empleaba provechosamente la vida....

La familia salía ya de la casa de los montañeses y enfilaba en alegre barullo por el sendero que había llevado. Llamaron á Mario.

Y cuando éste descendía de la colina, pensó que muy más allá de esas montañas que acababa de contemplar, se agitaba el gran mundo, los millones de seres humanos que viven la vida vertiginosa de la cultura moderna. Y ante los seres queridos de su alma, que reían alegres y llevaban en los sombreros y vestidos las flores que les habían regalado los montañeses, creyó oír desde allá, de muy lejos, del otro lado de los mares, la terrible voz de alarma que le daba un contemporáneo, intelectual ilustre y hombre de observación, para el porvenir:

—"¡ Tened cuidado ! Atravesamos tiempos difíciles...... No se trata de ser ingenioso, ligero, libertino, escéptico y calavera. Dios, la palabra, la familia, el trabajo...todo eso, es serio, muy serio... ¡ Es NECESARIO que todo eso viva ó que muramos ! ¡ Recojamos tales elementos de eternidad y hagamos de ellos nuestra comunión y nuestra conciencia !"...

Bogotá, Octubre de 1906.

